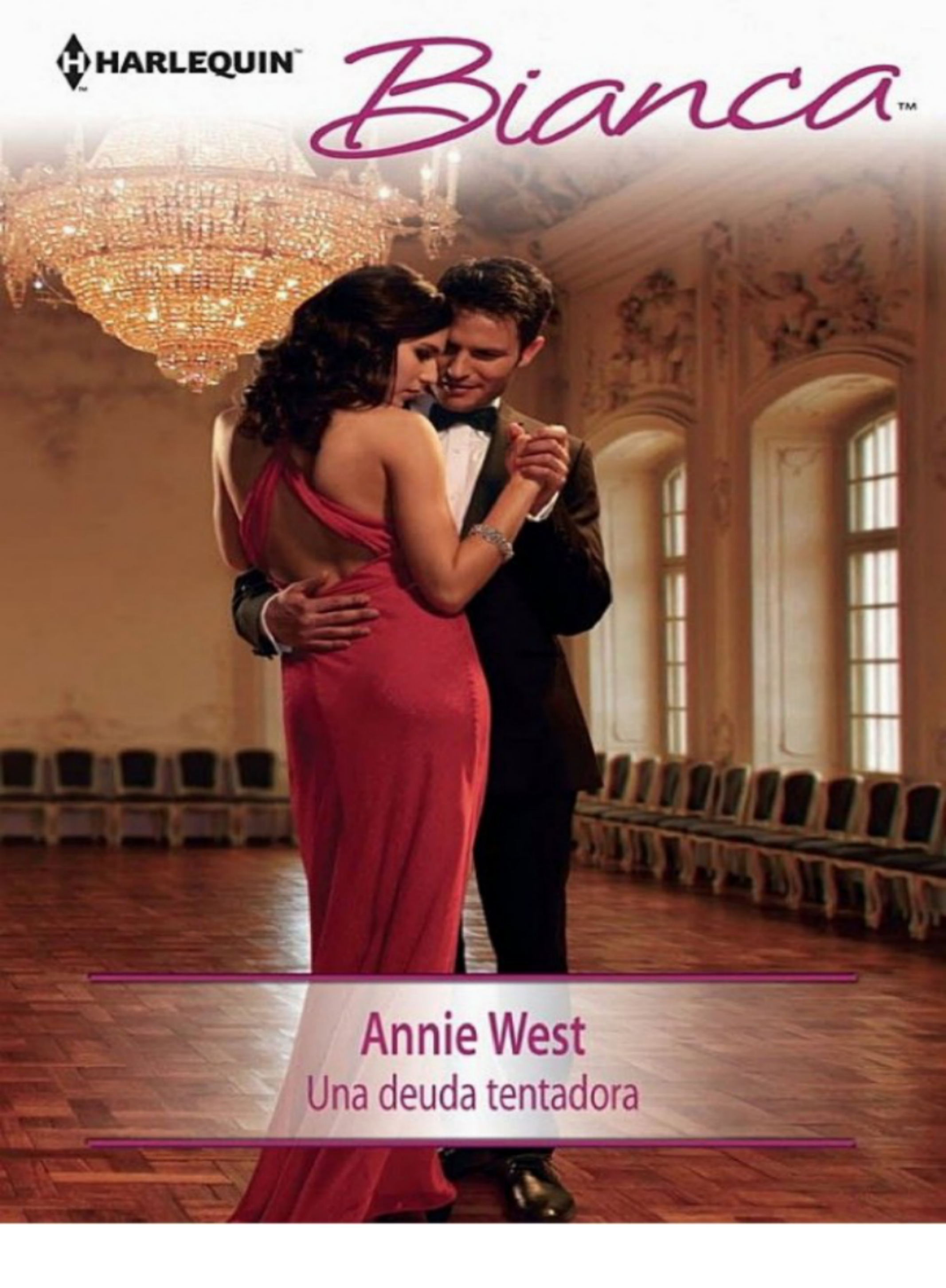

HARLEQUIN
Bianca
Annie West
Una deuda tentadora



Annie West

Una deuda tentadora



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Una deuda tentadora, n.º 2352 - diciembre 2014
Título original: An Enticing Debt to Pay
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-4862-7
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

ME TEMO que en la última auditoría ha aparecido una... irregularidad.

Jonas miró a través de la lustrosa superficie del escritorio y frunció el ceño al ver al director financiero moviéndose incómodo en su asiento.

¿Qué clase de irregularidad podía poner tan palpablemente nervioso a Charles Barker? Él era el mejor. Jonas siempre contrataba a los mejores. No tenía paciencia para los mediocres.

–¿Una irregularidad importante?

–No en términos financieros.

Jonas supuso que debería sentirse aliviado, pero al ver que Barker se aflojaba el nudo de la corbata, tuvo un mal presentimiento.

–Suéltalo ya, Charles.

Charles sonrió, pero su sonrisa se transformó en una mueca mientras le tendía el ordenador por encima del escritorio.

–Mira. Es la segunda línea.

Jonas leyó la primera entrada, una transferencia de varios miles de libras. Debajo, figuraba una entrada mucho más cuantiosa. Pero ninguna de ellas suministraba más información.

–¿Qué se supone que estoy viendo?

–Retiradas de dinero de tu cuenta de inversiones.

Jonas frunció el ceño.

–¿Alguien ha tenido acceso a mi cuenta?

La respuesta era obvia. Él no había sacado ese dinero. Los gastos del día a día los cargaba a otra cuenta y no eran tan significativos como para igualar a sus habituales inversiones.

–Hemos seguido el rastro –por supuesto, Barker había encontrado la respuesta antes de plantearle el problema.

–¿Y? –preguntó Jonas con creciente curiosidad.

–Supongo que te acuerdas de que originariamente esa cuenta se abrió como parte de una empresa familiar.

¿Cómo iba a olvidarlo? Su padre le había explicado con pelos y señales cómo se dirigía un negocio fingiendo que él, como cabeza de familia, era el socio más experimentado. Pero los dos sabían que había sido el talento de Jonas para las inversiones lo que

había conseguido levantar aquella empresa. Piers se había limitado a estar a su lado durante el proceso, regodeándose en la novedad del éxito. Hasta que padre e hijo se habían separado.

–Sí, claro que me acuerdo –de hecho, era un recuerdo que le dejaba un sabor amargo en la boca.

–El dinero se retiró utilizando una chequera antigua que, supuestamente, había sido destruida. Los extractos muestran que fueron hechos a nombre de tu padre y...

–Sí, me hago una idea –Jonas dejó que su mirada vagara por aquella vista inigualable de Londres.

Su padre. Jonas no había vuelto a llamarle desde que había descubierto la clase de hombre que era Piers Deveson. A pesar de sus discursos sobre el honor y la familia, Piers no había sido ningún modelo de virtud. A Jonas no le habría sorprendido enterarse de que había encontrado la manera de acceder de manera ilegal a sus cuentas. Lo extraño era que no lo hubiera hecho antes.

–Entonces, Piers...

–¡No! –Barker se irguió en la silla cuando Jonas se volvió hacia él–. Lo siento, pero tengo motivos para creer que no fue tu padre. Toma –le tendió una hoja fotocopiada.

Jonas la estudió con atención. Eran dos cheques con la firma de su padre. Pero, en realidad, no era la auténtica firma de su padre. Se parecía lo bastante como para confundir a una persona que no la conociera, pero Jonas estaba lo suficientemente familiarizado con ella como para distinguir las diferencias.

–Mira las fechas.

Así lo hizo Jonas. Y se sintió como si acabaran de darle un puñetazo en las entrañas. Ya habría sido suficientemente malo que su padre le hubiera robado, pero aquello era... Sacudió la cabeza, presa de una inesperada emoción.

–El segundo cheque fue firmado un día después de la muerte de tu padre.

Jonas asintió en silencio. Conocía la fecha, y no solo porque fuera reciente. Durante cuatro años, su padre había sido una continua fuente de problemas, una vergüenza para la familia, viviendo envuelto en un lujo chabacano con su amante. Cuando Piers había muerto, Jonas no había sentido nada, ni arrepentimiento, ni un alivio de la tensión que se había apoderado de él desde que la deslealtad de Piers se había cobrado el último peaje. Durante semanas, no había sido capaz de sentir nada más que un vacío emocional allí donde debería haber albergado la

tristeza.

–Entonces no fue mi padre.

–No. Pero hemos seguido el rastro de la persona que lo hizo. Y no puede decirse que haya sido muy inteligente, teniendo en cuenta la anomalía de la fecha. Fue la señora Ruggiero, desde su dirección de París.

Barker le tendió otra hoja en la que figuraba la dirección del exclusivo apartamento que Piers Deveson había compartido durante sus últimos años de vida con su amante, Silvia Ruggiero.

Jonas vaciló un instante antes de agarrarla. Le temblaron los dedos como si la hoja quemara.

–Así que la amante de mi padre cree que puede seguir exprimiendo a la familia incluso después de que mi padre haya muerto.

¿Cómo podía pensar aquella mujer que podría salirse de rositas después de todo lo que les había hecho a los Deveson? Se le aceleró el pulso al pensar en aquella mujer que tanto daño le había hecho. La recordaba tan claramente como si la hubiera visto el día anterior. Recordaba su voluptuosa figura, sus ojos resplandecientes y su pelo oscuro. Era la encarnación del sexo, había dicho uno de sus amigos la primera vez que había visto a Silvia, que por aquel entonces era el ama de llaves de los Deveson. Y tenía razón. Ni siquiera el uniforme había conseguido sofocar la vibrante sexualidad que emanaba de aquella mujer.

Eso había sido semanas antes de que su padre abandonara a la familia para fugarse con el ama de llaves al lujoso apartamento que poseía en París.

Cuatro meses después, la madre de Jonas había aparecido muerta. «Muerte por sobredosis accidental», había dicho el forense. Pero Jonas sabía la verdad. Desdeñada durante años por el hombre del que estaba enamorada, había sido incapaz de soportar la humillación y se había suicidado.

Jonas respiró hondo. La mujer responsable de la muerte de su madre había vuelto a golpear a la familia. ¡Había tenido el valor de pensar que podía continuar robándoles!

El papel que tenía en la mano crujió cuando apretó el puño. Surgió la furia, tensando hasta el último de sus músculos. Le dolía la mandíbula por la fuerza con la que apretaba los dientes, intentando contener una invectiva que sabía inútil.

Durante seis años había vivido despreciando la idea de venganza. Había conseguido vencer la tentación enterrándose en el trabajo y negándose a mantener contacto con Piers y con su

amante.

Pero aquella había sido la gota que había colmado el vaso. Sentía correrle la sangre por las venas y, por primera vez, se permitió a sí mismo contemplar el placer de la venganza.

–Déjame esto a mí, Charles –Jonas sonrió lentamente–. No hace falta denunciar el robo. Yo me ocuparé personalmente de esto.

Ravenna revisó el apartamento desesperada. La mayor parte de los muebles eran falsos, desde las sillas Luis XV hasta las porcelanas que pretendían ser de Limoges y Sèvres.

Su madre siempre había sabido hacer economías, sobre todo en los momentos más duros.

A los labios de Ravenna asomó una pesarosa sonrisa. Vivir en un apartamento de la Place des Vosges, uno de los lugares más exclusivos de París, no podía considerarse una situación dura. Y menos todavía comparada con la época en la que Ravenna era pequeña, cuando escaseaba la comida y apenas tenían suficiente ropa de abrigo para protegerse del frío en invierno. Pero aquellas experiencias le habían sido muy útiles a su madre. Cuando el dinero había empezado a escasear, se había dedicado a reemplazar metódicamente todas aquellas valiosas antigüedades por copias.

Silvia Ruggiero siempre había sabido ingeniárselas, aunque últimamente, lo había hecho para vivir rodeada de un lujo que resultaba ridículo. Pero eso era lo que quería Piers y para Silvia, nada más importaba.

Ravenna soltó un trémulo suspiro. Su madre estaba mucho mejor en Italia, acompañada de una amiga, que allí, enfrentándose con las secuelas de la muere de Piers. Si le hubiera contado directamente que Piers había sufrido un infarto, podía haber ido a verla ese mismo día. Incluso en aquel momento le resultaba difícil comprender que su madre hubiera preferido quedarse sola a molestarla con otro de sus problemas.

¡Madres! ¿No se daban cuenta de que sus hijos crecían?

Cuando Ravenna había aterrizado en París, procedente de Suiza, apenas había reconocido a Silvia. Por primera vez en su vida, su madre aparentaba más años de los que tenía, estaba devorada por la tristeza. Ravenna estaba preocupada por ella. Piers podía no haber sido el hombre favorito de Ravenna, pero Silvia le había amado profundamente.

Sí, era preferible que su madre estuviera fuera. Cerrar aquella casa era lo menos que podía hacer Ravenna, sobre todo con lo

generoso que había sido Piers cuando lo había necesitado. De modo que, ¿qué importancia podía tener el verse obligada a tratar con sus acreedores y vender lo poco que su madre había dejado?

Se volvió hacia el inventario, alegrándose de que su madre se hubiera encargado de que lo organizara un experto, que había separado los objetos de valor de los falsos. A los ojos de Ravenna, todo resultaba obscenamente caro y ostentoso. Pero teniendo en cuenta que vivía en un apartamento de una sola habitación en un anodino barrio de las afueras de Londres, no era quién para juzgar.

Jonas llamó al telefonillo por segunda vez, preguntándose si Silvia se habría ido y aquel repentino viaje a París no iba a terminar siendo una pérdida de tiempo.

Él nunca actuaba por impulso. Era una persona metódica y racional. Pero también tenía un agudo instinto para detectar la debilidad, para encontrar el momento óptimo para atacar. Y seguramente, en aquel momento, cuando apenas habían pasado unas semanas de la muerte de Piers, la amante de su padre estaría comenzando a sentir la presión de los acreedores.

Una voz femenina contestó por fin.

–¿Quién es?

¡Sí! El instinto no le había fallado.

–Vengo a ver a la señora Ruggiero.

–¿*Monsieur* Giscard? Le estaba esperando. Suba, por favor.

Jonas abrió la puerta y entró en el vestíbulo de mármol. Ignoró el ascensor y subió a pie hasta el segundo piso, en el que se encontraba el que había sido el nido de amor de su padre. Reprimiendo un escalofrío de repugnancia, llamó con los nudillos a la puerta.

La puerta se abrió inmediatamente y Jonas accedió al lujoso vestíbulo pasando por delante de una mujer joven.

–Usted no es *monsieur* Giscard –aquella acusación le sobresaltó.

Se volvió y descubrió unos ojos de color miel fijos en él.

–No, no soy *monsieur* Giscard.

Se detuvo por primera vez a mirar a aquella mujer y algo parecido a la sorpresa lo atravesó.

Delgada hasta el extremo de parecer frágil, contaba, sin embargo, con las curvas adecuadas, aunque las ocultara parcialmente una ropa oscura ligeramente grande. Pero fue su rostro el que le llamó la atención. Una boca ancha y sensual, una nariz recta, los pómulos marcados dándole un aire de duende, las

pestañas oscuras y espesas y unas cejas finas enmarcando unos ojos tan luminosos que parecían tener luz propia. Cada una de las facciones de aquel rostro con forma de corazón estaba tan definida que el conjunto podría haber resultado excesivo. Sin embargo, se fundían de una forma perfecta.

Era una mujer muy atractiva. No al modo de una belleza clásica, sino de una forma mucho más peculiar. Jonas sintió que se le aceleraba el pulso y se tensó. ¿Cuándo le había afectado por última vez la visión de una mujer?

–¿Y usted es? –la mujer inclinó la cabeza, haciendo que la mirada de Jonas se trasladara de la boca hasta el pelo, que llevaba muy corto. Unas cuantas semanas y comenzaría a rizársele.

Jonas frunció el ceño. ¿Por qué se estaba fijando en una cosa así cuando tenía otras cuestiones mucho más importantes en mente?

–Estoy buscando a la señora Silvia Ruggiero.

–Pero no tiene una cita con ella

Había algo nuevo en su voz. Algo duro y asertivo.

–No –curvó los labios en una sonrisa de sombría anticipación–, pero sé que querrá verme.

La joven se colocó entonces en su línea de visión, bloqueándole la vista del salón. Jonas reparó en la ágil elegancia de sus movimientos, aunque se dijo que no tenía tiempo para distracciones.

–Eres la última persona a la que Silvia querría ver –replicó ella, tuteándole de pronto.

–¿Sabe quién soy? –Jonas endureció la mirada ante su actitud desafiante.

–He tardado un poco en darme cuenta, pero claro que lo sé.

Algo cambió de pronto en su expresión. Fue algo tan repentino que Jonas apenas pudo interpretarlo. Pero comprendió que no estaba tan segura y confiada como aparentaba.

–¿Y tú eres? –también él la tuteó.

Jonas estaba acostumbrado a que le reconocieran por los reportajes que aparecían en la prensa, pero su instinto le decía que no era la primera vez que coincidía con aquella mujer.

–Evidentemente, alguien fácil de olvidar.

Curvó los labios en una sonrisa que, por ridículo que pudiera parecer, provocó una nueva oleada de calor en el vientre de Jonas.

Jonas parpadeó, enfadado por su reacción.

–Silvia no está aquí, así que no puedes verla –la joven pronunció aquellas palabras con un precipitado susurro que

desmentía su postura defensiva.

–En ese caso, esperaré.

Jonas dio un paso adelante, pero lo único que consiguió fue topar contra aquella delicada envergadura, vibrante en aquel momento por la tensión. Esperaba que se apartara, pero ella le sorprendió manteniéndose en su lugar. Pero Jonas se negó a retirarse, sin importarle el efecto que tenía la cercanía de su cuerpo.

Bajó la vista hacia aquellos ojos de color dorado que le miraban abiertos como platos con expresión de sorpresa.

–No pienso marcharme –musitó, reprimiendo un inexplicable deseo de alzar la mano para comprobar si aquel cutis era tan suave como parecía–. Este asunto no puede esperar.

La mujer volvió a tragar saliva. Jonas siguió el movimiento de su delicada garganta con una fascinación que le sorprendió a él mismo. Llegaba hasta él su fragancia, cálidamente femenina, con el toque inconfundible de la canela. La joven retrocedió de pronto bruscamente, haciéndole mirarla a los ojos.

–En ese caso, tendrás que hablar conmigo –se volvió y le condujo hacia el salón.

Jonas apartó la mirada del balanceo de las caderas enfundadas en unos pantalones, enfadado consigo mismo por estar desviando la atención del asunto que le había llevado hasta allí.

Su anfitriona se sentó en una butaca situada junto a una ventana enmarcada por unas cortinas doradas.

–¿Por qué voy a querer hablar con una desconocida? –preguntó Jonas, desviando la mirada hacia un reloj de bronce de exagerado adorno.

Pero ¿había algo en aquel salón que no resultara excesivo? Todo en él apestaba a la fijación de los nuevos ricos por la cantidad en detrimento de la calidad. No había tardado en darse cuenta de que muchos de los objetos del salón eran falsos. Pero así era su padre, todo apariencia.

–No soy una desconocida. A lo mejor, si dejaras de hacer el inventario, te darías cuenta.

Para sorpresa de Jonas, sintió un intenso calor en la piel. Era cierto, su conducta resultaba groseramente calculadora, pero no necesitaba congraciarse ni con la amante de su padre ni con su compinche.

–En ese caso, quizá podrías hacerme el favor de contestar a una pregunta. ¿Quién eres?

–Pensaba que era evidente. Soy Ravenna, la hija de Silvia.

Ravenna vio la sorpresa dibujada en las facciones de Jonas. Cualquiera diría que, después de tantos años, debería estar acostumbrada, pero lo cierto era que continuaba afectándola.

Ravenna había sido una niña desgarbada, de piernas y brazos largos, pies grandes y una nariz que había tardado años en crecer. Con el pelo oscuro, el aspecto italiano, su nombre exótico y su voz ligeramente ronca, siempre había sido la rara en los colegios ingleses a los que había asistido. Cuando la gente la veía con su madre, una mujer pequeña e impresionantemente bella, el comentario más amable que surgía de sus labios era sobre lo diferentes que eran. Los menos amables en el internado eran... En fin, hacía años que había preferido olvidarlo.

Pero ella pensaba que Jonas se acordaría de ella, aunque la última vez que le había visto llevaba trenzas y aparato en los dientes.

Era cierto que también a ella le había costado reconocerle. No había sido fácil conciliar la imagen de aquel sombrío intruso con la del joven que tan considerado había sido con ella el día que la había encontrado acurrucada y triste en el establo. Entonces había sido más amable con ella, mucho más comprensivo. Ante sus ojos adolescentes, había brillado como un dios poderoso, inalcanzable y sexy como las estrellas de cine. ¿Quién habría pensado que alguien con tanto encanto podría convertirse en un hombre tan malvado? Pero no había perdido su atractivo.

Ravenna volvió a fijar la mirada en aquellos ojos grises que la examinaban con tanta atención.

No, también eso había cambiado. La suavidad de la juventud había abandonado las facciones de Jonas, dejándolas austeramente esculpidas y atractivamente desnudas, mostrando el resultado de generaciones y generaciones de aristocrática cuna.

Desde la arrogante nariz hasta la fuerte barbilla, desde el denso pelo oscuro hasta los hombros anchos y el musculoso pecho, Jonas era el típico hombre por el que las mujeres perdían la cabeza.

Pero por atractivo que fuera o por muy acostumbrado que estuviera a dar órdenes, ella no iba a plegarse a su autoridad.

–¿Qué problema tienes con mi madre? –preguntó Ravenna, cruzando las piernas y posando los brazos en el sillón como si estuviera completamente relajada.

–¿Cuándo vuelve tu madre?

La furia de sus ojos era inconfundible. A pesar de su aparente

calma, estaba empezando a perder la paciencia.

–Si no eres capaz de contestar educadamente, puedes marcharte.

Ravenna se levantó, harta de soportar al privilegiado hijo de Piers. Y estaba ya de camino hacia la puerta cuando las palabras de Jonas la hicieron detenerse.

–Es un asunto privado entre tu madre y yo.

Ravenna se volvió lentamente, consciente de que eso solo podía significar que su madre tenía problemas.

–Mi madre no está en París, puedes tratar ese asunto conmigo.

–¿Dónde está? Quiero saberlo inmediatamente.

Ravenna apretó los puños. Aquella actitud arrogante la enfurecía.

–Yo no soy tu sirvienta –respondió manteniendo la voz milagrosamente serena–. Es posible que mi madre trabajara para tu familia en otra época, pero eso no te da ningún poder sobre mí.

–Sin embargo, sí que tengo poder sobre tu madre –respondió Jonas con una peligrosa suavidad.

–¿Qué quieres decir? –el miedo la hizo elevar ligeramente el tono de voz.

–Quiero decir que tu madre tiene un serio problema.

–Y tú no estás aquí para ayudarla, ¿verdad?

La despiadada carcajada de Jonas confirmó el frío presentimiento de Ravenna.

–¡En absoluto! He venido aquí porque quiero ver cómo la encarcelan por sus delitos.

Capítulo 2

RAVENNA dobló las rodillas mientras la habitación giraba a su alrededor. Tuvo que alargar la mano para aferrarse a algo mientras luchaba contra el pánico.

Los últimos meses habían sido mucho más duros de lo que nunca podía haberse imaginado. Pero nada la había preparado para enfrentarse al odio que veía en las facciones de Jonas Deveson. Había en ellas una férrea determinación que la aterraba. Sabía que estaba hablando en serio, que pretendía enviar a su madre a prisión.

Sintió una mano alrededor de la muñeca, unos dedos largos descargando un intenso calor sobre su piel helada.

Perpleja, Ravenna bajó la mirada y descubrió que se había agarrado a lo que tenía más cerca, la solapa de la chaqueta de Deveson. Y era él el que la había sostenido para evitar que se cayera.

–¿Te encuentras bien?

La preocupación confería a su voz cierta suavidad. La habitación dejó de dar vueltas y Ravenna apartó la mano. Giró sobre sus talones y se acercó a la ventana. Se aferró allí a las cortinas. La tela era suave, pero no tan tranquilizadora como la fina lana caldeada por el cuerpo de Jonas Deveson.

Sacudió la cabeza, intentando apartar de su mente aquel absurdo pensamiento.

–¿Ravenna?

Ravenna alzó bruscamente la cabeza. Recordaba a Jonas llamándola así la única vez que habían hablado. En aquel entonces, había pensado que no había nadie en el mundo capaz de hacer que su nombre sonara tan bonito. Durante años, su nombre había sido fuente de incontables pullas. En el colegio la llamaban «cuervo desgarbado» y cosas mucho peores. Era inquietante descubrir que Jonas continuaba siendo capaz de convertir su nombre en algo especial.

–¿Estás bien?

Le oía más cerca y tensó la espalda.

–Todo lo bien que se puede esperar cuando apareces de pronto amenazando a mi madre –se volvió con desgana hacia él–. ¿Qué se

supone que ha hecho mi madre?

–No es ninguna suposición. ¿Crees que hubiera venido hasta aquí si no hubiera sido un hecho? –su voz rezumaba desprecio mientras señalaba el salón.

A Ravenna dejó de latirle el corazón. No se podía creer que su madre hubiera hecho algo terrible, pero, al mismo tiempo, sabía que solo las circunstancias más extremas podían haber acercado a Jonas Deveson a menos de un kilómetro de Silvia Ruggiero.

–Estás demasiado enfadado como para pensar con claridad. Has despreciado a mi madre desde hace años y estoy segura de que ahora crees haber encontrado la forma de hacerle pagar el pecado de haberse enamorado de tu padre –el brillo que vio en sus ojos le indicó que había dado en el clavo–. Creo que ahora que Piers no puede defenderla, has decidido que era una presa fácil. Pero mi madre no está sola y harías bien en recordarlo.

–¿Qué pasa? –preguntó Jonas con desprecio–. ¿Ya ha encontrado otro protector para sustituir a mi padre?

Ravenna ni siquiera era consciente de que se había abalanzado hacia él, pero de pronto, se encontró tan cerca de Jonas que pudo ver que se le dilataban las pupilas mientras ella abría la mano para abofetearle.

Cuando Jonas la agarró por la muñeca, el movimiento de la mano cesó con una brusquedad que pareció vibrar en toda la habitación. Jonas le alzó de tal manera la muñeca que Ravenna tuvo que ponerse de puntillas e inclinarse hacia él. Los senos, el vientre y los muslos le cosquillearon como si hubieran sufrido una descarga eléctrica al sentir el calor que emanaba del cuerpo de Jonas.

Jonas frunció el ceño y la miró con tal intensidad que parecía estar viéndole el alma. Su fragancia, un olor claramente masculino con algún toque cítrico, invadió los sentidos de Ravenna haciéndola bruscamente consciente de que se había aventurado en un terreno peligroso. Contuvo la respiración y tiró con fuerza, pero él se negaba a soltarle la mano.

Inclinada hacia él, Ravenna era plenamente consciente de la cruda y masculina potencia que se escondía bajo aquel traje de diseño. El fuego de su mirada y aquella aura cargada de testosterona hablaban de una fuerza primitiva y apenas contenida.

–A mí no me abofetea nadie –Jonas apenas movió los labios, pero Ravenna sintió el calor de su aliento con cada una de sus palabras.

–¡Y nadie insulta de esa forma a mi madre!

–En ese caso, estamos en paz.

¿Había tirado de ella o era ella la que se había acercado a él? De pronto, a Ravenna le resultó casi imposible mantener el equilibrio.

–Y en ese caso, no hay ninguna necesidad de comportarse como un machista, así que suéltame, a no ser que tengas algo que demostrar.

Para su inmenso alivio, Jonas la soltó. Decidida a disimularlo, inclinó la cabeza para examinarse la muñeca como si estuviera buscando posibles moratones. No tenía ninguno. La sujeción de Jonas no había sido tan brutal, aunque sí tan implacable que la había asustado.

–Quiero dejar algo claro –dijo por fin, alzando la mirada hacia su rostro–, mi madre estaba enamorada de tu padre.

–¿Y esperas que me lo crea? Ya no soy un niño que cree en los cuentos de hadas. Lo que tu madre buscaba era un amante rico, eso era evidente para todo el mundo. Alardeaba de ello cada vez que tenía oportunidad.

–Mi madre nunca...

–Mi padre era un hombre mayor que ella, estaba casado, tenía una familia. Disfrutaba de una vida extraordinariamente cómoda, del respeto de sus iguales y de una interesante vida social. ¿Crees que un hombre en la situación de mi padre habría renunciado a todo eso si no hubiera sido seducido por una cazafortunas?

Ravenna vaciló un instante, consciente del daño que habían hecho su madre y Piers, pero la lealtad le hizo contestar:

–Entonces, ¿no crees en el amor?

–¿Amor? Silvia intentaba complacer los deseos de mi padre de una forma evidente. Estoy seguro de que lo que a mi padre le gustaba era presumir de ella como del resto de sus posesiones –se encogió de hombros–. Y para Silvia, mi padre solo era una fuente de dinero. No tenían nada en común, excepto el amor al lujo y la aversión por el trabajo. ¿Por qué esforzarse trabajando de ama de llaves cuando podía disfrutar de una vida más cómoda dejando que él...?

–¡Ya basta! No quiero seguir escuchando tu veneno.

–Ya no eres una niña, Ravenna. No puedes seguir fingiendo.

–Déjalo –ella alzó la mano pidiendo silencio–. Nunca nos pondremos de acuerdo, así que limítate a contarme qué estás haciendo aquí.

La furia continuaba ardiendo en la sangre de Jonas, así que se tomó algún tiempo para recuperar el equilibrio. No era propio de él perder su habitual frialdad. Él era conocido por su distanciamiento, por su visión serena incluso en las aventuras comerciales potencialmente peligrosas. Y en cuanto a su vida personal... había aprendido muy pronto la lección, viendo a su padre saltar de fracaso en fracaso amoroso.

Jonas no era como Piers. Había convertido en un objetivo vital el parecerse tan poco a su padre como resultara humanamente posible. Él era un hombre firme como una roca, siempre lo tenía todo bajo control.

Pero, en aquel momento, le temblaban las manos con la fuerza de sus sentimientos. Rodeó la habitación con la mirada y se dijo que era inevitable que el nido de amor de su padre despertara en él aquella reacción.

–¿Y bien? Estoy esperando.

Al oír de nuevo su voz, se volvió hacia Ravenna y la miró con atención.

Ravenna Ruggiero. Jamás habría reconocido en aquella mujer a la niña que él recordaba. Solo la boca y los ojos insinuaban en aquel entonces alguna belleza. Y el registro grave de su voz, que prometía ya la sensualidad que estaba por llegar.

Y, realmente, había llegado. Silvia Ruggiero había sido una mujer despampanante. Pero su hija resplandecía a su lado como un diamante sin mácula junto a una gema sintética.

Había algo especial en aquella mujer. No era solo aquel rostro que le atraía con la fuerza de un imán, sino también una fina elegancia que contrastaba con la terrena sexualidad de su voz y con su actitud desafiante...

Al sentirla tensarse contra él, al sentir sus senos a punto de acariciarle mientras la furia la hacía jadear, se había despertado en él algo durante mucho tiempo dormido. Había encontrado un subversivo placer en su actitud combativa, en observar las chispas que saltaban de sus ojos mientras se abalanzaba hacia él.

–¿Me has oído? –Ravenna chasqueó los dedos, haciéndole desviar la mirada hacia su sonrojado rostro.

El color le sentaba mejor que su anterior lechosa palidez. Jonas se maldijo a sí mismo por pensar siquiera en ello.

–¿Quieres saber lo que ha hecho tu madre? Me ha robado dinero.

Tuvo la satisfacción de ver a Ravenna abriendo los ojos como platos.

–No. Mi madre no sería capaz de hacer algo así.

–¿Ah, no?

–¡Por supuesto que no! –respondió Ravenna mirándole con una irritante seguridad.

–Entonces, ¿cómo te explicas el que haya falsificado la firma de mi padre en una chequera?

–¿Por qué tiene que haber sido mi madre?

–Nadie tenía acceso a esa chequera. Piers la mantuvo a buen recaudo –Jonas miró a su alrededor–. Estoy seguro de que, si buscamos en el apartamento, la encontraremos.

–Nadie va a buscar nada en este apartamento. Incluso en el caso de que estuviera aquí, ¿cómo estás tan seguro de que la firma no era la de Piers? A lo mejor le cambió la letra cuando enfermó.

–Sí, sería una explicación muy conveniente, siempre y cuando pudieras justificar el hecho de que consiguiera cobrar el cheque después de muerto.

–No te creo.

–No me importa que me creas o no.

Pero claro que le importaba. El hecho de que tuviera aquella fe ciega en su madre era como echar sal en la herida, quizá porque él nunca había sido tan leal con sus padres.

Piers había sido un padre ausente y en cuanto a su madre, había vivido obsesionada con el dolor de haberse casado con un hombre que no la quería a ella, sino a su dinero.

Jonas se sacó las fotocopias de los cheques del bolsillo de la chaqueta.

–Mira –se las tendió–. Yo nunca miento –a diferencia de su padre, todo un experto en retorcer la verdad para su conveniencia.

Vio que Ravenna tragaba saliva y alargaba después la mano hacia las hojas. El siseo que escapó de sus labios mientras las leía le indicó a Jonas que por fin había comprendido la verdad.

Las hojas se movieron, como sacudidas por una brisa repentina, y Jonas advirtió que a Ravenna le temblaban las manos. En ese mismo instante, la culpabilidad quebró su satisfacción. Por firme que fuera su determinación de hacerle pagar a Silvia por lo que había hecho, era consciente de que se había comportado de una forma muy cruel. Había irrumpido en aquel apartamento exigiendo respuestas cuando habría bastado con solicitar aquella información.

–¿Quieres sentarte?

Ravenna no dijo nada. Continuaba con la cabeza inclinada y la mirada fija en las hojas.

Jonas se inclinó hacia ella, intentando distinguir su expresión, pero solo le veía la barbilla y el diente perlado con el que se mordía aquel labio tan sensualmente lleno.

Jonas respiró lentamente, diciéndose a sí mismo que el calor que sentía en el vientre estaba relacionado con la vergüenza, que no tenía nada que ver con la excitación.

–¿Ravenna? –su voz sonaba ridículamente vacilante.

Ravenna alzó la vista y le miró a los ojos antes de desviarla hacia la ventana.

–Te equivocas, Silvia no tiene nada que ver con esto –le aclaró con voz dura.

–Deja de negarlo, Ravenna. Ya es demasiado tarde. Tengo pruebas de que la firma es falsa.

–Sí, pero no de que la haya falsificado ella.

Jonas sacudió la cabeza, agotado por la inesperada intensidad emocional de aquel encuentro.

–Dime dónde está tu madre y trataré todo este asunto con ella.

Aquellos ojos de color miel buscaron los suyos y Jonas se quedó paralizado al ver cómo brillaban por la emoción.

–No tienes por qué hablar con ella. Mi madre no tiene nada que ver con esto –alzó la barbilla–. Fui yo. Fui yo la que se quedó con ese dinero.

Capítulo 3

A RAVENNA se le aceleró el pulso. Tenía la garganta tan seca que le dolía al tragar, pero no desvió la mirada. Temía que cualquier muestra del torbellino emocional de su interior le impidiera creerla. Y la alternativa, que su madre fuera acusada de robo, era intolerable.

Tras la revelación de Jonas, eran muchas las cosas que cobraban de pronto sentido. Entre otras, la supuesta generosidad de Piers, que no solo se había hecho cargo de los costes de su enfermedad, sino que había financiado una larga convalecencia en un balneario suizo extraordinariamente caro.

El corazón le latía con fuerza mientras recordaba a su madre insistiendo en que necesitaba curarse por completo. Aunque al llegar al apartamento de París había comprendido de dónde habían sacado el dinero Piers y Silvia. Se había sentido culpable al ver todos los objetos que habían vendido, pero ni por un momento había pensado que su madre había dispuesto de un dinero que no era suyo.

–Estás mintiendo –Jonas escrutó su rostro haciéndola sentir un frío que le llegó hasta los huesos.

–No miento –replicó ella.

No podía permitir que descubriera la verdad. Su madre ya era una mujer destrozada y la vergüenza y el sufrimiento de estar encarcelada acabarían con ella. Por un momento, contempló la posibilidad de revelar la verdad, de explicarle por qué su madre había robado aquel dinero. Pero no serviría de nada. Jonas era un hombre con hielo en las venas y parecía estar saboreando el placer de la venganza.

Ravenna tenía que hacer todo lo que estuviera en su mano para ocultarle aquello a su madre. Porque, si averiguaba que la habían descubierto, asumiría toda la responsabilidad.

–Eso no sería propio de ti, Ravenna. El robo es más del estilo de tu madre.

Ravenna ardía de furia. No sabía qué era peor, si su odio hacia su madre o el hecho de que diera por sentado que las conocía cuando nadie de la familia Deveson tenía nunca trato con sus empleados.

–No tienes la menor idea de cuáles son el estilo de mi madre y el mío.

–Se me da muy bien juzgar a las personas.

Y por eso Ravenna estaba tan empeñada en convencerle. Si su madre tuviera una reputación intachable podría salir del juicio con poco más que la obligación de prestar servicios a la comunidad. Pero, tristemente, aquel no era el caso.

Años atrás, cuando Silvia era una joven sin hogar a la que sus padres habían echado de casa por haberse quedado embarazada, había tenido que robar para comer. La habían detenido y había conseguido salir de prisión por buena conducta. Aquello había sido aterrador para una joven hasta entonces siempre obediente de la ley.

Mucho tiempo después, cuando Ravenna tenía nueve años, habían acusado a su madre de robar en una casa en la que trabajaba. Ravenna recordaba el semblante blanco de su madre cuando la policía se la había llevado bajo la mirada acusadora de la mujer que la empleaba. No había importado que se hubieran retirado los cargos al descubrir que la hija de la familia estaba intentando vender las reliquias familiares. A Silvia la habían despedido. Presumiblemente porque su empleadora no podía enfrentarse a la vergüenza de haber denunciado a una inocente.

Ravenna dio un paso adelante y clavó un dedo en el duro pecho de Jonas. Lo sintió estremecedoramente inamovible. Pero tenía que intentar quebrar su certeza. Y el ataque era la mejor estrategia.

–No finjas conocer a mi madre. ¡Ni siquiera vivías en casa de tus padres cuando fuimos a vivir a vuestra casa!

–¿Me estás diciendo que lo del robo fue cosa tuya? Porque no me lo creo.

–Tú... –volvió a clavarle el dedo en el pecho–, no sabes nada de mí.

–¡Oh, yo no diría tanto! –le agarró la mano repentinamente, haciéndola pasar de agresora a cautiva–. Sé bastantes cosas sobre ti. Sé que odiabas el colegio, sobre todo las matemáticas y las ciencias. Y que querías dejarlo, pero te obligabas a estudiar por tu madre.

–¿Te acuerdas de eso? –preguntó Ravenna susurrando apenas.

Había dado por sentado que Jonas había olvidado la conversación que habían mantenido el día que la había encontrado escondida en el establo, revolcándose en su autocompasión.

–Odiabas que te obligaran a jugar al baloncesto por el mero

hecho de ser alta. Y querías ser bajita, rubia, y tener cuatro hermanos, todos apellidados Smith.

Era cierto. Estar a la altura de las expectativas académicas y sociales de su madre le había resultado imposible en un entorno escolar en el que la trataban constantemente como si fuera una extraña. Durante años, había añorado no ser alguien tan especial y poder fundirse con el grupo.

–Y tampoco te gustaba cómo había empezado a mirarte uno de los jardineros.

Ravenna sintió que se sonrojaba. Durante aquel verano, estaba todavía entre la infancia y la adultez. Todavía no sabía lo que quería. Pero eso no le importaba cuando Jonas Deveson la miraba.

Parpadeó. Ya no era una adolescente de quince años.

–Veo que te acuerdas mejor que yo –eso era otra mentira.

Dos en el mismo día. Aquel era un auténtico récord para ella.

–No has cambiado mucho –la voz profunda de Jonas removió algo en su interior.

–¿No? Ni siquiera me has reconocido –intentó soltar la mano, pero él se lo impidió–. Tú sí que has cambiado.

A los veintiún años, era arrebatadoramente atractivo, pero también bondadoso y paciente. Los años habían afilado sus aristas, le habían convertido en un hombre irascible y crítico.

–No estamos aquí para hablar de mí –Jonas buscó su mirada.

Ravenna se la sostuvo con la cabeza alta y el semblante inexpresivo, pero, por dentro, estaba temblando.

–Hemos venido para hablar de dinero –cerró los dedos con firmeza alrededor de su muñeca–. Del dinero que ha desaparecido de mi cuenta.

Ravenna tragó saliva ante lo implacable de su tono mientras se preguntaba cuál sería la pena por robo y falsificación.

Jonas la sintió tirar ligeramente de la mano que tenía atrapada entre la suya. No supo si interpretarlo como un signo de culpabilidad o como una señal de que estaba mintiendo.

Aquellos ojos enormes en un rostro tan perfectamente esculpido le daban un aire de fragilidad a pesar del pelo corto y el gesto beligerante. Jonas no era tan sentimental como para permitir que su aspecto influyera en su decisión, pero aun así, se descubrió vacilando.

No quería creer que Ravenna fuera culpable. Y lo que más le molestaba era saber que no quería creerlo porque recordaba su

devastadora inocencia y su honradez de años atrás. No quería enfrentarse a aquel recuerdo con la certeza de que se había convertido en una ladrona.

–Así que fuiste tú la que falsificó la firma.

Ravenna asintió con énfasis.

–¿Y cómo tuviste acceso a la chequera? ¿Estabas viviendo con ellos?

–No, yo... –se interrumpió y desvió la mirada–. Venía a verlos a menudo. Mi madre y yo siempre hemos estado muy unidas.

¿Tanto como para aprender de su madre la manera más fácil de sacarle dinero a un hombre?, se preguntó Jonas resentido. ¿Silvia se habría convertido en su modelo?

–¡Me estás haciendo daño! –protestó Ravenna.

Jonas aflojó la tensión, pero no la soltó. De hecho, se acercó incluso más a ella.

–¿Para qué necesitabas el dinero?

Ravenna arqueó las cejas e inclinó la cabeza como si quisiera inspeccionarle. Como si no estuviera ya suficientemente cerca como para que Jonas pudiera ver los rayos dorados de las profundidades de sus ojos.

–Estás de broma, ¿verdad? –preguntó en un tono de despreocupado aburrimiento que levantó las sospechas de Jonas–. Una chica necesita vivir. He tenido... he tenido algunos gastos.

–¿Qué clase de gastos? Ni siquiera comprando en las mejores tiendas de París se gasta uno tanto dinero –sintió de pronto una dura presión en la boca del estómago–. ¿Drogas?

Ravenna negó inmediatamente con la cabeza y después se encogió de hombros.

–Deudas.

–¿De juego?

–¿A qué viene este interrogatorio? Ya he admitido que robé el dinero. Eso es lo único que debería importarte.

Le miró a los ojos y Jonas sintió al instante una ráfaga de intenso calor que le dejó estupefacto. ¿Cómo era posible que una sola mirada tuviera aquel efecto? Ni siquiera había sido una tórrida invitación. Aquello no podía estar sucediendo. Se negaba a sentir nada por una mujer que le había robado. Y que además era hija de Silvia Ruggiero. Pensar en aquella relación familiar fue como recibir una ducha de agua fría.

Eligió con cuidado sus siguientes palabras para eliminar cualquier posible ilusión de cercanía entre ellos.

–¿Por qué robarme a mí cuando Piers habría estado encantado

con una joven bonita como tú? Estoy seguro de que podrías haber encontrado la manera de persuadirle.

–Estás enfermo. Piers estaba con mi madre y no tenía ningún interés en mí.

Se apartó como si la mera posibilidad le horrorizara.

–Por lo que yo sé, mi padre no solía discriminar.

Ravenna tiró de la mano para liberarse, pero Jonas no estaba jugando. La agarró por la espalda con la otra mano y la retuvo contra él. Solo para obligarla a mantenerse quieta, se aseguró a sí mismo.

Y funcionó. Ravenna soltó un grito ahogado y se quedó completamente paralizada. Solo el rápido ascenso y descenso de sus senos contra el brazo con el que le sostenía la mano revelaba alguna animación.

–Hablando de experiencias personales –dijo Ravenna con desprecio–, ¿qué estás haciendo ahora? ¿Intentando controlar tus sentimientos?

Jonas apretó la mandíbula para no contestar. A diferencia de su padre, él nunca había tenido debilidad por los rostros bonitos y los escotes indiscretos. Por supuesto, sabía apreciar a una mujer sexy. Pero él era un hombre con criterio y leal. Su inteligencia y su sentido del honor tenían prioridad sobre otra clase de emociones más baratas.

Miró fijamente a la mujer que en tan breve tiempo había conseguido poner freno a años de duro autocontrol para ponerle al borde de una espontánea y peligrosa acción. Y estuvo a punto de gruñir de frustración.

Quería inclinarse, silenciar aquella descarada boca obligándola a abrir esos sensuales labios y ahogar parte de su frustración en una ardiente pasión con aquella mujer tan vibrante.

Sabía que se mostraría receptiva a pesar de su mirada acusadora. Ravenna podía odiarle por obligarla a enfrentarse a lo que había hecho, pero sabía que no era solo enfado lo que sentía hacia él.

–Elijo a las mujeres con mucho cuidado, Ravenna. Y nunca tomo nada que una mujer no me haya ofrecido libremente.

–¿De verdad? Pues procura no olvidarlo, porque yo no te estoy ofreciendo nada.

Jonas se inclinó ligeramente y le pareció oír un suspiro... ¿de rendición o de triunfo? De pronto, le golpeó la certeza de estar a punto de sucumbir al hechizo de las Ruggiero. Ravenna estaba intentando seducirle con la suavidad de su cuerpo y las señales

que con él le lanzaba.

El ser consciente de ello puso freno a la imperiosa necesidad de saborear sus labios. Pero aun así, no fue capaz de retroceder. Estaba atrapado por un apetito más agudo del que había conocido en años.

Aquello le enfureció más incluso que el haber perdido el dinero. Sentía un fuego virulento en el vientre, una mezcla de deseo y desprecio por su propia debilidad.

Manteniendo el brazo en la espalda de Ravenna, le soltó la mano. Pero ella no se movió. Continuaba desafiándole con la mirada a hacer lo peor. ¿Lo haría porque se creía inmune o porque había dado por sentado que él no aceptaría aquel desafío?

Jonas rozó con los dedos la suavidad de sus senos y automáticamente moldeó su madura dulzura. Sintió la presión del pezón contra la palma de la mano y la excitación le abrasó las entrañas. Un espasmo casi eléctrico sacudió todo su cuerpo.

Por un instante, Ravenna permaneció rígida, como si estuviera a punto de arremeter contra él. Abrió los ojos sorprendida y después dejó caer los párpados en una muda invitación. Entreabrió los labios con un silencioso suspiro.

–Dime que me detenga y lo haré –le ofreció Jonas, pero rezó para que no lo hiciera.

Ravenna abrió la boca, pero no salió un solo sonido de sus labios.

El peso de su seno contra la palma de la mano, la presión de su cuerpo y la promesa que se palpaba en el aire minaron la resolución de Jonas.

Estaba a punto de aceptar su silenciosa invitación. ¿Por qué no aceptarla después de todo lo que ella le había arrebatado? Estaba claro que lo esperaba, que lo deseaba incluso si los temblores que sacudían su cuerpo eran indicativos de algo.

Sí, seguramente aquella ladrona pensaba que tenía el cerebro en la entrepierna, igual que su padre cuando había abandonado a su madre, olvidando todas las obligaciones familiares.

Jonas no podía permitir que Ravenna disfrutara de la ilusión del triunfo. De modo que le presionó ligeramente el pecho, lo suficiente como para provocar un delicado estremecimiento y un ronco gemido de placer.

La sangre se le aceleró al oírla, pero se negaba a responder a la urgencia de su repentinamente incontrolable cuerpo.

–Te gusta, ¿verdad, Ravenna?

Aunque estaba completamente paralizada, el brillo de sus ojos

le dio la respuesta. Ravenna tragó de forma compulsiva, llamando la atención sobre la elegante longitud de su pálido cuello. El cuello de la chaqueta negra se había aflojado, dándole un aire de fragilidad que desmentía el palpitar vibrante de su pulso mientras se arqueaba contra él.

Jonas no tardaría en retirarse. En cuanto pudiera saborear un poco de...

La fragancia a canela le inundó cuando hundió la cabeza entre el cuello y el hombro de Ravenna. Ella se estremeció entre sus brazos mientras se aferraba a él como si necesitara su apoyo.

–No, por favor...

Sus palabras cesaron en cuanto Jonas acarició la dulzura de su cálida piel. Inmediatamente, inclinó la cabeza para poder saborearla mejor y le cubrió el cuello de besos. Aquella mujer era adictiva. Jonas ignoró la voz de la razón y se dejó llevar por la pasión del momento, por el placer de acariciar a Ravenna.

Jamás se había encontrado con una mujer que le tentara como aquella.

Ravenna se aferró a su cuello y él la tensó contra él, disfrutando al sentir su cuerpo deslizándose sobre el suyo y arqueándose para permitirle un mejor acceso.

Jonas le acarició entonces con la lengua la piel de detrás de la oreja, y tuvo que tensar el brazo cuando Ravenna se derrumbó contra él como si le hubieran fallado las rodillas.

Se mostraba tan receptiva que le hizo olvidarse de todo lo demás. La sangre rugía por sus venas, sus instintos más primarios parecían haberse apoderado de la situación. Tenía la visión borrosa y la mente le corría frenéticamente pensando en la manera de tumbarla cuanto antes.

Le mordisqueó ligeramente el lóbulo de la oreja y ella volvió la cabeza buscando sus labios.

La sensación de triunfo hormigueaba por todo su cuerpo mientras la besaba en la comisura de los labios. Un beso más y cruzaría la habitación con ella para llevarla al sofá.

Sintió un timbrazo en los oídos, pero lo ignoró e inclinó la cabeza para tomar su boca.

Pero vio entonces que Ravenna tenía los ojos abiertos y que la expresión soñadora había desaparecido para dar paso al miedo.

Jonas frunció el ceño. Sabía que Ravenna le deseaba. Lo sentía en cada músculo y en cada curva de su cuerpo. Pero aun así...

El timbre volvió a sonar. Aquella vez, se dio cuenta de que el sonido no procedía del interior de su cabeza, sino de la puerta de

la entrada.

–Déjame ir a abrir.

La voz de Ravenna era tan ronca que Jonas tuvo que leerle los labios para entenderla. Parpadeó mientras intentaba encontrar sentido al repentino cambio de humor.

Ravenna le empujó entonces con las dos manos.

–¡He dicho que me dejes! –desvió la vista como si no se atreviera a mirarlo.

¿Porque Jonas le había hecho olvidar su intento de seducción, quizá? ¿Porque se había convertido en víctima inesperada del deseo?

Sintió una extraña presión en el estómago. Era la desilusión, el darse cuenta de la rapidez y la virulencia con la que había cedido a lo que Ravenna le ofrecía: sexo ardiente con una oportunista cazafortunas. Era igual que su padre.

La soltó tan bruscamente que Ravenna se tambaleó y Jonas se vio obligado a alargar la mano para sujetarla.

–Salvada por la campana –musitó, y la vio sonrojarse.

La observó mientras se alejaba de él con paso inestable. Y con cada uno de sus pasos, se maldecía a sí mismo por su debilidad. Por no haber sido capaz de resistirse.

–Si es así como te pones cuando algo no te afecta –dijo arrastrando las palabras–, estoy deseando verte cuando realmente te excites –soltó una bocanada de aire al verla detenerse–. Quería ver hasta dónde estabas dispuesta a llegar. Y no me has desilusionado.

Ravenna pareció encogerse, pero no se volvió. Por un instante, presa de un sentimiento ridículamente parecido a la compasión, Jonas estuvo a punto de cruzar la habitación para abrazarla.

Inmediatamente, sacudió la cabeza. ¿Aquel era el punto flaco de la familia? ¿Los Deveson tenían algo en los genes que les hacía sucumbir ante las Ruggiero?

Apretó los dientes, intentando contener la furia y la desilusión de saber que nunca la tendría entre sus brazos. No podía confiar en sí mismo en lo referente a aquella mujer.

–Si al final decides tener algo conmigo, házmelo saber. Es posible que decida olvidar mis prejuicios, aunque solo sea por la novedad.

Capítulo 4

RAVENNA clavaba la mirada en el suelo, deseando que se la tragara la tierra. Cualquier cosa para escapar del sarcasmo y el desprecio de Deveson.

¿Podía haber una situación más humillante que aquella? Aquello era mucho peor que enfrentarse a una reprimenda del cocinero jefe en el trabajo. En cuanto a los tormentos sufridos en el colegio, no eran nada comparados con aquella vergüenza.

Pero, en aquella ocasión, se lo merecía. Se había comportado como una cualquiera ansiosa por acariciar a un hombre que la despreciaba. Por primera vez en su vida, no se había comportado como la joven sensata, prudente e independiente que era.

El timbre de la puerta volvió a sonar, obligándola a arrastrarse hasta el vestíbulo. Una vez allí, apoyó la mano contra la pared mientras atendía al telefonillo.

–¿*Monsieur* Giscard? –lo preguntó con una voz tan débil que tuvo que aclararse la garganta para volver a intentarlo.

La respuesta que llegó de abajo fue confusa para unos oídos en los que todavía latía la excitación. Aun así, presionó el botón para dejar entrar a su visitante. Quienquiera que fuera, no podía ser más peligroso que Jonas Deveson.

Sentía sus ojos fijos en ella. Le cosquilleaba la piel y notaba el calor de su mirada perforándole la espalda. Podría haber señalado el lugar exacto que estaba mirando.

Ravenna tragó saliva intentando eliminar el nudo de emoción que tenía en la garganta.

¿Qué le habría pasado para haberse comportado de una forma tan impropia de ella?

Tomó aire intentando recuperar el control, pero inhaló los vestigios del punzante olor a cítricos que impregnaba cada poro de su piel. Jamás en su vida había sentido una atracción como aquella, tan instantánea y absoluta. Había oído hablar de la atracción animal. Ella misma había experimentado lo que era el deseo. Pero aquello… aquello había sido como un tsunami que había arrasado con la razón, las dudas y cualquier tipo de resistencia.

Sonó el timbre de la puerta y Ravenna se tambaleó hacia

delante. Sentía las piernas como si fueran de cera derretida mientras intentaba abrir con manos temblorosas.

Cuando lo consiguió, descubrió frente a ella a un hombre de mediana edad, elegantemente vestido y con un capullo de rosa en la solapa.

–¿*Mademoiselle* Ruggiero? –pronunció su nombre con un delicado acento francés.

–*Monsieur* Giscard –le tendió la mano–. Es un placer conocerle. Le agradezco que haya venido tan rápido.

Le condujo al interior del apartamento, teniendo mucho cuidado de evitar la mirada de Jonas, que permanecía al fondo del salón.

Por lo menos, la presencia de aquel experto anticuario le daba una oportunidad de recuperar la compostura después de aquel devastador encuentro. Pero a pesar de sus mejores intenciones, su mirada se desvió hasta encontrarse con aquellos ojos del color de la niebla impenetrable.

A su lado, el anticuario francés comenzó a avanzar con paso enérgico y la mano tendida para saludar a Jonas. Por un momento, Ravenna llegó a pensar que se conocían, pero, al parecer, *monsieur* Giscard le había reconocido por sus apariciones en la prensa.

–Tengo aquí el inventario de los muebles –le advirtió Ravenna a *monsieur* Giscard.

Este se volvió hacia ella con desgana y asintió.

–Señor Deveson –añadió Ravenna, dirigiéndose a Jonas–, podríamos quedar más tarde para terminar la conversación –sabía que tenía pocas probabilidades de que Jonas accediera, pero tenía que intentarlo.

–Creo que no, Ravenna –contestó Jonas, bajando la voz deliberadamente al pronunciar su nombre, dándole la textura de una caricia.

Para su absoluta consternación y vergüenza, Ravenna sintió que se le endurecían los pezones. ¡Era como si estuviera programada para responder sexualmente a la cadencia de su voz!

–Me temo que *monsieur* Giscard y yo vamos a estar ocupados durante un buen rato...

–No importa, estoy dispuesto a esperar.

Se sentó en una butaca y cruzó las piernas, colocándose en una postura que exudaba autoridad.

Por un instante, Ravenna contempló la posibilidad de llamar a la policía y pedir que le echaran de allí como si fuera un intruso. Inmediatamente cayó en la cuenta de que la última persona a la

que quería ver en aquellas circunstancias era a un policía. El delito de su madre se cernía sobre ella como una nube de tormenta.

El miedo clavó sus garras en ella. La situación solo podía empeorar, teniendo en cuenta la implacable sed de venganza de aquel hombre. Pero no tardó en reaccionar. Respiró lentamente y cuadró los hombros. Si algo había aprendido durante los últimos meses era que tenía la fuerza suficiente como para soportar mucho más de lo que nunca había creído posible. Pagaría la deuda, salvaría a su madre de aquella furia destructiva y después continuaría con su vida.

–Como quieras –le tuteó–. Ponte cómodo –le dirigió una sonrisa deslumbrante y tuvo el placer de observar su desconcierto.

Se volvió después hacia *monsieur* Giscard y le hizo un gesto para que la precediera.

–He pensado que podríamos comenzar por el despacho.

Para qué podía necesitar Piers un despacho era algo que Jonas no acertaba a comprender. Hacía años que su padre no trabajaba. Jonas se había puesto al mando de lo que había comenzado siendo una empresa de la familia Deveson. Y había sacado a su padre de su vida cuando este se había marchado destrozando a su madre y sin mostrar el menor arrepentimiento.

Se movió incómodo en la butaca y miró a su alrededor. La imagen del salón no mejoraba por mucho que fuera acostumbrándose a ella. Piers siempre se había sentido atraído por el brillo y las mujeres.

Jonas se pasó nervioso la mano por el pelo. ¿Había sido Ravenna sincera cuando él había sugerido que podría haber utilizado sus armas femeninas para sacarle el dinero a Piers?

Y lo más importante, ¿qué demonios le había pasado a él cuando la había acariciado?

Estaba fascinado y asombrado por su reacción.

Jonas se levantó. No quería quedarse al margen de lo que estaba pasando.

Descubrió a Ravenna y al anticuario en una gran habitación dominada por un escritorio. Estaban examinando una tabaquera.

–Esta es una pieza bastante buena. Podría conseguir cientos de dólares por ella.

La desilusión de Ravenna ante aquellas palabras fue evidente.

–¿Solo unos cuantos dólares? Yo pensaba que por lo menos esto tendría más valor –parecía al borde de la desesperación.

Giscard se volvió y Jonas le vio vacilar.

–Bueno, a lo mejor vale un poco más. Tiendo a pecar de cauto, *mademoiselle* Ruggiero. Mirándola mejor, es posible que valga un poco más. Si quiere, puedo encargarme personalmente de la venta. Tengo algunos contactos que podrían estar interesados.

–¿De verdad? –en los ojos de Ravenna brillaba la esperanza. Se inclinó hacia él–. Se lo agradecería mucho, *monsieur* Giscard.

Al oír aquella voz tan suave y cargada de esperanza, Jonas sintió reaccionar su piel como si Ravenna le hubiera acariciado con las yemas de los dedos. Apretó la mandíbula, furioso, pero intrigado al mismo tiempo por el poder de aquella voz.

–Es lo menos que puedo hacer –el anticuario se acercó a ella–. A lo mejor, en estas circunstancias, deberías llamarme Etienne.

Jonas se aferró al marco de la puerta mientras los veía continuar la conversación, completamente ajenos a su presencia.

Observó con amargura cómo respondía aquel hombre maduro a la falsa demostración de vulnerabilidad por parte de Ravenna, vestida casi como una niña.

Pero no había nada infantil en ella. Cuando la había acariciado, se había mostrado como una mujer ardiente y deseosa. Aunque con aquella chaqueta irradiaba un aire de fragilidad que le intrigaba.

En aquel momento comprendió por qué. Aquella vulnerabilidad era un recurso para ayudarse en sus tratos con el anticuario, que en aquel momento se la estaba comiendo con la mirada.

Aquella mujer era tan peligrosa como su madre. Y aun así, la deseaba.

Tomó aire, ignorando la anticipación que crepitaba por sus venas al pensar en la posibilidad de acostarse con Ravenna Ruggiero. Eso no iba a suceder. Sus estándares eran mucho más altos.

Pero la haría pagar por lo que había hecho. Se aseguraría de que aprendiera el valor del dinero que había robado y, para cuando terminara con ella, también habría aprendido el valor del duro trabajo. Saldaría completamente su deuda, por mucho que batiera sus largas pestañas.

No la denunciaría a la policía, no habría juicio. En un primer momento, había deseado que se supiera que la amante de su padre era una ladrona. Pero por razones en las que prefería no profundizar, después de que Ravenna se hubiera declarado culpable, no le parecía lo más conveniente. Tras haberla visto y

acariciado, quería algo mucho más personal.

Ravenna le había robado, pero el daño era mucho más profundo que el de la pérdida de un dinero que, al fin y al cabo, podría reponerse fácilmente.

Jonas se dijo a sí mismo que su decisión no tenía nada que ver con el ardiente deseo que le abrasaba la piel. Ni con la sensación de que, de alguna manera, Ravenna le había batido en el primer enfrentamiento, aunque él tuviera todas las cartas ganadoras en aquella competición.

Porque aquello era una competición de voluntades, de fuerza y, sobre todo, de orgullo.

Tensó los labios mientras analizaba nuevamente su decisión de evitarle unos antecedentes penales. Era un gesto casi altruista por su parte.

Jonas entrecerró los ojos mientras la veía batir sus espesas pestañas. Algo duro y afilado se solidificó en su vientre. Estaba deseando cobrar su deuda.

–Pero esto –ronroneó *monsieur* Giscard–, es algo completamente diferente.

Permanecía enfrente del aparador en el que se exponía una antigua cristalería.

–¿De verdad cree que podría tener algún valor? –Ravenna se acercó a él, sintiendo renacer la esperanza.

–Tendría que examinarlo con propiedad, pero parece una muy buena colección –se interrumpió. La emoción iluminaba su rostro–. Sí, muy buena.

–Pero me temo que no está en venta –dijo una voz profunda tras ellos.

Ravenna se sobresaltó. No había oído acercarse a Jonas. Ignorándola, Jonas se volvió hacia *monsieur* Giscard, que sostenía una copa entre las manos con un gesto casi reverencial.

–*C'est magnifique!*

–Sí, ¿verdad? –Jonas alargó la mano y tomó la copa. La sostuvo durante unos instantes contra la luz y volvió a colocarla en su lugar–. Pero no está en venta. Me temo que ese inventario tiene algunos fallos.

Le quitó a Ravenna la tablilla en la que sostenía el inventario y lo revisó. Se sacó un bolígrafo de oro del bolsillo y comenzó a tachar objetos de la lista.

–Los objetos de ese aparador son antiguas pertenencias de la

familia. Eran de mi padre, o, en otras palabras, ahora míos –clavó sus ojos plateados en Ravenna–. A menos que también quieras robármelos.

Ravenna sintió que le ardían las mejillas.

–Yo no...

–¿No? –Jonas curvó los labios en una sonrisa de superioridad.

–No. Y me extraña que el abogado de tu padre no se haya puesto en contacto con nosotras para hablar de esta colección. Tenía entendido que todo lo que había en este apartamento era propiedad de mi madre.

–Que, curiosamente, no está aquí. Y que no ha estado disponible cuando mis abogados han intentado ponerse en contacto con ella.

–Está muy afectada. Todavía no está en condiciones de enfrentarse a todo esto.

–Y supongo que esa es la razón por la que ha delegado en ti, por tu especial habilidad, para cerrar la casa.

Jonas le hablaba con inmenso desprecio, como si realmente fuera una ladrona. Que era, en realidad, lo que ella pretendía hacerle creer por el bien de su madre.

La precaución batallaba con la furia mientras reprimía su furiosa protesta. Al final, desvió la mirada hacia el anticuario y esbozó una sonrisa de disculpa con la que esperaba poder enmascarar su desesperación.

–*Monsieur* Giscard, como al parecer las cosas no están tan claras como pensaba, ¿le importaría...?

–Por supuesto, *mademoiselle* –miró nervioso a Jonas, que permanecía como un ídolo furioso esculpido en granito.

–Le llamaré en cuanto hayamos solucionado esto.

–Por supuesto, por supuesto –el francés prácticamente salió corriendo hasta la puerta y ni siquiera miró a Ravenna a los ojos cuando esta se despidió de él en la entrada.

–Al fin solos.

La voz profunda de Jonas la envolvió como una caricia fantasmagórica.

Ravenna no se molestó en contestar. Y tampoco tenía intención de enfrentarse a su crítica mirada. Se limitó a dar media vuelta y a alejarse de él.

–¿Adónde vas? –preguntó Jonas en un tono endurecido por la sorpresa.

Era evidente que no estaba acostumbrado a que nadie le diera la espalda.

Por supuesto, la siguió. A pesar de lo espacioso de la cocina, Ravenna tuvo una sensación claustrofóbica. Seguramente, incluso bajo el enorme cielo azul se sentiría acorralada estando Jonas cerca.

Negándose a reconocer su pánico creciente, se concentró en llenar el calentador eléctrico y en sacar el café.

–Muy doméstico todo.

Ravenna se encogió de hombros.

–Bueno, al fin y al cabo, soy hija de un ama de llaves –llenó el molinillo de café–. Entonces, Jonas, ¿qué planes tienes? ¿Has llamado ya a la policía? ¿Voy a salir esposada de aquí?

–Desde luego, la imagen tendría cierto encanto.

Ravenna tenía el vello de punta mientras vaciaba el molinillo.

–¿Pero?

Sabía que había algún pero. Incapaz de seguir fingiendo indiferencia, se volvió hacia él y le vio apoyado contra el marco de la puerta, bloqueando la única salida posible con sus hombros anchos y su atlética envergadura.

Ravenna se humedeció los labios, intentando aliviar la sequedad de la boca. El miedo, más que el orgullo, provocó sus siguientes palabras.

–Te lo devolveré todo. Te lo prometo.

–¿Me lo prometes? ¿Y cómo te las arreglarás para devolvérmelo? ¿Tienes trabajo?

Ravenna abrió la boca para contestar afirmativamente, pero la cerró de golpe. Había estado trabajando en un restaurante, pero solo unos meses. Había perdido el trabajo en cuanto había sido evidente que tendría que pasar largos meses de baja.

–No, en este momento no estoy trabajando.

–No sé por qué no me sorprende.

–¿Qué planes tienes entonces? –volvió a preguntar Ravenna, negándose a caer en la provocación.

Durante unas décimas de segundo, Jonas permaneció en silencio. Después, esbozó una sonrisa que le daba un aspecto letalmente peligroso y, para horror de Ravenna, también muy sexy, en el caso de que fuera una mujer a la que le gustara vivir al filo del peligro.

–¿Planes? ¡Ah! Te refieres a lo del robo.

Ravenna apretó los puños. Por grande que fuera la tentación, no iba a volver a intentar abofetearle. No pensaba arriesgarse a tocarle otra vez.

Jonas se encogió de hombros.

–Esos enormes ojos llenos de inocencia no te sientan nada bien.

Ravenna se cruzó de brazos para que no pudiera verla temblar. Tras ella, el calentador de agua comenzó a silbar, pero Ravenna continuaba con toda su atención pendiente del hombre del que dependía su futuro.

–Pretendo asegurarme de que me lo devuelvas todo. Así de sencillo.

–Contigo nada es sencillo.

–¡Ah! Veo que aprendes rápido –como Ravenna no dijo nada, él continuó–. Pretendo volver a abrir la casa de la familia. Está cerrada desde que mi madre murió y nadie se ha ocupado de ella.

Ravenna frunció el ceño. Una casa tan antigua como aquella y de las proporciones de una mansión necesitaba un mantenimiento constante.

–Soy consciente de que esa casa necesita una considerable atención –apretó los labios y Ravenna vio preocupación en sus facciones, la primera señal desde que Jonas Deveson había llegado de que era capaz de sentir algo más que amargura y desprecio–. Y ahí es donde entras tú. Además de algunas labores de rehabilitación, habrá que limpiar la casa de cabo a rabo.

–¿Quieres que forme parte del equipo de limpieza?

–No –Jonas sacudió la cabeza lentamente y sonrió–. Tú serás el equipo de limpieza. Serás la responsable de que la casa esté preparada para el baile que voy a organizar para celebrar su reapertura.

Ravenna no pudo reprimir una exclamación. La mansión de los Deveson había sido construida siglos atrás, cuando la familia tenía un ejército de sirvientes. ¡Tenía cinco pisos, contando con la bodega!

–Una persona no puede hacer todo ese trabajo.

–Habrá algunos albañiles ocupándose de las reparaciones que sean necesarias. Tú serás la responsable de que la casa renazca otra vez.

A los ojos de Jonas afloró algo que le hizo comprender a Ravenna que esperaba que se negara, que rechazara la única alternativa que tenía para no ir a prisión.

–¿Eso es todo? –consiguió preguntar.

La sonrisa de Jonas desapareció.

–No, si tu trabajo está a la altura, tendrás que seguir trabajando como ama de llaves hasta que considere saldada la deuda. Esa es mi oferta. O la tomas o la dejas.

Ravenna se había prometido que jamás serviría a nadie después

de haber visto cómo había sido tratada su madre por muchos de sus empleadores. Eran personas ricas que consideraban que sus trabajadores eran esclavos.

Resonaban en sus oídos las burlas de la infancia. Para sus compañeros, era una ofensa tener que compartir la clase con la hija de una empleada. Y se lo habían hecho pagar.

Ravenna creía haber escapado de todo aquello. Le llevaría años saldar aquella deuda. Pero no tenía otra opción. Tomó aire, intentando apaciguar su frenético pulso.

Jonas convertiría en un infierno su estancia en aquella casa, pero ella era lo suficientemente fuerte como para soportarlo. No podía ser peor de lo que hasta entonces había tenido que sufrir. Irguió los hombros y le miró a los ojos, ignorando el calor que crepitaba entre ellos.

–Y no te hagas ilusiones sobre la posibilidad de que se repita la historia –añadió Jonas con voz glacial–. Yo no tengo la debilidad que mi padre tenía por sus empleadas.

Ravenna alzó la barbilla. Jonas intentaba degradar con cada una de sus palabras lo que Piers y su madre habían compartido.

–Es un alivio. Porque no eres mi tipo.

Jonas endureció su semblante de piedra. Pero no dijo nada mientras esperaba a que Ravenna rechazara su propuesta. Después llamaría a la policía.

–¿Cómo podría rechazar una oferta tan generosa? Ya tiene ama de llaves, señor Deveson.

Capítulo 5

AQUEL tiempo deprimente no ayudaba a animar a Ravenna. La mansión de los Deveson continuaba siendo tan imponente como la recordaba. Ella no le tenía ningún miedo al trabajo, pero aquello... Tragó saliva con la garganta seca al ser consciente de la enormidad a la que tendría que enfrentarse. Aquel hombre esperaba algo imposible.

Una persona en su sano juicio no podía pretender que alguien se ocupara de tamaño trabajo. No podía pensar en serio que...

Por supuesto que no. Jonas Deveson no era ningún estúpido. Seguramente esperaba que tirara la toalla. Quería verla admitir la derrota antes de someterla a la humillación de llevarla a juicio.

Volvieron a asaltarla las ganas de salir huyendo, pero sabía que no serviría de nada. El robo se había producido y, si ella no asumía las consecuencias, tendría que hacerlo su madre. Silvia no estaba en condiciones de hacerlo. Y, además, había sido Ravenna la que se había beneficiado de aquel robo.

Agradeció en silencio que su madre estuviera en Italia. Si hubiera hablado cara a cara con ella, habría adivinado que mentía cuando le había dicho que dejaba París por un prometedor trabajo en Inglaterra. Si en algún momento llegara a sospechar que Ravenna se había declarado culpable... Ni siquiera se atrevía a pensar en ello. Le enfermaba tener que mentir cada vez que hablaba por teléfono con Silvia, pero sabía que no tenía otra opción.

Con desgana, metió los dedos helados en el bolsillo, sacó la llave y cruzó a través de la maleza hasta la puerta trasera de la casa.

En uno de los escalones había una caja con provisiones, pero la ignoró para ocuparse de la cerradura y del teclado de la alarma.

Le habían advertido que si salía de casa saltaría la alarma. Eso significaba que era una prisionera. Había cámaras en las puertas, controlando todas las entradas. Probablemente, Jonas temía que pudiera robar alguna antigüedad.

¿Sería esa su intención? ¿Tentarla a cometer otro robo para tener la certeza de que fuera a prisión por reincidencia? Le parecía bastante probable.

Se aferró a su bolso y entró, ansiosa por escapar de la cámara.

El vestíbulo estaba tan oscuro que rápidamente encendió la luz. Encontró aquella parte de la casa triste y deprimente, muy diferente a como la recordaba.

Se dirigió hacia las habitaciones del servicio, las que ella había considerado su hogar durante los días de vacaciones. Durante un momento de debilidad, se permitió desear que su madre estuviera allí.

Empujó la puerta y se detuvo bruscamente, golpeada por un intenso olor a humedad y a moho. Arrugó la nariz mientras fijaba la mirada en lo que en otro tiempo había sido un acogedor cuarto de estar. Al volverse, sintió una corriente fría y vio que las cortinas se ondulaban movidas por el viento que penetraba a través de uno de los cristales rotos de la ventana.

Pero no era solo la humedad de la lluvia la que empapaba la habitación. El papel de las paredes tenía manchas de humedad que sería imposible limpiar.

Dejó la maleta en el suelo y avanzó un paso. La suciedad crujía bajo sus pies mientras se dirigía hacia el dormitorio. Allí el olor era todavía peor y también las paredes estaban sucias. En cuanto lo vio, regresó al vestíbulo. ¿Sería Jonas consciente de que todo estaba en tan mal estado? Aquella casa necesitaba que la tiraran y la volvieran a levantar. Sería una pesadilla restaurarla, decidió mientras iba abriendo puerta tras puerta y encontrándose todo en aquel lamentable estado. Se imaginaba que se había reventado alguna cañería, o que se había atascado algún desagüe.

Era un crimen descuidar de aquella manera una casa. ¿Cómo podía haber sido Piers tan irresponsable?

Pensó en el hombre divertido y parlanchín que había conocido. Un hombre que adoraba a su madre y del que su madre estaba enamorada. Había visto el amor en sus ojos y en lo dispuesto que estaba siempre a cuidar a su madre. Pero también había visto cómo cambiaba de tema cada vez que surgía algo desagradable. Era un hombre que había disfrutado de una vida cómoda y rodeada de lujos. Según su madre, en lo único en lo que se mostraba inflexible era en que no quería tener relación ni con su familia ni con la mansión que había dejado tras él.

Llegó por fin a la cocina. Bajo la tenue luz que se filtraba por las ventanas, parecía más descuidada que dañada. Ravenna soltó el aire que ni siquiera sabía que estaba conteniendo.

Por lo menos, aquella habitación era habitable.

El viaje la había agotado y la enormidad a la que tenía que

enfrentarse la hacía desear acurrucarse y esconderse. Pero sabía que ignorar los problemas no era la manera de resolverlos.

–¿Qué significa eso? –Jonas dejó el montón de cuentas sobre el escritorio de su asistente.

Imperturbable, Stephen se volvió desde el ordenador.

–Dijiste que cualquier cosa relacionada con la señorita Ruggiero o la mansión Deveson te la pasáramos directamente.

–Pero ¿esto? ¿Acristalamiento? ¿Reparación de la caldera? ¿Qué está haciendo esto aquí?

Debería haberse imaginado que Ravenna encontraría la manera de recordarle su presencia, aunque estuviera fuera de Londres. Debería estar fregando, en vez de tener la osadía de interrumpirle en su trabajo.

Jonas prefirió dejar de lado el hecho de que el recuerdo de Ravenna había estado interrumpiéndole desde que había estado en París. Recordaba con demasiada frecuencia la dulce fragancia de la canela en su piel y el excitante sonido de sus suspiros cuando la besaba. La tensión que sintió en el vientre exacerbó su enfado.

–¡Explícate!

Stephen le miró sorprendido y Jonas se dio cuenta de que había levantado la voz. Él nunca levantaba la voz. Se acarició el cuello, intentando aliviar la tensión de los músculos. Antes de que hubiera tenido la oportunidad de disculparse, Stephen continuó:

–El responsable de la restauración del edificio está en Singapur. Todavía no puede empezar en tu casa. Hace un par de días te envié un mensaje.

Sí, y Jonas, que quería que la casa familiar fuera restaurada por el mejor, había preferido esperar un poco más.

–Pero ¿esto? –le mostró una cuenta–. ¿Veinte trampas para ratones? ¿Qué demonios está haciendo esa mujer?

–¿Luchar contra una plaga? –Stephen sonrió.

Jonas volvió a repasar las facturas. Él pensaba dejar a Ravenna sola durante algún tiempo, pero era evidente que no podía dejarla sola, sin que nadie la supervisara.

–Anula todos los compromisos que tengo para mañana. Me voy a la mansión Deveson.

Jonas permanecía al pie de las escaleras de la entrada con una extraña sensación de vacío en el estómago que se hizo más intensa

cuando vio la maleza que brotaba de entre la grava. Cerca de la entrada había una urna ornamental caída y un par de huecos de las ventanas habían sido cubiertos con tablas de madera y, si no se equivocaba, con cartones.

El vacío del estómago se convirtió en dolor.

Habían pasado seis años desde la última vez que había estado allí. Seis años desde que su madre se había suicidado y su padre…

Jonas detuvo bruscamente aquellos pensamientos, horrorizado por lo que estaba sintiendo. Durante seis años, había disfrutado de una vida satisfactoria, productiva, repleta de desafíos, de triunfos y placeres. En el estresante mundo de los negocios no había espacio para los sentimientos.

Y aquel momento de debilidad, de vulnerabilidad, le inquietó.

Durante seis años, no había sentido nada parecido, nada que pudiera conmoverle hasta ese punto. No, hasta que Ravenna había entrado en su vida.

Era como si aquella mujer hubiera abierto las compuertas tras las que había encerrado sus sentimientos años atrás. Y no le gustaba.

Otro motivo más para acabar definitivamente con ella. Seguramente, a esas alturas, al ver la magnitud de la tarea a la que se enfrentaba, habría admitido su derrota.

Jonas apretó los labios y subió a grandes zancadas las escaleras.

El pasado le golpeó violentamente cuando abrió la enorme puerta de madera. Tuvo una sensación de familiaridad perdida durante mucho tiempo, volvieron a él los recuerdos de la infancia.

Tensó la mano sobre la madera de la puerta mientras intentaba reprimir aquel sentimiento.

Nada le dio la bienvenida al entrar en aquella habitación tan tenuemente iluminada. El frío transformaba en vapor su respiración mientras supervisaba aquel espacio sin vida. Jonas absorbió el olor del polvo y la madera vieja mientras recorría con la mirada la oscuridad, como si esperara que se alzaran ante él los espectros del pasado.

Bufó disgustado, se acercó a la ventana y la abrió. La luz bañó las baldosas desgastadas de la escalera. Unos pasos más y abrió otra ventana, y otra, y otra, hasta que el salón que en otro tiempo había sido el corazón de la casa se reveló en su deprimente gloria.

Jonas abrió después las ventanas del que había sido el cuarto de estar. Más moderno que el salón, tenía una chimenea y un enorme espejo que reflejaba las fantasmagóricas siluetas de los

muebles protegidos por las sábanas.

Sintiendo cómo iba aumentando su furia, fue abriendo más ventanas y cortinas. La luz del día no revelaba evidencia alguna de que aquel lugar hubiera estado habitado recientemente. Tenía las manos grises por el polvo. ¡Maldita fuera! ¿Qué habría estado haciendo aquella mujer?

Recorrió varias habitaciones, revelando aquellos espacios de húmeda y polvorienta decadencia. Para cuando regresó de nuevo al salón, la sensación de inquietud había desaparecido y ardía dentro de él una furia virulenta contra aquella mujer que no se había molestado en mover un solo dedo.

De tal madre, tal hija. A las dos les gustaba la vida fácil. Pues bien, aquello se iba a terminar.

Comenzó a subir los escalones de dos en dos y terminó encontrando a Ravenna en la tercera habitación del piso de arriba.

Ni siquiera se movió al oírle acercarse. Jonas se detuvo bruscamente a los pies de una cama con dosel con el corazón latiéndole violentamente en el pecho mientras la recorría con la mirada.

Estaba tumbada de lado, con las manos bajo la mejilla y las piernas encogidas. Era la viva imagen de la inocencia.

Surgieron inmediatamente las sospechas. ¿Sería consciente de que la estaba mirando? Desde luego, habría sido extraño que no hubiera oído los portazos del piso de abajo y su subida por las escaleras. Entrecerró los ojos, pero no advirtió ningún cambio en el ritmo de la respiración de Ravenna ni movimiento alguno de párpados.

Jonas bajó la mirada hacia su boca rosada y ligeramente entreabierta y recordó la dulzura de sus suspiros cuando la había acariciado. Se descubrió a sí mismo inclinándose y alzando la mano como si quisiera despertarla. Retrocedió bruscamente y se aferró a uno de los postes de la cama.

Él no era tan ingenuo como Piers.

–¡He dicho que ya va siendo hora de levantarse!

Aquella voz profunda se abrió camino hacia el cerebro de Ravenna, pero ella se acurrucó contra la almohada. Solo un poco más. Se sentía tan bien dejando descansar a su agotado cuerpo...

–Por mucho que disfrute de esta imagen de Bella Durmiente, esto no va a servir de nada.

La voz perdió el tono amable y adquirió una dureza que la

arrancó inmediatamente de su sueño. Abrió los ojos y ahogó un grito al ver a Jonas cerniéndose sobre ella y bloqueando la luz de las ventanas.

–¡Eres tú! –exclamó con un grito estrangulado.

–¿Esperabas a alguien más?

Se desató el pánico y el corazón comenzó a latirle erráticamente al ver la furia que crepitaba en los ojos entrecerrados de Jonas. El miedo la atenazaba. Pero era un miedo que no tenía nada que ver con el tenso enfado que reflejaba aquel rostro, sino con el anhelo que recorría su propio cuerpo.

Estaba desesperada. Se había convencido a sí misma de que lo que había sucedido en París había sido una horrible aberración que no volvería a repetirse. No podía sentirse atraída por él.

En un remolino de brazos y piernas, Ravenna se dirigió al lado más alejado de la cama y se sentó. Pero había subestimado su cansancio. En cuanto puso los pies en el suelo e intentó levantarse, le flaquearon las rodillas y tuvo que aferrarse a la cama para no caerse.

Un segundo después, Jonas estaba a su lado, tendiéndole los brazos como si pretendiera ayudarla.

–¡No me toques! –gritó Ravenna con la voz atragantada por la emoción.

Jonas retrocedió con expresión insondable y Ravenna se obligó a sí misma a enderezarse. Las piernas le temblaban como si fueran de gelatina, pero era de esperar después de las horas que se había pasado en pie. Aquella sensación no tenía nada que ver con Jonas Deveson.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Creo que esa pregunta debería hacerla yo. ¿Qué estabas haciendo aquí dormida en medio del día?

Ravenna miró el reloj. Eran las dos de la tarde. No era extraño que se sintiera tan débil. Solo llevaba quince minutos durmiendo.

Desde que había llegado a aquella casa, se había forzado al límite, ignorando la necesidad de tomarse las cosas con calma y permitir que su cuerpo se recuperara. El miedo había sido la mejor motivación para vencer al cansancio, el temor a que Jonas Deveson la acusara de no haber llevado a cabo la tarea imposible que le había encargado.

Y allí le tenía, como tantas veces había temido.

Ravenna se secó el sudor de las manos en los vaqueros gastados.

–Me he levantado muy pronto esta mañana, así que estaba...

tomándome un descanso.

–La mayor parte de la gente descansa tomando un café y unas galletas, no tumbándose en una cama que es una antigüedad.

–Si esperas que me disculpe, ya puedes ir renunciando –Ravenna puso los brazos en jarras en un gesto desafiante con el que esperaba poder ocultar el temblor de sus piernas–. Si soy suficientemente buena para limpiar esta maldita cama, también soy suficientemente buena como para dormir en ella.

–Hablas como la digna hija de tu madre. Supongo que ella pensaba lo mismo cada vez que prestaba servicios en la habitación de Piers.

Ravenna sintió que la sangre abandonaba su rostro ante aquella brutal insinuación.

–Eres un...

–¡Tranquila, tranquila! –él alzó la mano–. No digas nada de lo que puedas arrepentirte.

–Créeme, no me arrepentiría –pero no podía permitirse el lujo de enfrentarse a él–. En cualquier caso, como pareces tener un punto de vista tan arcaico sobre las diferencias sociales, creo que debería advertirte que este es mi dormitorio.

–¿Qué pasa? ¿Las habitaciones del servicio no eran lo suficientemente buenas para ti?

–Las habitaciones del servicio no estaban suficientemente secas ni impermeabilizadas –fue testigo de la sorpresa provocada por sus palabras–. No lo sabías, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo hacía que no habías venido por aquí?

Tal como era de prever, Jonas ignoró su pregunta.

–Si esta es tu habitación, deberíamos hablar en cualquier otra parte.

Ravenna estaba a punto de darle una respuesta cortante cuando se dio cuenta de que tenía razón. Lo último que necesitaba era que el recuerdo de Jonas impregnara aquel espacio tan personal.

Giró bruscamente, dispuesta a salir, pero no contó con su debilidad.Todavía le temblaban las piernas y durante un terrible instante, se sintió mecerse peligrosamente y empezar a caer.

Jonas la agarró rápidamente por los codos, haciéndole sentir sus dedos largos y fuertes a través de la tela de su vieja chaqueta, reviviendo de nuevo el deseo.

–¿Estás bien?

Ravenna alzó lentamente la mirada, observando los contornos de su mandíbula y de aquella boca que mostraba su

desaprobación. Recordó la ternura con la que le había acariciado el cuello y se estremeció al sentir un traicionero calor.

–Sí, estoy bien –contestó con voz ronca y bajando la cabeza para no someterse a su escrutinio.

Cómo le habría gustado en aquel momento conservar su melena. Podría haberla utilizado como escudo para esconderse de su dura mirada.

Ravenna sacudió la cabeza. De todas las cosas que podía lamentar, la pérdida de la melena era la menor.

Retrocedió con cuidado, dándole tiempo a su cuerpo para adaptarse. Jonas dejó caer las manos inmediatamente, como si estuviera deseando soltarla, y no volvieron a hablar hasta que estuvieron en el descansillo de la escalera.

–Todavía no me has dicho qué estás haciendo aquí.

–He venido a controlarte, por supuesto.

–¿Por si acaso me estaba llevando algo de valor?

–Las medidas de seguridad que he tomado te lo impedirían –respondió satisfecho–. No, he decidido que necesitabas supervisión y por lo que he visto, no me he equivocado. Por eso he decidido quedarme.

Capítulo 6

JONAS miró alrededor de la cocina. Anticuada y funcional, conservaba un calor hogareño que no esperaba encontrar cuando Ravenna le había conducido a las habitaciones de los sirvientes.

La luz del sol reveló una mesa enorme, armarios de madera y una colección de moldes de bronce y ollas colgando de una de las paredes. Parecía un lugar del pasado. De su pasado.

Se recordaba tomando chocolate caliente y bizcochos en aquella cocina presidida por la señora Roberts, la cocinera de la casa cuando era niño. A menudo se escabullía en la cocina en busca de las exóticas comidas que preparaba la señora Roberts para las sofisticadas cenas de sus padres.

Hasta que su madre se había enterado y había puesto freno a esa costumbre arguyendo que tenía cosas más importantes que hacer que perder el tiempo relacionándose con los sirvientes.

Jonas parpadeó y volvió la cabeza, ignorando el dolor provocado por aquel recuerdo, y miró de nuevo a Ravenna. Había desaparecido la debilidad que había visto reflejada en su mirada y en la torpeza de sus movimientos.

Aquella debilidad le había preocupado. Había estado a punto de caerse, y sabía que no estaba fingiendo. Él no quería compadecerla. ¡Y tampoco quería desearla! Pero había experimentado ambos sentimientos. Cada vez que la veía, parecían revolucionarse sus hormonas.

Jonas se frotó la cara y el cuello intentando aliviar la tensión de los músculos. ¡Pero tenía muy pocas posibilidades de aliviar otro tipo de tensiones!

–Toma.

Apareció frente a él una taza y un plato de bizcochos.

–¿Vas a darme de comer? ¿Debería asegurarme de que no has puesto veneno?

Ravenna no contestó, se limitó a sentarse al otro extremo de la mesa y bebió de una taza idéntica a la de Jonas. Decorada en azul y blanco. Eran las tazas favoritas de la señora Roberts.

Jonas alargó la mano hacia uno de los bizcochos, que se deshizo en su boca, como aquellos que devoraba muchos años atrás, cuando las discusiones de sus padres le obligaban a buscar

refugio en la cocina.

Una oleada de viejos recuerdos parecía luchar por volver a la vida, pero Jonas los ahogó sin piedad.

–¿Cuál es el plan? ¿Distraerme con tus habilidades culinarias?

Ravenna no le miró, pero apretó los labios como si estuviera intentando contener su enfado.

–Había pensado que, aunque fuera por una sola vez, podríamos tener una conversación civilizada. Pero es evidente que estaba equivocada.

Tomó aire, elevando inconscientemente sus senos, y Jonas apretó las manos, un reflejo del recuerdo de sus caricias.

–Vamos –Ravenna echó la silla hacia atrás–, acabemos cuanto antes con esto. Supongo que te mueres de gana de inspeccionar lo que he hecho, ¿verdad?

Ravenna tenía razón. Había ido hasta allí con intención de ponerla en su lugar, pero desde que había llegado, su cerebro le estaba llevando al límite, intentando poner freno a los recuerdos.

Desahogar su rabia en Ravenna Ruggiero habría sido el antídoto perfecto contra aquellos inquietantes sentimientos. Pero mientras la seguía por la casa, abriendo habitación tras habitación, comprendió que era incapaz de hacerlo.

Había leído los informes sobre la casa, pero no era consciente de que el daño fuera tan severo. Y verla en aquel estado fue como sentir una puñalada en el corazón. El enfado y el desprecio por sí mismo se clavaron en lo más profundo de su ser.

Se había negado a visitar aquella casa en ausencia de Piers. Se decía que aquel no era su hogar. Había evitado el pasado y se había concentrado en convertir Deveson en la primera firma de inversiones del país. Era más fácil permanecer lejos de aquel lugar que recordar los últimos meses de vida de su madre. Había llegado a odiar aquel lugar y todo lo que representaba: el fracaso de la familia, la traición de su padre, la depresión de su madre. Y su propio fracaso.

Le había fallado a su madre. No había sido capaz de salvarla.

–¿Y bien? ¿No vas a acusarme de negligencia por no haber arreglado la casa todavía?

Jonas desvió la mirada hacia los charcos que evidenciaban una reciente fuga de agua. Se volvió después hacia ella y la vio preparada para una confrontación.

–Pediré que vengan a verlo unos expertos. Aquí no puedes hacer nada.

Era una respuesta completamente razonable, pero Ravenna

pareció sorprendida. Casi enfadada, como si, a pesar de lo que había dicho en la cocina, quisiera que volvieran a enfrentarse.

Jonas la miró a los ojos, intentando descifrar sus pensamientos, y Ravenna se sonrojó. Bajó los párpados como si quisiera ocultar sus expresivos ojos. Parecía... incómoda.

–Muy bien. Me has enseñado lo que está en peor estado. Ahora, enséñame lo que has hecho. ¿O has dedicado todo este tiempo a arreglar la cocina y el cuarto de baño?

Ravenna le miró boquiabierta. Como si fuera la primera vez que le veía. Por fin había conseguido poner fin a sus comentarios sarcásticos, pensó Jonas triunfal. Había fantaseado muchas veces con aquella posibilidad. Pero en su imaginación, la silenciaba besando sus labios llenos, deslizando la lengua en su boca y poniendo fin a lo que habían empezado en París.

La respuesta de su cuerpo ante aquel pensamiento fue tan intensa que parecía estar burlándose de todos los motivos por los que se había dicho a sí mismo que jamás volvería a tocarla. En el dormitorio, cuando la había sujetado, Jonas había sido plenamente consciente de Ravenna Ruggiero como mujer. No como una ladrona o un parásito. No como la clase de mujer que había destrozado a su madre, sino como una mujer deseable.

Incluso con vaqueros y una enorme chaqueta, Ravenna le fascinaba de una forma que no alcanzaba a comprender.

–Muy bien –Ravenna se volvió, convirtiendo aquel movimiento en un gesto de evidente desprecio–. Por aquí.

Jonas comprendió entonces que también a ella le afectaba su presencia.

Por lo menos, no era él el único.

Para cuando terminó el recorrido por la casa, Ravenna no sabía qué pensar. Interpretar los sentimientos de Jonas cuando estaba enfadado le resultaba mucho más fácil.

–¿Tú has hecho eso?

Había sorpresa en su voz cuando Ravenna le había enseñado cómo había protegido las ventanas lo mejor que había podido y los nuevos cristales que el vidriero había empezado a instalar.

Ravenna también le había enseñado las habitaciones de la buhardilla, que había vaciado y comenzado a fregar, y la galería, en la que se había dedicado a limpiar con mucho cuidado los cuadros. En aquel momento, estaban supervisando los dormitorios. Además del suyo, Ravenna solo había tenido tiempo de terminar

otro, que era donde estaban en aquel momento.

–Has hecho un buen trabajo.

¿Un halago? ¿De Jonas Deveson? Ravenna se volvió y le descubrió mirándola. Parpadeó rápidamente e intentó desviar la mirada.

–Sí, creo que la cosa ha ido bien, pero me sorprende que lo admitas.

–Es la verdad. Además, si vamos a estar juntos, preferiría que no estuvieras lanzándome dardos con la mirada constantemente.

–Pero no tienes por qué quedarte aquí. Ya has visto que no estoy destrozando la casa.

–No, desde luego que no –Jonas frunció el ceño–. Has hecho un trabajo notable.

Ravenna puso los brazos en jarras.

–¡No tienes por qué mostrarte tan sorprendido!

Jonas se encogió de hombros, enfatizando con aquel gesto los planos de su pecho y sus hombros, haciendo que incluso un dormitorio tan espacioso pareciera pequeño.

–En estas circunstancias –dio un paso hacia ella–, creo que mis dudas estaban justificadas. Me diste la impresión de ser una mujer que nunca había trabajado.

Ravenna retrocedió. Se estaban acercando demasiado a la verdad. Si revelaba demasiada información acerca de sí misma, podría dejar escapar involuntariamente que había sido su madre la que había robado el dinero.

–Tengo muchos talentos ocultos –se interrumpió bruscamente al chocar con el borde de la cama.

Algo oscuro e indomable pareció deslizarse en su vientre junto a la sensación de que Jonas la tenía atrapada.

Jonas avanzó hacia ella con un brillo peligroso en la mirada. Ravenna intentó aliviar su creciente tensión diciéndose que en realidad no tenía ningún interés en ella. En París solo la había acariciado para demostrarle lo vulnerable que era.

En aquel momento, le tenía tan cerca que podía ver la sombra de su barba. Recordó el suave roce de su mandíbula contra la piel y aspiró disfrutando de la fragancia que de él emanaba.

–Creo que dormiré bien aquí.

Jonas se movió, pero, en vez de tocarla, alargó la mano y probó el colchón.

–Es una buena cama, y grande.

–¡No puedes dormir aquí! –exclamó Ravenna al instante.

La habitación no solo estaba al lado de la suya, sino que ambas

habitaciones estaban conectadas por un cuarto de baño.

Jonas arqueó una ceja y, con absoluto asombro, Ravenna advirtió la diversión que reflejaba su rostro, transformando sus facciones aristocráticas en algo potentemente seductor.

–O duermo aquí, o tendré que dormir en tu cama.

–¡Yo no pretendía...!

Jonas se enderezó.

–Olvídalo, Ravenna, pienso quedarme. Esta casa no puede continuar así.

–Pero tú tienes que dirigir tu empresa.

–Estás realmente desesperada por que me vaya, ¿verdad?

Ravenna alzó la barbilla. Estaba harta de mentir.

–Y no creo que puedas culparme por ello. No puede decirse que seas una compañía muy agradable.

En vez de montar en cólera, tal como ella esperaba, Jonas la desconcertó riéndose a carcajadas. La suya era una risa rica y profunda que la envolvió como un abrazo.

–Un comentario curioso procediendo de una mujer que me ha robado.

Ravenna se retrajo, no pudo evitarlo. Y se arrepintió al ver que Jonas entrecerraba los ojos con expresión recelosa. ¿Se estaría imaginando algo?

–Te propongo una tregua –musitó Jonas–. Mientras vivamos bajo el mismo techo, nos comportaremos como personas civilizadas, ¿de acuerdo?

¿Qué otra opción le quedaba? Apenas llevaba una hora con él y ya tenía los nervios destrozados. Acabaría rota si Jonas decidía prolongar su animosidad.

Ravenna asintió, pero fingió no ver la mano que Jonas le tendía. Volver a tocar a Jonas Deveson estaba en el primer lugar de la lista de cosas que no tenía que hacer jamás en su vida.

Dos horas después, Ravenna salía del mercado con los brazos llenos de bolsas de comida. Jonas había insistido en acompañarla porque las escasas provisiones de Ravenna no eran suficientes para los dos.

Lo que pretendía era asegurarse de que no se escapara, le dijo una amarga vocecita interior. Al fin y al cabo, una vez fuera de su casa, nada le impediría desaparecer, salvo el miedo a que pudiera atraparla otra vez.

Jonas caminaba a su lado, llevando la mayor parte de la

compra. Pero su papel de vigilante no la inquietaba tanto como su presencia física. Aquella presencia cargada de testosterona la desafiaba de una manera que prefería no analizar.

Jonas había sido fiel a su palabra, se había comportado como un perfecto caballero durante aquella salida, pero eso la inquietaba todavía más. Había algo ridículamente íntimo en el hecho de comprar juntos, de que fuera él el que cargara con las compras más pesadas o le abriera las puertas.

Se le iluminaron los ojos al ver el lujoso coche de Jonas aparcado en la calle.

–Tienes un coche muy llamativo –comentó.

–¿Crees que debería tener algo más discreto? –caminó a grandes zancadas hacia el coche–. He trabajado muy duramente para conseguir todo lo que tengo y no me avergüenzo de disfrutarlo.

Ravenna bufó mientras corría tras él y esperaba a que abriera el maletero para descargar sus compras.

–Has nacido con una cucharilla de plata en la boca. No creo que...

Jonas se volvió y la miró de tal manera que las palabras se le quedaron atenazadas en la garganta.

–Francamente, me importa muy poco lo que creas –alargó la mano hacia las bolsas para guardarlas y cerró después el maletero–. Y, solo para que conste, es posible que haya nacido con una cucharilla de plata en la boca, pero el resto de la cubertería de la familia estaba empeñada. Piers se casó con mi madre por dinero y con su espectacular fracaso en el mundo de las inversiones y su facilidad para gastar, te aseguro que el dinero desapareció bastante pronto.

Se inclinó hacia ella y continuó.

–¿Sabes de dónde me vino la fama de ser un niño prodigio en el mundo de las inversiones? –Ravenna sentía su aliento en el rostro, pero no podía apartarse. Estaba fascinada por la pasión y el dolor que veía en aquellos ojos–. Me gané esa fama porque hubo una época, cuando estaba terminando el instituto, en la que no quedaba dinero en mi casa. Si quería ir a la universidad, tenía que pagármela yo. De hecho, hasta para que mi madre pudiera tener un techo bajo el que cobijarse tenía que trabajar yo, porque tu querido Piers era incapaz de hacerlo.

–No es mi querido Piers –respondió Ravenna al instante.

–No, pero sí lo era de tu madre. ¿Sabía acaso ella que durante todos esos años estaba viviendo del dinero que había ganado yo

con mi esfuerzo?

–¿Con tu dinero?

–Deveson empezó como una empresa familiar, pero Piers solo era el rostro de la empresa. Le encantaba presumir de nuestros éxitos. De mis éxitos, en realidad. Para él era mucho más fácil hablar de los espectaculares beneficios de la empresa que admitir que era su hijo adolescente el que estaba haciendo todo el trabajo.

–Lo siento, no lo sabía.

–No, no lo sabías, ¿cómo ibas a saberlo?

Su mirada se suavizó y Ravenna volvió a ponerse nerviosa, con todos los músculos en tensión.

Un sonido sibilante la hizo volverse y, sobresaltada, descubrió una enorme cámara fija en ella.

–¿Quién es esta chica, Jonas?

Por un instante, Ravenna pensó que podía ser un amigo de Jonas. Pero el hombre retrocedió sin dejar de grabar, como si quisiera apartarse de la ira de Jonas.

Jonas la rodeó con el brazo y la hizo meterse bruscamente en el coche.

–Malditos paparazzi –musitó.

–¿Era un paparazzi? –Ravenna miró fijamente a aquel hombre que estaba ya a dos coches de distancia–. ¿Y para qué quiere una fotografía nuestra?

–Supongo que andan faltos de noticias. Pero no te preocupes, seguramente no publicarán la foto. Y, si lo hacen, tampoco va a causarnos ningún daño.

Cerró la puerta de Ravenna y se sentó en el asiento del conductor, impertérrito ante aquella intromisión de la prensa.

Ravenna se preguntaba qué se sentiría al ser una persona tan influyente que hasta una salida al supermercado podía convertirse en noticia. Desde luego, vivían en dos mundos completamente diferentes. Y haría bien en no olvidarlo.

Compartir la casa con Jonas resultó más fácil de lo que Ravenna había creído posible. Se evitaban el uno al otro. Pero ella era extremadamente sensible a su presencia. Al murmullo de su voz cuando hablaba por teléfono. A la fragancia masculina que quedaba flotando en el baño, evocando imágenes de aquel cuerpo atlético desnudo.

Se descubría a sí misma analizando todo lo que hacía. ¿Jonas se hacía la cama porque era un hombre ordenado o porque no

quería que ella la tocara? Tenía debilidad por el pastel de frutas y las galletas de mantequilla.

Jonas trabajaba durante horas y horas, dirigiendo su negocio a distancia. De vez en cuando pasaba por la casa un joven delgado de rostro inteligente y pronta sonrisa con un maletín y un ordenador portátil y se encerraban durante horas. Ravenna, compadeciéndose de Stephen, solía llevarles algún refrigerio. Jonas ni siquiera reparaba en ello, pero Stephen siempre se lo agradecía con una sonrisa. Ella se decía que se alegraba de que Jonas ni siquiera alzara la mirada. No quería que se fijara en ella. Quería...

Una traicionera sensación entre las piernas le recordó lo que había querido de Jonas durante el sueño de la noche anterior. Sofocada por un repentino calor, se obligó a concentrarse en los libros que estaba sacando de las estanterías.

Así que había recuperado la libido. Debería alegrarse. Eso significaba que su cuerpo estaba volviendo a la normalidad después de meses de tratamiento. Pero le habría gustado que su libido no se hubiera fijado en un hombre que pretendía destrozarle la vida.

Dejó los libros sobre la mesa y se secó el sudor de la frente. Hacía mucho calor allí. Había llevado todos los calefactores que había encontrado en la casa para secar los libros dañados por la humedad. Pero la cantidad de libros que requerían su atención era enorme.

Haciendo una mueca, se quitó el jersey. Desde que Jonas había llegado a la casa, se ponía más capas de ropa. En realidad era ridículo, porque, si por Jonas fuera, podía trabajar en ropa interior y ni siquiera se fijaría. Sonriendo al pensar en ello, Ravenna subió la escalera de la estantería para limpiar la última balda.

–¡Cuidado! –llegó hasta ella la voz grave y profunda de Jonas–. No quiero que te hagas daño.

–¿Tienes miedo de que te denuncie? –Ravenna se volvió hacia él agarrándose a la escalera–. ¿O de que te aplaste si me caigo?

–Estoy seguro de que podría soportar tu peso, Ravenna.

Entró en la habitación y recorrió a Ravenna con la mirada, deslizando los ojos por sus pies desnudos, los pantalones de algodón, la camiseta y su rostro en llamas.

–¿Qué es esto? –Jonas se detuvo junto a la mesa y levantó un pequeño volumen.

–Esos libros estaban en el escritorio más pequeño, y los más grandes estaban aquí.

De pronto, Jonas clavó la mirada en el libro que tenía en la mano. El color abandonó su rostro, dejándole completamente pálido. Estaba tan quieto que ni siquiera parecía respirar. Después, comenzó a hojear el libro con mano temblorosa.

–¿Jonas? –preguntó Ravenna alarmada.

Jonas ni siquiera alzó la mirada. Pero para cuando Ravenna bajó de la escalera, se había dejado caer en una silla y su rostro tenía un color verdoso, como si estuviera a punto de darle un síncope.

Capítulo 7

JONAS la miraba fijamente. O, mejor dicho, se la estaba comiendo con la mirada, porque parecía incapaz de apartar los ojos del cuerpo esbelto de Ravenna. Cuando Ravenna levantaba los brazos para alcanzar la estantería, la camiseta se moldeaba contra sus senos. Contra aquellos senos excitantes que llevaba sin sujetador.

La había evitado durante toda la semana, diciéndose a sí mismo que su fascinación por ella desaparecería. Pero no podía haber errado más en sus cálculos. Cada vez que Ravenna entraba en la habitación en la que él estaba, perdía el curso de sus pensamientos. Jonas esbozó una mueca y se obligó a desviar la mirada hacia los libros que había encima de la mesa.

–¿Qué es esto? –agarró el primer libro que encontró y lo abrió al azar.

A medida que fue fijándose en las páginas, el mundo entero pareció eclipsarse. Un escalofrío le recorrió la espalda al reconocer la letra y la trascendencia de las palabras de la primera página. No sabía que su madre escribía un diario. Su madre nunca le había parecido la clase de mujer que se desahogaba escribiendo. De hecho, durante los últimos años de vida había encontrado compañía y consuelo en el alcohol. Pero aquel era un diario viejo, tenía casi tantos años como él. Fijó la mirada en la primera línea que vio.

Ahora sé que es verdad, Piers está teniendo una aventura. ¿Cómo puede hacerme algo así?

Jonas continuó leyendo, escrutando aquellas páginas en las que la mujer que había sido su madre desahogaba la desesperación de saber que Piers tenía una aventura con otra mujer.

Se le revolvió el estómago. ¿Tan pronto habían empezado los problemas? Él creía que por lo menos había habido un periodo de luna de miel. Pero a medida que continuó leyendo, fue dándose cuenta de que Piers no había tenido el menor reparo a la hora de dejar de mostrar afecto por su esposa en cuanto había conseguido atar el nudo que le daba derecho a su dinero.

Los recuerdos comenzaron a agolparse en su mente. Escenas de

las que había sido testigo y había preferido olvidar. Los gritos, las amenazas, la desesperación. Una desesperación tan profunda que su madre ni siquiera había querido seguir viviendo cuando Piers la había dejado para siempre. Y él había sido concebido en medio de aquella relación.

Se le retorcieron las entrañas. Su único sueño había sido siempre convertir aquella casa en un verdadero hogar. Había fantaseado con tener una verdadera familia durante toda su vida. Una familia que se quisiera y estuviera unida para celebrar las cosas realmente importantes de la vida. Desde que era un niño, se había imaginado aquella casa llena de risas y compañía. Habitada por la familia que él nunca había tenido, pero que se había prometido conseguir.

En aquel momento, leyendo el diario de su madre, sintió de nuevo el impotente vacío de su infancia. No había sido lo suficientemente importante para ella ni entonces ni al final de su vida.

¿A quién pretendía engañar pensando que podía conseguir lo imposible y crear una verdadera familia? Con una historia familiar como la suya, era un completo ignorante en el terreno de los cuidados y el amor.

–¿Jonas? –una mano acarició la suya–, ¿estás bien?

Jonas abrió la boca, pero no salió ningún sonido de entre sus labios. ¿Qué podía decir? ¿Que el hombre que disfrutaba de una vida envidiada por muchos estaba vacío por dentro?

Había tanto dolor en las palabras de su madre que le herían incluso después de tanto tiempo.

Le inundaba la culpabilidad. No había sido capaz de hacerla feliz. Le había fallado.

–¡Jonas!

Jonas alzó la cabeza y vio la preocupación en el rostro de Ravenna. ¡Tenía que tener muy mal aspecto para que se preocupara por él!

–Jonas, ¿qué te pasa?

Ravenna se inclinó hacia él y Jonas se perdió en el oro oscuro de sus ojos. Prefería concentrarse en eso que en la oscuridad que le invadía.

–Nada. Solo es un libro viejo.

–Es evidente que te ha afectado –miró hacia abajo, como si pretendiera recogerlo, pero Jonas la agarró por la muñeca.

–Déjalo, solo es un libro de historia.

–Nunca había visto un libro de historia que le afectara tanto a

alguien. Pareces… enfermo. De verdad, creo que…

–¡No!

Jonas tiró de ella y la colocó entre sus rodillas antes de que pudiera agacharse a por el libro.

–Es el diario de mi madre –dijo con voz dura e inflexible–. Habla de las aventuras extramatrimoniales de Piers. No es un libro que pueda recomendar –intentaba parecer no afectado, pero le traicionaba la voz.

Ravenna abrió los ojos como platos.

–Ya entiendo…

Y era cierto, maldita fuera. Parecía leer en su rostro con la misma facilidad con la que él había leído aquel diario. Porque había algo más que compasión en su mirada. Había auténtica pena. ¡Sentía pena por él!

Jonas se revolvió ante aquella posibilidad. Había dedicado toda su vida a demostrar que era un hombre fuerte, un triunfador. Su nombre era sinónimo de éxito. No necesitaba la compasión de nadie.

Y, sin embargo, allí estaba Ravenna, agachada entre sus piernas con expresión seria, los labios carnosos y deseables, el perfume de su piel atormentándole y los pezones tensándose contra la camiseta.

El deseo le atacó con todas sus fuerzas, urgiéndole a retener a Ravenna entre sus piernas. Y lo agradeció en la medida que podía distraerle de sus sentimientos.

Ravenna se quedó helada, su expresión de tristeza se transformó en una de incredulidad.

–Creo que será mejor que me levante –susurró con voz ronca.

–Pensaba que querías hacerme sentir mejor.

Se inclinó hacia ella, encontrándose con aquellos ojos dorados. Pero no quería que Ravenna le mirara así, como si pudiera adivinar sus secretos.

–No creo que eso sea posible.

–Claro que sí –el triunfo teñía su voz mientras la agarraba por la mandíbula y sentía cómo se le aceleraba el pulso.

¡Sí! Eso era lo que quería. No quería compasión, sino algo más simple y mucho más satisfactorio.

Posó la mano en su cuello y la besó antes de que pudiera decir nada. Y allí apareció de nuevo aquella cruda espiral de deseo, arrastrándolos a los dos.

Los labios de Ravenna eran tan suaves como había anticipado. Pero a pesar de toda una semana de espera, no estaba preparado

para la delicadeza de su sabor. Un sabor adictivo, perfecto.

Tiró de ella con las dos manos y cerró los muslos contra sus caderas, imaginándose lo que sería sentir aquellas piernas alrededor de la cintura. El calor crecía en su interior y sentía la erección constreñida por la tela de los vaqueros.

La deseaba. Y la deseaba en ese mismo instante.

A Ravenna le daba vueltas la cabeza mientras Jonas la rodeaba con los brazos con una economía de movimientos que hablaba de años de práctica.

Jonas sabía cómo acariciar a una mujer. El roce de la palma de su mano contra el pezón erguido así se lo decía. Pero nada podía disimular su respiración agitada, ni borrar el dolor que había visto en su rostro. Un dolor que la había llevado a acercarse, dejando de lado toda precaución.

Pero era algo más lo que la retenía allí. No era solamente la tensa presión de los muslos de Jonas, que la hacían deliciosamente consciente de su fuerza. Ni tampoco el brazo con el que la rodeaba de forma tan posesiva.

A pesar de la superioridad de Jonas en fuerza y tamaño, Ravenna no tenía miedo de que la forzara. La intuición le decía que estaba a salvo. Siempre que quisiera estarlo.

Su mente corría a toda velocidad mientras su cuerpo respondía a las urgentes demandas de Jonas. Y la verdad la atravesó como un rayo, iluminando la realidad que había intentado ocultar. No era seguridad lo que buscaba. No, cuando la boca de Jonas estaba haciendo añicos su voluntad y sentía correr la excitación por sus venas. No importaba que fueran enemigos.

A lo mejor aquella respuesta era una manera de dar rienda suelta a los sentimientos que había estado conteniendo durante tanto tiempo. A lo mejor necesitaba aquella inyección de vida después de haber estado tan cerca de la muerte. Porque se sentía muy viva en sus brazos.

O, a lo mejor, solo estaba respondiendo a la emoción de sentirse deseada por un hombre como él, devastadoramente atractivo y carismático.

Se aferró a su camisa, deleitándose en los músculos que se tensaban bajo la tela, y le devolvió el beso. Jonas sabía igual que en sus sueños, su sabor era potente, delicioso y único.

Jonas deslizó las manos bajo el cordón ajustable del pantalón y descendió hasta su trasero, marcándola con aquel contacto

abrasador. Tiró de ella y Ravenna se encontró de pronto aplastada contra el sólido bulto de su rampante masculinidad.

Durante un breve instante, la precaución rivalizó con el placer. Pero el deseo era demasiado fuerte. Hundió las manos en su pelo, en sus rizos oscuros, mientras mecía las caderas contra las suyas. Corrió fuego por sus venas y el mundo entero tembló.

–Otra vez –le susurró Jonas al oído.

Ravenna obedeció. ¿Cómo no iba a obedecer cuando aquella extraña que parecía haber tomado posesión de su cuerpo necesitaba a Jonas como si su vida dependiera de ello?

Volvió a inclinar las caderas y comenzaron los dos a moverse de tal manera que, si no hubiera sido por la ropa, habrían terminado fundiéndose. La luz estalló en medio de la oscuridad de los ojos cerrados de Ravenna mientras se estremecía ante la miríada de sensaciones que la bombardeaban. El cuerpo de Jonas, sus caricias, el olor de su excitación, hasta el roce de su ropa resultaba erótico.

Ravenna intentó desabrocharle la camisa y gimió frustrada al no conseguirlo. Necesitaba sentir su piel contra la suya.

–Sí, acaríciame –le pidió Jonas.

¿Había oído realmente sus palabras o las había saboreado en su boca?, se preguntó Ravenna.

La camisa de Jonas desapareció, desgarrada por sus fuertes manos, permitiéndole acariciar libremente su torso. Ravenna acarició entonces sus pectorales cubiertos de vello y descendió por los músculos planos de su vientre.

Y, cuando alcanzó la barrera de los vaqueros, abrió bruscamente los ojos. Se estaba cayendo. ¡No, no se estaba cayendo! Tenía los fuertes brazos de Jonas en la espalda, protegiéndola mientras la tumbaba en el suelo.

Ravenna permaneció tumbada sobre la antigua alfombra mientras Jonas desataba el cordón del pantalón y tiraba de ellos y de las bragas.

La respiración de Ravenna se transformó en una sucesión de jadeos mientras le observaba quitarle la ropa. Con los ojos resplandecientes como la plata fundida, Jonas la recorrió de la cabeza a los pies con la mirada. Ríos de fuego desbordaban la sangre de Ravenna, achicharrando los últimos vestigios de precaución.

Jonas la miraba como si no existiera nada más en el mundo y ella se deleitaba en aquella sensación, porque era un sentimiento recíproco.

–Jonas, ven aquí –alargó la mano y Jonas se la besó con fervor antes de apartarse de ella.

Ravenna estaba abriendo la boca para protestar cuando se dio cuenta de que Jonas estaba rasgando un paquete que acababa de sacar de la cartera. Se desabrochó los pantalones con la otra mano y se movió rápidamente. Al distinguir su erección, Ravenna tensó los muslos con una mezcla de duda y anticipación.

La presión del cuerpo semidesnudo de Jonas la hizo olvidarse completamente de sus dudas para deleitarse en la forma en la que Jonas la hacía prisionera, apoyándose sobre los codos para protegerla de su peso.

Jonas bajó la cabeza y succionó un pezón a través de la tela de la camiseta. Ravenna se arqueó contra él mientras dejaba escapar un suspiro de placer.

–Por favor –fue lo único que consiguió decir.

Deseaba sentir la boca de Jonas sobre ella, pero quería mucho más. Necesitaba...

Jonas debió de comprenderlo, porque, con un rápido movimiento, se colocó frente a ella y presionó con dureza y rapidez, justo en el corazón de su sexo, fundiéndose completamente con ella. Durante un trémulo instante, Ravenna se sintió suspendida en el cielo, estremecida de maravillado asombro.

Después, Jonas le levantó la camiseta y le acarició un seno mientras continuaba succionándole el pezón del otro y se hundía y salía de ella con creciente intensidad.

Y Ravenna alcanzó el orgasmo. No con delicadas oleadas de placer, sino en un turbulento cataclismo que la hizo gritar y aferrarse a él mientras cabalgaba sobre una tormenta de placer tan exquisita, tan intensa, que la cambiaría para siempre.

Estaba flotando en el éxtasis cuando Jonas pronunció su nombre con una voz profunda que llegó hasta lo más hondo de ella.

Abrió los ojos y descubrió que Jonas la estaba devorando con la mirada. En medio de su confusión, se preguntó si llevaría la marca de aquella intensa mirada de por vida. La sentía como una caricia potente y erótica y suficientemente intensa como para dejarla marcada.

De pronto, Jonas comenzó a moverse con rápidas embestidas que hicieron renacer el deseo, por imposible que pareciera. Su mirada la mantenía cautiva, disfrutando del palpitar y la presión de su cuerpo en perfecta sintonía con el suyo, del placer desnudo y de algo más, algo inmenso y rebosante de emoción.

Ravenna deslizó las manos por su torso empapado en sudor y descendió después por los músculos de su espalda para estrecharle contra ella.

–¡Ravenna! –la voz de Jonas fue un rugido mientras palpitaba frenéticamente y ella volvía a alcanzar el orgasmo.

En aquella ocasión no lo hizo sola. Cabalgaron juntos con las miradas fundidas. El orgasmo de Jonas fue el suyo. Cada latido, cada estremecimiento de placer fue compartido. Cada jadeo, cada gemido.

Ravenna había estado con otro hombre en su vida. Solo con uno. Era un hombre atractivo, bueno y divertido. Pero con él no había experimentado nada parecido a aquella plenitud. Con Jonas se había sentido como si por fin hubiera encontrado su lugar en el mundo, como si hubiera dejado de ser una intrusa.

Ravenna tomó aire, inhalando la almizcleña esencia de la piel de Jonas. Apenas fue consciente de la lágrima que se deslizaba por su mejilla mientras le abrazaba con fuerza.

Ravenna permanecía dormida entre sus brazos mientras Jonas la subía al piso de arriba.

Para ser una mujer tan alta, no pesaba mucho. Había en ella una delicadeza que le atraía, que le hacía desear tenerla cerca.

Alargó las zancadas mientras se dirigía hacia el dormitorio, pero ella no se movió. La parte más cínica de Jonas le aseguraba que estaba jugando con él, que estaba intentando despertar su sentimiento protector. Pero había visto su expresión cuando había alcanzado el orgasmo y la había sentido estremecerse a su alrededor.

Jonas nunca había sentido nada tan intenso. Había sido como si la pasión le hubiera moldeado hasta convertirle en algo nuevo. Se sentía… distinto.

Tensó los brazos. ¿Sería siempre así con Ravenna?

Abrió satisfecho la puerta de su dormitorio. Aquello era lo que quería de Ravenna. Sexo. La clase de pasión capaz de eliminar algo tan corrosivo como la compasión.

La dejó en la cama y sintió algo extraño al bajar la mirada hacia ella. Ternura. La necesidad de cuidarla.

Aquella sensación le dejó sin respiración. Le dio un vuelco el corazón al recordar la mirada de Ravenna cuando habían alcanzado juntos el orgasmo. Al recordar su asombro, su gozo.

Y apartó rápidamente la mano con la que había estado a punto

de acariciarla.

Se aseguró que Ravenna no era distinta a las otras mujeres con las que había estado. No podía serlo. Si se había sentido alterado había sido por culpa de la intensidad de su excitación. No podía recordar la última vez que había deseado con aquella urgencia a una mujer.

Jonas asintió, satisfecho con aquella explicación. Sabía lo que quería de Ravenna, y no era nada parecido a un sentimiento. Cuando llegara el momento de sentir algo, sería por su esposa. La mujer perfecta que encajaría en su mundo, sería una madre maravillosa para sus hijos, una anfitriona agradable y una esposa fiel y leal.

Frunció el ceño. Por primera vez en su vida, aquella imagen de la esposa perfecta no le llenó de ilusión.

Miró a Ravenna y al ver la huella que había dejado su barba en su rostro, no pudo evitar sentir la satisfacción de haberla marcado como suya.

Su pecho se tensó con aprensión y comenzaron a nacer las dudas. ¡No! Era puro y simple deseo. No podía confundirlo con los planes que había hecho para su vida. Aquellos proyectos le habían mantenido cuerdo en un mundo en el que a nadie le importaba, excepto como un peón en el enfrentamiento entre sus padres y, posteriormente, como la gallina de los huevos de oro.

Deslizó la mirada sobre las piernas delgadas de Ravenna, sobre el vértice cubierto de vello en el que se unían, y volvió a excitarse. Eso era lo único que quería. Placer físico.

En silencio, se quitó los pantalones y se tumbó en la cama, teniendo cuidado de no despertarla. El colchón cedió bajo su peso y Ravenna se volvió hacia él. Jonas la abrazó y la hizo apoyar la cabeza en su hombro y la mano en su cadera. Se le aceleró la respiración ante el inocente placer de su contacto, pero no intentó despertarla. De momento, aquello era suficiente.

Parecieron pasar horas hasta que Ravenna se despertó. Jonas notó el cosquilleo de sus pestañas en el pecho cuando abrió los ojos. Pero en vez de apartarse horrorizada, Ravenna se acurrucó contra él, como si estuviera aspirando su esencia. Parpadeó medio dormida y curvó los labios en una sonrisa que consiguió arrancar un bloque del muro de granito con el que Jonas se protegía el corazón.

Sintió que algo se removía en su interior. Algo para lo que no tenía nombre.

–Gracias –susurró Ravenna con una voz que le hizo

estremecerse como una caricia.

Era la primera vez que una amante le daba las gracias. Le golpeó entonces el sentimiento de culpabilidad. Había visto que incluso le había dejado un moratón en la cadera. No había tenido ningún cuidado con Ravenna.

–¿Estás bien?

Ravenna parpadeó ante la brusquedad de su tono.

–¿Que si estoy bien? Me siento maravillosamente –contestó sonrojándose.

¿Una mujer que le daba las gracias por haber hecho el amor con ella con la urgencia de un adolescente? Ravenna estaba muy lejos de ser la mujer que se había imaginado.

–¿No te he hecho daño?

–Ya te he dicho que he disfrutado mucho. ¿Tú no?

–Claro que sí –la palabra «disfrutar» apenas servía para describir lo que había sentido–. Pero debería tener más cuidado. Te he hecho un moratón –bajó la mano hacia su cadera para acariciar el lugar que le había dejado marcado.

Ravenna se encogió de hombros.

–Me salen muy fácilmente, pero no me duele.

–Mejor –Jonas se decía a sí mismo que debería acabar con aquello cuanto antes, que debería levantarse y marcharse, pero no podía–. En ese caso, a lo mejor podríamos volver a repetirlo.

–Jamás me habría imaginado que diría algo así, pero tienes muy buenas ideas, Jonas Deveson –contestó con una sonrisa mientras le acariciaba con un dedo desde el cuello hasta la oreja.

Presa de la excitación, Jonas la tumbó de espaldas, la agarró por las muñecas y le levantó las manos por encima de la cabeza. Al ver su mohín de desaprobación, se inclinó sobre ella, saboreó sus labios y descubrió con complacida sorpresa que le resultaba tan deliciosa como antes.

–Déjame, Ravenna. Esta vez quiero hacer las cosas lentamente.

Le cubrió el cuello de besos y descendió después para lamerle los senos.

–No sé si voy a poder soportarlo –pero su mirada desmentía sus palabras.

Y le resultó tan cálida como una caricia. De hecho, volvió a sentir aquella extraña presión en el pecho. Y comprendió que lo que quería era mucho más que sexo.

Capítulo 8

RAVENNA se despertó en la cama de Jonas y alargó sonriente la mano hacia él. No estaba allí. Se le cayó el alma a los pies. Jamás en su vida había pensado que fuera una mujer insaciable, pero la tarde que había pasado con Jonas le había enseñado muchas cosas que jamás se habría imaginado. Entre otras, que tenía debilidad por Jonas Deveson.

Se le aceleró la respiración. Jonas no era el enemigo insensible que pensaba. También había soportado un pasado difícil.

Se mordió el labio inferior al recordar el momento en el que había leído el diario de su madre. Fuera lo que fuera Jonas, no podía acusarle de ser un hombre sin sentimientos. Le había visto sufrir con tal crudeza que hasta ella había sufrido al verle.

Y, cuando habían hecho el amor, habían compartido mucho más que algo físico. Su unión había ido más allá de todo lo que podía haberse imaginado.

Ravenna fijó la mirada en la puerta, segura de que Jonas no tardaría en volver. Su relación había cambiado de forma irrevocable y tendrían que averiguar cómo iban a ser las cosas a partir de entonces.

No había sido solamente el sexo lo que había cambiado en su relación, sino la sensación de intimidad. Sabía, por ejemplo, que Jonas era un hombre mucho más complejo de lo que se había imaginado. Y sabía, también, que era demasiado orgulloso como para abrirse a una mujer a la que despreciaba. Aquel pensamiento la animó.

Poco a poco, comenzaba a comprenderle. No del todo, pero comprendía que su inicial animadversión procedía de la dura realidad a la que había tenido que enfrentarse. Ravenna había reconocido en él algunas de las cicatrices que le había dejado su infancia.

Sintió un escalofrío. A Jonas y a ella todavía les quedaba un largo camino por recorrer. El dinero era una barrera casi insalvable. Jonas detestaba a su madre y le encantaría verla sufrir si se enteraba de que había sido ella la que le había robado el dinero.

Aunque, seguramente, después de lo que habían compartido,

Ravenna podría hacerle comprender lo ocurrido.

Con el tiempo, todo se solucionaría. No sería fácil ni rápido, pero al final, Jonas lo comprendería.

Oyó el sonido del teléfono a través de la puerta del baño que conectaba las habitaciones. Se levantó de la cama, corrió a su dormitorio, tomó el teléfono y se envolvió en una manta. Se había quedado helada al salir de la cama de Jonas.

–¿Ravenna?

–¿Mamá? ¿Estás bien? –el tono de su madre le había producido un nudo en el estómago.

Habían hablado el día anterior. ¿Qué podía haber pasado desde entonces para provocar el miedo que reflejaba su voz?

–Estoy bien, eres tú la que me preocupa. ¿Qué te ha hecho ese hombre?

–¿Qué hombre?

–Ravenna, cariño, no finjas. Sé que estás con Jonas Deveson.

Ravenna se hundió en la cama. ¿Qué demonios estaba pasando?

–Lo he visto en una revista. Estabais comprando juntos.

–¿En una revista?

–La prensa dice que eres su novia secreta. ¡Dime que no es verdad! Dime que no eres tan tonta como para haberte enamorado de él.

Ravenna abrió la boca y volvió a cerrarla. Todo estaba yendo demasiado rápido.

–¿Ravenna? ¿Te ha hecho algo ese hombre?

–Claro que no me ha hecho nada, mamá. Estás exagerando. No hay nada de lo que preocuparse.

–¿Que no hay nada de lo que preocuparse? –casi podía ver a su madre elevando los ojos al cielo–. Eres demasiado inocente en lo relativo a los hombres. Y no hay nada inocente en su manera de mirarte en esa fotografía. Parece como si quisiera devorarte.

Ravenna sintió un intenso calor desde las puntas de los pies hasta las orejas. Eso era precisamente lo que había hecho Jonas. Devorarla.

–Ravenna, dime que no te has dejado engañar por sus mentiras.

–Jonas no es ningún mentiroso, mamá.

–¡Dios mío, Ravenna! ¡Así que ha conseguido engañarte!

–Mamá, tengo veinticuatro años, no soy una niña. Y Jonas no me ha hecho ningún daño. Yo... estoy trabajando temporalmente para él como ama de llaves.

–¿Ese es el trabajo por el que estabas tan emocionada? –

preguntó Silvia con incredulidad–. Te habías jurado no trabajar nunca sirviendo.

Era cierto. Pero eso había sido antes de que su madre la hubiera puesto en una situación en la que se había visto obligada a tragarse el orgullo.

–Jonas quiere organizar un baile para volver a abrir la casa y yo voy a encargarme de organizar la comida. Será una gran oportunidad para demostrar mis habilidades –mintió.

Silvia suspiró.

–Prométeme que guardarás las distancias. Jonas me odia y es capaz de hacer cualquier cosa para hacerme daño. No sabes lo cruel que es... ni hasta qué punto me desprecia. Me culpa de la muerte de su madre. Pero te juro que yo no sabía que ella todavía quería a Piers. Cuando yo estaba allí, lo único que hacía era criticarle. Pobre Piers...

–Lo sé –la interrumpió Ravenna, que ya le había oído contar que Piers se había enamorado por primera vez en su vida al ver a Silvia–, pero Jonas no puede hacerme ningún daño.

–No estés tan segura. Desde muy joven ha tenido un magnetismo especial con las mujeres. Es un hombre persuasivo y carismático, pero, detrás de su encanto, se esconde un hombre frío y calculador.

–Quizá sea mejor hombre de lo que piensas. Además, fue Piers el que destrozó a su familia.

–Lo sé –contestó Silvia con una tristeza que a Ravenna le llegó al corazón.

–Lo siento, mamá, yo...

–No, no te disculpes. Solo estaba preocupada por ti. Pero pienses lo que pienses de Jonas Deveson, no olvides que es un aristócrata y un perfeccionista que solo se conforma con lo mejor. Y eso significa que a una mujer le pide que sea de buena familia y que tenga buenos contactos, además del acento y el aspecto adecuados. Tú nunca serás esa mujer. Para él, siempre serás la hija del ama de llaves. O algo peor incluso, serás el recuerdo constante de mi relación con Piers. Algún día encontrarás al hombre de tu vida, Ravenna. Pero no será Jonas Deveson.

–Lo siento, mamá –respondió Ravenna tras tragar saliva–, pero tengo que colgarte. Y no te preocupes, soy capaz de cuidar de mí misma.

Pero entonces, ¿por qué cuando terminó la llamada estaba temblando? Jonas no la quería, no era tan ingenua como para creer algo así. Pero entre ellos había surgido algo más fuerte que

los prejuicios. Algo que los atraía más allá de los motivos por los que no deberían estar juntos. Y merecía la pena explorar aquel camino.

Ravenna había vuelto al dormitorio de Jonas cuando este regresó. Al verla vestida y terminando de estirar las sábanas con movimientos rápidos, Jonas casi se preguntó si las pasadas horas de pasión habrían sido imaginaciones suyas.

Bajó la mirada hacia las piernas de Ravenna, que quedaron al descubierto cuando se inclinó para ahuecar la almohada, y a la dulce curva del trasero contra aquel ceñido vestido de color naranja.

Después, Ravenna se volvió y Jonas pudo disfrutar del vestido que llevaba, atado a la cintura y con un escote delicioso. Estaba brutalmente sexy.

Se pasó nervioso la mano por el pelo. Había ido al piso de abajo en busca de refugio, para intentar recobrar la compostura, y le había bastado con mirarla para perderla de nuevo.

–Jonas... yo... –Ravenna se acercó a él, pero se detuvo de pronto, como si se hubiera arrepentido.

Jonas tomó aire y preguntó bruscamente:

–¿Qué querías?

–He pensado que deberíamos hablar.

Jonas asintió y señaló hacia el interior del dormitorio.

–Adelante.

–Tenemos que hablar de lo que ha pasado esta tarde. De lo que va a pasar a partir de ahora.

Jonas pensó que podían pasar muchas cosas. Y en todas ellas se imaginaba a Ravenna desnuda. Dio un paso adelante, pero se detuvo al verla tensarse.

–Las cosas ya no son como antes, ¿verdad? –le preguntó Ravenna.

¿Qué pretendía? ¿Que admitiera que le había desarmado con su sexualidad, su espíritu indomable y su devastadora generosidad? El momento en el que le había ofrecido consuelo en el despacho le había desarmado. No había conseguido descifrar lo que quería de Ravenna, excepto seguir con ella. Pero no estaba dispuesto a admitirlo.

–¿Jonas? –insistió Ravenna.

–¿Cómo quieres que sean? –no le gustaba sentirse acorralado–. Los dos tenemos trabajo que hacer.

–¿Y eso es todo?

–No, claro que no es todo. Quiero volver a acostarme contigo. De hecho, ni siquiera me gustaría tener que esperar. Pero teniendo en cuenta que te has vestido, asumo que tú no sientes lo mismo que yo.

Jonas disfrutó del intenso color que tiñó las mejillas de Ravenna. Le hizo recordar el rubor que cubría su cuerpo cuando habían hecho el amor.

–No estoy hablando de eso.

–¿Ah, no? Y entonces, ¿de qué estamos hablando?

Ravenna abrió los ojos de par en par y, por un instante, Jonas se arrepintió de su brusquedad. Pero se negaba a hablar de sentimientos, si era eso lo que ella pretendía.

–Así que –Ravenna apretó la mandíbula y se cruzó de brazos–, por lo que a ti concierne, seguiremos como antes, pero disfrutaremos de ardientes episodios de sexo cuando a ti te apetezca.

–Es una mejora respecto a lo que teníamos antes.

Pero Ravenna no respondió a su sonrisa.

–Déjame ver si lo entiendo –descruzó los brazos y dio un paso adelante–. Después de lo que hemos compartido, crees que no ha cambiado nada, salvo tu derecho a disponer de mi cuerpo cuando te apetezca –sacudió la cabeza–. Te has equivocado de siglo, Jonas. Hace mucho tiempo que dejó de existir el derecho de pernada.

–No te he forzado, Ravenna. Tú también me deseabas.

–Es cierto –admitió ella–, pero eso no significa que puedas esperar que continúe en esta casa, sometida a un contrato de condiciones dacronianas y además me convierta en tu juguete sexual. No puedes disponer de ambas cosas. Creo que me merezco algo mejor.

Jonas escrutó su rostro desafiante, aquellos labios en forma de puchero, henchidos por sus besos, las mejillas sonrosadas allí donde la había marcado con la barba. El enfado ardía en sus ojos, y también algo parecido a la desilusión.

Jonas bajó la mirada hacia aquel vestido tan seductor que parecía diseñado para poner a un hombre de rodillas.

Sintió la tensión en el vientre y al final, cuando ya era demasiado tarde, la verdad le golpeó con tal violencia que estuvo a punto de tambalearse ante el impacto.

¿Cómo podía haber estado tan ciego? Estaba desilusionado y furioso por su propia ingenuidad.

Al igual que su madre, Ravenna estaba dispuesta a vender su cuerpo a cambio de los favores de un hombre rico. Le había visto como un objetivo fácil y había decidido pagar de esa forma su deuda. Aquello ponía lo que habían hecho aquella tarde bajo una nueva luz.

El enfado y el resentimiento se apoderaron de Jonas por haberla deseado con tanta fuerza cuando, en realidad, aquello solo había sido una sórdida transacción para una mujer interesada.

Ravenna vio crecer las nubes de tormenta en la mirada de Jonas. De pronto, fue como si estuvieran reviviendo la animosidad de París. Se preguntó entonces si el hombre por el que había comenzado a sentir algo no sería una ilusión. A lo mejor su madre tenía razón y su supuesto encanto solo había sido una estratagema para hacerla bajar la guardia y así poder vengarse de su familia.

–¿Qué tenías en mente, Ravenna?

Ravenna alzó la barbilla.

–Lo único que quería era que habláramos. Que llegáramos a conocernos mejor.

–¿De verdad?

–Sí, de verdad.

–¿Qué pasa? ¿Crees que ahora que te has acostado con tu jefe ya no deberías mancharte tus delicadas manos?

Ravenna, sintiéndose ultrajada por sus palabras, se llevó la mano al estómago, presa de una repentina náusea y de una sensación de cansancio a la que estaba tristemente acostumbrada. Temió no ser capaz de continuar de pie.

–Por si no lo has notado, no tengo unas manos delicadas.

–Sabes perfectamente lo que pretendía decir –Jonas bajó la voz–. ¿Crees que porque nos hemos acostado voy a olvidar lo que hiciste? ¿O apuntabas más alto? ¿Creías que te iba a permitir disfrutar de una vida de lujo a cambio de lo que me has permitido probar?

Ravenna retrocedió ante la fuerza de su desprecio.

–Lo único que quiero –consiguió decir entre dientes– es un poco de respeto.

–¿Así lo llamas? Y yo que pensaba que lo que hacías era prostituirte como tu madre... Porque siento decir que eres el vivo retrato de Silvia. Pero ya te advertí que no comparto la debilidad de mi padre por las mujeres que se venden. Aunque eso no significa que no esté dispuesto a aceptar alguna oferta.

La desnudó con la mirada, haciéndola estremecerse.

–¡Yo no tengo nada que ofrecer! –por lo menos después de que hubiera reducido a la nada todo lo que le había ofrecido.

–Que te quede muy claro, si buscas una relación permanente, te estás equivocando.

Ravenna le miró deseando que su madre se hubiera equivocado. Pero su madre tenía razón, había confundido el sexo con el cariño y estaba pagando un precio muy alto por ello.

–No te preocupes. Lo entiendo perfectamente. Para tu familia, las mujeres Ruggiero son lo suficientemente buenas como para convertirse en amantes, pero no en esposas –consiguió esbozar una trémula sonrisa–. Francamente, yo tampoco estaba pensando en una relación a largo plazo. Me gustaría poder respetar al hombre con el que viva. Pero gracias por la aclaración.

Se volvió, teniendo mucho cuidado de no perder el equilibrio sobre sus piernas temblorosas.

Capítulo 9

JONAS tiró el portafolios en el escritorio y se reclinó en la butaca mientras se frotaba los ojos irritados por la falta de sueño. No había sido capaz de concentrarse después de la escena con Ravenna.

La angustia y el dolor que había visto en sus ojos le habían llevado a pensar que quizá se había dejado cegar por la furia y había reaccionado de una forma exagerada.

¿Quizá? La verdad era que se había lanzado a su yugular sin escucharla siquiera.

Porque era más fácil despreciar a Ravenna y etiquetarla como una oportunista cazafortunas que reconocer que con ella había respondido a algo más que a la mera sexualidad.

Jonas miró la taza medio vacía del café y las migas que habían quedado en el plato que Ravenna le había llevado y sintió remordimientos.

«Lo suficientemente buenas como para convertirse en amantes», recordó las palabras de Ravenna. Ninguna mujer se merecía que pensaran algo así de ella. Y menos aún una mujer que se había entregado con total generosidad cuando él se había comportado con la finura de un Neanderthal.

Se sentía despreciable. Como si se hubiera aprovechado de ella. Y por primera vez, se preguntó cómo había reaccionado Ravenna ante la aventura de su madre.

La Ravenna adolescente que había conocido estaba desgarradoramente sola en un mundo en el que a las personas se las juzgaba por su estatus y por su dinero. Pero aun así, ella no envidiaba aquel dinero, sino que aborrecía la vacuidad de aquella gente.

¿Cómo se habría sentido cuando su madre se había ido con Piers? ¿Habría disfrutado de aquel cambio? ¿O habría tenido que soportar que acusaran a su madre de haberse fugado con Piers por dinero?

No era casual que Ravenna fuera una mujer orgullosa.

En cuanto se le metió aquella idea en la cabeza, Jonas fue incapaz de dejar de pensar en ella. Sobre todo cuando recordaba la desolación que había intentado disimular Ravenna cuando la

había acusado de acostarse con él para quitarse de problemas. Le fustigaba la culpabilidad.

Jonas se levantó y cruzó a grandes zancadas la habitación. Se interrumpió al ver a Ravenna hablando con Adam Renshaw, el diseñador del jardín. El hombre inclinaba la cabeza hacia ella y Jonas se sintió como si acabaran de clavarle una puñalada en el pecho. No podía respirar.

Tardó varios segundos en identificar aquel extraño sentimiento como lo que era: celos. Tensó la barbilla. Le entraban ganas de salir al jardín y llevarse a Ravenna. Como si tuviera derecho a ello. Como si Ravenna no fuera a ignorarle después de lo que había pasado entre ellos.

Apretó los dientes y admitió que, independientemente de lo que ambos quisieran, aquello no había terminado.

Todas las mujeres que había habido hasta entonces en su vida habían sido prescindibles. Pero con Ravenna, por primera vez, una mujer le parecía irritantemente necesaria. Y tenía que descubrir por qué. Después, encontraría la manera de liberarse.

Se volvió hacia el escritorio y fijó la mirada en la lista que Ravenna le había llevado junto con el café. Todos los días le presentaba una nueva lista de problemas relacionados con la casa, normalmente, acompañados por alguna sugerencia sobre cómo abordarlos. Tenía un ojo especial para el detalle y un gran talento para la organización, cualidades que no encajaban muy bien con la primera imagen que se había formado de ella. Jonas desvió la mirada de la lista hacia el portafolios con los diseños que le había llevado el jardinero. Los talentos de Ravenna podrían serle muy útiles. Y serían una manera de sacarla del jardín y llevarla a su despacho, que era donde quería que estuviera.

–Acedera, hinojo, salvia –Adam Renshaw sonrió–. Debe de haber al menos una docena de hierbas en la lista.

–¿Son demasiadas?

Cuando le había pedido a Ravenna consejo como ama de llaves temporal, esta se había dejado llevar por el entusiasmo. ¿Cómo podía resistirse a la oportunidad de ayudar a planificar lo que prometía ser un enorme huerto para la cocina? Ella soñaba con tener un huerto así, con espacio no solo para cultivar hierbas y verduras, sino también árboles frutales. Le bastaba con pasear por aquel jardín para que se le levantara el ánimo, algo que necesitaba desesperadamente.

–En absoluto. Es una suerte haber contado con tu consejo –Adam se acercó a ella–. Ahora solo falta discutir el diseño final con el señor Deveson.

–¿He oído mi nombre?

Ravenna se quedó paralizada al oír aquella voz que la envolvía con la suavidad del terciopelo sobre la piel desnuda. Apretó los labios. ¿Cómo podía reaccionar de esa manera cuando esa misma voz la había lacerado días atrás?

Se volvió para mirar a su jefe. Y la sorprendió descubrir que la mirada de Jonas seguía siendo intensa, pero no había en ella el frío que esperaba. Aun así, dio un paso hacia Adam y fue consciente de cómo entrecerraba los ojos Jonas.

Alzó la barbilla, recordándose a sí misma que no le importaba lo que Jonas Deveson pudiera opinar.

Había sido una ingenua al pensar que podrían superar la brecha que había entre ellos. Jonas la había utilizado y después se había burlado de sus sentimientos.

–Por supuesto –oyó decir a Adam cuando por fin se concentró en la conversación–. Ravenna y yo estábamos hablando de la zona de las hierbas aromáticas, pero creo que hemos terminado.

–Estupendo, en ese caso, me llevaré a Ravenna –se volvió hacia ella–. ¿Tienes un momento?

Ravenna arqueó las cejas. ¿Jonas pidiendo algo en vez de dando una orden? Receló, pero se obligó a asentir tras despedirse de Adam con más cariño del que habría sido necesario. Aquella era la primera vez que Jonas había ido a buscarla después de la conversación que habían mantenido en su habitación. ¿Qué querría?, se preguntó con un nudo en el estómago.

–Parece que os lleváis muy bien –comentó Jonas mientras le abría la puerta del despacho.

–Adam es un buen compañero de trabajo.

Y muy atractivo, y era evidente que estaba interesado en ella. Pero a Ravenna no se le aceleraba el pulso cuando estaban cerca.

–¿Tenéis muchas cosas en común?

Ravenna se volvió para mirarle, furiosa ante aquel fingido interés.

–¿Por qué lo preguntas? Se supone que no tienes ningún interés en mi vida privada. Que lo único que te interesa de mí es mi capacidad para fregar suelos y abrirme de piernas.

Un ligero sonrojo coloreó los pómulos de Jonas.

–Supongo que me lo merezco.

Aquella admisión no amortiguó la indignación de Ravenna, que

tomó aire y desvió la mirada.

–¿Qué quieres, Jonas?

Estaba agotada. El trabajo la estaba llevando más allá de sus propios límites. En el fondo de su mente, yacía la preocupación de que quizá se estuviera reproduciendo la enfermedad. Aquella preocupación la devoraba y la mantenía despierta por las noches.

–Pasa –Jonas le señaló la puerta del despacho.

Ravenna cuadró los hombros y entró, evitando mirar la alfombra en la que habían terminado juntos empujados por la pasión.

Con las mejillas encendidas, se sentó al lado del escritorio. Si al final Jonas había decidido llamar a la policía para denunciarla, era mejor que recibiera la noticia sentada.

–Lo siento.

Era lo último que Ravenna esperaba. Alzó bruscamente la mirada y vio a Jonas frente a ella, más tenso de lo que le había visto nunca.

–¿Disculpa?

–He dicho que lo siento –movió la mano en un gesto de frustración–. Esto no se me da nada bien, pero estoy intentando disculparme por lo que dije. Y por lo que hice.

Ravenna parpadeó y se le quedó mirando fijamente.

–¿Exactamente por qué?

Jonas se frotó la barbilla y curvó los labios en una sonrisa de pesar. Y Ravenna no pudo evitar sentir que crecía la atracción en lo más profundo de ella.

–No me arrepiento de lo que compartimos. De eso no puedo arrepentirme –su sonrisa desapareció–. Pero sí de lo que ocurrió después. De cómo actué y de lo que te dije. Fui grosero e hiriente.

–¿Me estás diciendo que no crees que intentara utilizar mi cuerpo para librarme de mis problemas?

–Estoy diciendo que no te conozco lo suficiente como para juzgarte.

No era eso lo que Ravenna quería oír, pero, por lo menos, Jonas estaba siendo sincero. Pero ¿de verdad quería esperar a que Jonas aprendiera a juzgarla por sus propios méritos? ¿Y por qué iba a tener que darle ese margen?

Porque no tenía otra opción. Estaba atrapada en aquel lugar. Y, lo más importante de todo, a pesar de lo que había pasado, no era capaz de darle la espalda a Jonas. Y aquello la asustaba más que ninguna otra cosa.

–Me comporté de una forma terrible al acusarte como lo hice.

Debería haberte escuchado. Sobre todo después de... –Jonas se encogió de hombros y extendió las manos en un gesto de impotencia–, después de que te preocuparas por mí.

Lo decía como si hubiera sido algo inaudito. Como si no estuviera acostumbrado a que alguien se preocupara por él. O a ser tan vulnerable.

Al ser consciente de ello, Ravenna reprimió la respuesta sarcástica que tenía en la punta de la lengua. Cuando se atrevió a mirar a Jonas a los ojos, no fue enfado o deseo lo que vio en su mirada. Descubrió inseguridad en las profundidades de aquellos ojos grises. Fue como si Jonas hubiera abierto las ventanas de su alma para permitirle vislumbrar al hombre que se ocultaba tras aquella autoritaria fachada.

–¿Y? –se obligó a sí misma a no creer en el arrepentimiento que veía en su mirada.

–El caso es que me arrepiento de lo que te dije. Y he decidido hacer algunos cambios.

«Ya está», pensó Ravenna. Estaba convencida de que en aquel momento iba a anunciar que pensaba llamar a la policía.

–Contrataré personal extra. No solo a los albañiles, sino a personas que puedan ayudarte con la limpieza y las labores más duras.

Ravenna escrutó su rostro como si quisiera descubrir en él segundas intenciones.

–Pero tú dijiste...

–Sí, ya sé lo que dije, que tu castigo consistiría en cuidar de esta casa –apretó los labios mientras la miraba a los ojos–, pero no era razonable.

Ravenna le miraba a los ojos con expresión desafiante, incapaz de creer lo que estaba oyendo.

–No hace falta que me mires como si me hubiera salido otra cabeza.

–¿Te encuentras bien?

Jonas soltó una carcajada.

–Debería haberme imaginado que no te limitarías a darme las gracias. Que no me ibas a absolver tan fácilmente.

¿Absolverle? Como si ella tuviera el control de la situación. Ravenna continuaba mirándole desconcertada mientras la risa suavizaba la severidad de las duras facciones de Jonas. Tragó saliva, luchando contra sus propios sentimientos.

–¿Y qué va a pasar conmigo? ¿Vas a denunciarme?

Jonas volvió a ponerse serio.

–No, por ahora no. Continuarás trabajando como ama de llaves.

«Por ahora no». Eso significaba que la amenaza continuaba cerniéndose sobre ella. ¿Y qué esperaba? ¿Que la dejara marchar? ¡Imposible!

–Pero esperaba que nuestra relación pudiera ser más… civilizada.

Ravenna se irguió en su asiento.

–Si por civilizada entiendes que voy a compartir tu cama porque se supone que tengo que estarte agradecida porque vas a contratar a más personas…

Jonas alzó la mano para interrumpirla.

–Jamás he tenido que comprar a una mujer para llevármela a la cama y no voy a empezar a hacerlo ahora, Ravenna.

Ravenna sintió que le ardían las mejillas. Era evidente que con una vez Jonas había tenido más que suficiente. Le había bastado para satisfacer su curiosidad.

–Creo que ya es hora de quitarle hierro a esta situación –le dirigió una mirada larga e intensa, como si estuviera intentando leerle el pensamiento–. Estoy tratando de ser razonable, Ravenna. No podemos continuar como hasta ahora –suspiró–. A pesar de lo que puedas pensar, no soy un hombre dado a los accesos incontrolados de genio.

Ravenna le creyó. Había buscado toda la información posible sobre su enemigo y había encontrado mucha. Había unanimidad a la hora de considerar a Jonas Deveson como uno de los solteros más codiciados de Europa, un hombre rico, encantador y educado. Era conocido por su mente incisiva, su calma y su capacidad para la planificación. Sus empleados y sus competidores le respetaban y tanto su éxito como su generosidad eran de sobra reconocidos. No había encontrado ninguna mención relativa a su genio o a un carácter fuertemente apasionado.

Lo que la hacía preguntarse por qué, con ella, jamás había sido un hombre sereno y capaz de controlarse.

Un escalofrío le recorrió la espalda. A lo mejor tenía algo que ver con la razón por la que también ella se olvidaba de la sensatez y la prudencia cuando Jonas estaba cerca.

–Así que tú me tratarás como a tu ama de llaves y yo te trataré como si fueras mi jefe.

–Esa es la idea –asintió él–. Y olvidarnos de todo lo demás.

Hizo un gesto con la mano con el que parecía estar abarcando todo lo que había pasado hasta entonces: la hostilidad, el flagrante

deseo y la ilusión de proximidad que había traicionado a Ravenna y la había impulsado a creer que compartían algo especial.

–¿Cómo voy a negarme?

Era lo más seguro. Ya no tendría que enfrentarse a aquel deseo incendiario y peligroso. No habría fuegos artificiales. Debería agradecer su suerte a las estrellas, no sentirse desilusionada.

–Gracias, Ravenna –la miró a los ojos y Ravenna volvió a sentir aquella oleada de calor.

Jonas se volvió y Ravenna respiró hondo, buscando el equilibrio. Jonas le había ofrecido una tregua y en aquella ocasión, Ravenna estaba decidida a no hacer nada que pudiera romperla. Si tenía que continuar allí con él, sería sobre la base de una relación entre jefe y empleada.

–En estas circunstancias, he pensado que podrías echarme una mano con esto –Jonas se volvió y le mostró una enorme carpeta.

–¿Qué es?

–Acércate a verlo –dejó la carpeta en el escritorio.

Ravenna desvió la mirada del álbum hasta el ancho pecho de Jonas, envuelto en un jersey de color negro. No quería sentarse a su lado. Le resultaba más fácil mantenerse en su postura si guardaba las distancias.

–¿Ravenna?

A regañadientes, se acercó al escritorio, manteniéndose tan lejos de él como le resultaba posible. Jonas iba pasando las páginas, revelando muestras de telas, colores y diseños, todos de gran calidad, pero demasiado elaborados y oscuros.

–Le dije al diseñador que quería algo tradicional, pero esto no me gusta.

Se detuvo en una página en la que aparecía una de las salas. Las muestras de tela eran en tonos azules y en las fotografías aparecía un mobiliario antiguo. Sería como vivir en un museo.

–¿Entiendes lo que quiero decir?

Ravenna se enderezó, se imaginó la habitación terminada y no le gustó.

–¿Por qué me enseñas todo esto? Yo solo soy tu ama de llaves.

–Conoces esta casa mejor que nadie, aparte de mí.

Tomó una hoja de papel y la colocó encima de la carpeta. Ravenna vio entonces que era la lista con las reparaciones que ella misma había sugerido.

–Tienes una mirada especial hacia la casa.

–¿Adónde quieres ir a parar, Jonas? –preguntó Ravenna, arqueando las cejas.

–He pensado que podrías darme algunas ideas sobre lo que le iría bien a la casa –la miró a los ojos, pero desvió rápidamente la mirada hacia la carpeta.

¿Estaría todavía avergonzado por su conducta anterior? A Ravenna le habría encantado poder leerle el pensamiento.

–Soy tu ama de llaves, ¿recuerdas? Para este otro trabajo ya tienes a un diseñador.

–La mayoría de las mujeres saltarían de emoción ante la posibilidad de decorar una casa –su tono era persuasivo.

–Yo no soy como la mayoría de las mujeres.

–No, no lo eres. La mayoría de las mujeres habrían salido corriendo de esta casa al ver todo el trabajo que tenían por delante. Pero tú no lo hiciste –su voz profunda reflejaba algo que parecía admiración–. Otras se habrían limitado a hacer algún que otro trabajo simbólico. Pero tú no. Tú te has dedicado a poner tablas en los huecos y a secar los libros mojados. Has hecho una lista con todas las reparaciones pendientes e incluso has localizado a trabajadores locales para poder empezar el trabajo cuanto antes. Te has traicionado a ti misma, Ravenna.

Ravenna temió entonces haber revelado involuntariamente el secreto de su madre.

–Has demostrado ser una persona que se preocupa por aquello que hace. Me gustaría que trabajaras para mí. Si fuéramos capaces de dejar de lado nuestras diferencias, creo que podríamos trabajar muy bien juntos –Jonas extendió las manos en un gesto de apertura–. Por supuesto, aceptaría tu consejo a la hora de decidir cuánto tiempo tendrías que trabajar para mí para saldar la deuda.

Ravenna se abrazó a sí misma con el pulso latiéndole a toda velocidad. Se dijo que era un alivio que la culpabilidad de su madre continuara en secreto. Y decepcionante el que Jonas continuara manteniendo aquella deuda. La alternativa, reaccionar a los halagos de Jonas, no era una opción.

–Si lo planteas de esa forma, ¿cómo voy a rechazar la oferta? –desvió la mirada e intentó concentrarse en las muestras–. Siempre y cuando, en el caso de que el resultado sea un desastre, no lo utilices contra mí. No tengo ninguna experiencia como decoradora.

–No te preocupes. No prescindiré de los servicios del decorador. Solo quería contar con una segunda opinión sobre algunas cosas. Como esto –señaló la página del despacho.

Ravenna analizó el mobiliario, el color verde de los sofás y el uso de la madera oscura. Pensó que nada en aquella propuesta

tenía menos de cien años. Incluso las lámparas eran antiguas. Bastaba con mirar aquel diseño para sentir claustrofobia.

–¿Qué te parece? –le preguntó Jonas.

Ravenna se encogió de hombros.

–Has dicho que querías algo tradicional.

–¿Pero?

–¿Quieres que sea sincera?

–Nunca he tenido problemas con la sinceridad, Ravenna.

Ravenna le miró a los ojos y sintió la tentación casi insuperable de confesar la verdad. De hablarle del dinero y de la desesperación de su madre. De resolver de una vez por todas la tensión que había entre ellos para poder liberarse de la carga de aquel secreto y de la pésima opinión que Jonas tenía sobre ella. Pero el amor a su madre se lo impedía. No podía dejarla a la cruel merced de aquel hombre.

–Parece sacado de una novela de Dickens –esperó, intentando interpretar su expresión.

–Eso es exactamente lo que me parece a mí.

–¿De verdad?

–No sería capaz de trabajar en una habitación así.

–¿Y cómo te gustaría que fuera? –preguntó Ravenna con curiosidad.

Jonas señaló hacia la ventana.

–Me gustaría un lugar luminoso, espacioso. Una butaca lo suficientemente cómoda como para soportar a un hombre de mi envergadura y un escritorio alto para que no me choquen las rodillas.

Ravenna miró disimuladamente a Jonas. Jamás había pensado que su altura podía ser un problema. Siempre había creído que se sentía muy cómodo en cualquier circunstancia.

–En ese caso, conserva el escritorio. Está un poco viejo, pero la madera es preciosa. Estoy segura de que un restaurador podría arreglarlo.

Jonas curvó la comisura de los labios y Ravenna sintió un ligero tirón dentro de ella.

–Esa es una decisión que ya había tomado. El escritorio se queda. Pero ¿qué me dices de todo lo demás?

–¿Cuál es tu color favorito? –se obligó a preguntar, aunque estaba completamente fascinada con aquella media sonrisa que evocaba recuerdos que había estado intentando enterrar.

–El dorado –musitó Jonas mientras se inclinaba hacia ella y la miraba a los ojos–. El color del oro viejo, parecido al del jerez de

una buena añada.

Ravenna sintió su aliento en el rostro como una caricia. Se le tensó la piel y el tirón que había comenzado a sentir en el abdomen se convirtió en un fuerte tamborileo. El pulso le resonaba en los oídos.

Parpadeó y retrocedió, recelosa de cómo vibraba el ronroneo de la voz de Jonas en todo su cuerpo. Se apartó deliberadamente. Era ridículo pensar que Jonas estaba intentando describir el color de sus ojos.

–En ese caso, dile a tu diseñador que quieres tonos dorados –miró a su alrededor–. O a lo mejor, algo más ligero. ¿Qué me dices de un color amarillo claro? Algo más neutral para que la madera no se coma toda la habitación.

–Podría funcionar.

Por el rabillo del ojo, Ravenna vio que por fin Jonas había desviado la mirada hacia las paredes.

–¿Y lo demás?

–Has dicho que querías una butaca cómoda. ¿En qué estabas pensando? ¿En una silla de trabajo o en un sillón?

–En las dos cosas. Me gustan esos sillones –señaló un par de viejos sillones–. Pero hay un joven diseñador alemán que tiene unas sillas ergonómicas de diseño minimalista en las que también he estado pensando –frunció el ceño–. ¿Crees que desentonarían?

Ravenna se fijó en su mirada y comprendió que Jonas realmente quería saber su opinión. Había sido sincero.

Algo se suavizó en su interior, y esperó que no fueran sus defensas.

–Bueno, ¿qué te parece?

–Creo que eso deberías preguntárselo a tu diseñador. ¿Qué te parece si vamos haciendo una lista? ¿Puedes pasarme una hoja y el bolígrafo?

Capítulo 10

RAVENNA se cerró la chaqueta y salió rápidamente. Incluso tras los dos meses que llevaba acostumbrada al bullicio de las obras en la casa, prefería la soledad de las primeras horas de la mañana.

Contempló la casa desde el exterior. A pesar de su enorme tamaño, le parecía acogedora, quizá porque había llegado a conocerla íntimamente. Había cubierto grietas, supervisado la limpieza y las pequeñas reparaciones y había ayudado a Jonas a elegir los muebles de la que sería una casa maravillosa, además de un tesoro histórico.

Se volvió y fue andando por el camino de grava deseando poder dejar de pensar en Jonas. Su presencia inundaba la casa, a pesar de que se pasaba la mitad de la semana en Londres.

La vida de Ravenna había caído en una cómoda rutina desde el día que Jonas se había disculpado. Una rutina a la que ella se había acostumbrado con demasiada facilidad, teniendo en cuenta que Jonas todavía tenía el futuro en sus manos.

Seguramente, carecía de sentido sentir tanto cariño por un lugar del que tendría que irse en cuanto hubiera pagado su deuda. Y disfrutar de la compañía de Jonas, que se mostraba paciente, flexible y comprensivo, todas aquellas cosas de las que Ravenna le había creído incapaz.

Nunca había intentado volver a acercarse físicamente a ella. Mantenía las distancias, de hecho. Era como si la tarde que habían pasado explorando sus cuerpos hubiera sido un sueño.

Pero su cuerpo recordaba todavía aquel placer. Temblaba de anticipación cada vez que Jonas se acercaba.

Ravenna se detuvo al oír los sonidos procedentes del establo recientemente restaurado. Jonas le había comentado que los animales habían llegado el día anterior.

Cuando Silvia trabajaba en aquella casa, los establos estaban vacíos y Ravenna nunca se había acercado a ellos. Siguió el camino hasta llegar a la puerta más cercana.

–Ya está, Hector. Así está mejor, ¿verdad?

La voz de Jonas la hizo detenerse.

–Así me gusta. Ese es mi caballo.

Evidentemente, Jonas estaba intentando tranquilizar a alguno

de los caballos del establo, pero aun sabiendo que las palabras no iban dirigidas a ella, sintió aquel murmullo como una caricia sobre la piel. Se le cayó el alma a los pies. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que superara aquella absurda atracción?

Al ver a Jonas saliendo del establo se detuvo bruscamente. Allí estaba él, con unas botas viejas, los vaqueros ceñidos y una camiseta negra. Tenía el pelo revuelto y la piel resplandeciente.

Pero no fue su masculino atractivo lo que la dejó sin aire en los pulmones, sino la inmensa alegría de su expresión. Una expresión de pura felicidad que transformaba sus fuertes facciones en algo tan poderosamente atractivo que Ravenna se sintió como si le estuvieran apretando el corazón con un puño.

–¡Cuidado! –exclamó Ravenna cuando el caballo giró y vio que un perro estaba a punto de meterse bajo sus cascos.

Jonas, el caballo y el perro se volvieron para mirarla. Un instante después, el casco del caballo descendía mientras el perro corría hacia ella.

–¡Solo tiene tres patas! –no era extraño por tanto que se meciera de una forma tan exagerada.

Ravenna se agachó para que pudiera olfatearle la mano.

–¡Timothy! Vuelve aquí –Jonas caminó hacia ellos–. Lo siento, es demasiado entusiasta.

Ravenna se echó a reír mientras el perro le lamía la cara.

–No te preocupes, me encantan los perros.

Alzó la mirada hacia los ojos grises de Jonas y le dio un vuelco el corazón. Inmediatamente se dijo que, en realidad, no se debía a la mirada de Jonas. En cuanto al aire que le faltaba en los pulmones… Era una suerte que pronto tuviera una cita con el médico.

–¡Cuidado!

Pero ya era demasiado tarde. Jonas se tambaleó hacia ella tras recibir un cabezazo del caballo. Se plantó ante ella con las piernas abiertas mientras Ravenna alzaba la mirada hacia su rostro sonriente.

–Evidentemente, a Hector no le gusta que le interrumpan.

–¿Hector?

Jonas le tendió la mano y Ravenna dejó que la ayudara a levantarse. Durante un instante, permanecieron juntos, pero Jonas la soltó y se separó de ella.

–Te presento a Héctor –señaló al caballo.

–Pero… ¿Timothy y Hector son los animales que has comprado?

Jonas negó con la cabeza.

–Se los estoy cuidando temporalmente a una vecina. Parte de su establo sufrió un incendio y me pidió ayuda para albergar a Hector. Y allí donde va Hector, va Timothy.

–Un gesto... muy amable por tu parte –comentó Ravenna sorprendida.

–¿No te lo esperabas?

Ravenna se encogió de hombros. ¿Cómo iba a decirle que no se le imaginaba dedicando su tiempo libre a un caballo viejo y a un perro cojo?

–Me imaginé que traerías purasangres.

–Eso será más adelante. De momento, Hector necesita una casa –le palmeó el cuello al caballo–. ¿Verdad, amigo mío?

–¿Le conocías ya?

–Sí, Hector se salvó del matarife cuando yo era un niño. Vivien, mi vecina, busca hogar para animales abandonados: burros, gatos, e incluso para un perro de tres patas y un caballo ciego.

–¿Está ciego?

–Casi del todo, pero Timothy le indica por dónde ir cuando quiere moverse. Forman un gran equipo –acarició a Timothy–. Yo pasaba mucho tiempo en casa de Vivien cuando era un niño. Fue ella la que me enseñó a montar.

–Pensaba que habías aprendido a montar en esta casa.

–Mi madre no montaba y Piers tenía otras cosas a las que dedicarse –Jonas se encogió de hombros.

–Así que pasabas mucho tiempo en casa de tu vecina.

–El suficiente como para aprender a montar y a cuidar a los animales.

–¿Nunca tuviste animales en tu casa? –Ravenna se acercó un poco más a él.

–No me dejaban tener mascotas. A mi madre no le gustaban los animales, y Piers...

Piers rara vez estaba allí durante el tiempo suficiente como para que pudiera expresar una opinión. Y en cuanto a lo de enseñarle a montar, su padre nunca le había dedicado ningún tiempo. Incluso en las raras temporadas en las que sus padres tenían una buena relación, Jonas nunca había sido una prioridad.

Jonas vio los expresivos ojos de Ravenna mirándoles alternativamente a Héctor y a él.

–¿Te gustan los caballos? –le preguntó.

–No lo sé, nunca me he acercado a uno.

Jonas se acordó entonces de la primera vez que había visitado

los establos de Vivien, de la emoción teñida de miedo que había terminado convirtiéndose en un enorme placer.

–Ven conmigo y te presentaré a Hector. Es muy tranquilo.

Ravenna vaciló durante tanto tiempo que Jonas pensó que no se acercaría. No sabía por qué era tan importante para él que lo hiciera, pero le gustó que se acercara, como si confiara en su palabra.

–Toma –sacó un terrón de azúcar del bolsillo y se lo puso a Ravenna en la mano.

Hector le olfateó la mano y Ravenna retrocedió inmediatamente.

–No, no apartes la mano, no te va a morder.

–Es que es tan grande...

Se inclinó, presionando al hacerlo el pecho de Jonas y rozándole con los rizos oscuros la barbilla. Olía a canela, a azúcar y a aquella fragancia sin identificar que Jonas inhaló con glotonería.

La había echado de menos. Y echaba de menos el poder acariciarla. Libraba una batalla diaria para no acercarse a ella, para no acariciar la suavidad de su piel, para no saborearla.

–¿Lo has visto? ¿Has visto cómo ha comido el terrón de mi mano? –preguntó Ravenna entusiasmada.

–Umm.

Jonas tuvo que reprimir la excitación que se había encendido en él al oír a Ravenna susurrar palabras cariñosas a Hector.

–Toma –buscó el cepillo que había estado utilizando y se lo tendió a Ravenna–. Puedes cepillarlo.

–¿Cómo?

La mejor manera de demostrárselo era colocarle el cepillo en la mano y acompañar sus movimientos.

En cuanto Ravenna empezó a cepillarlo, Hector se movió y Ravenna se sobresaltó. Jonas sonrió mientras le rodeaba la cintura con el otro brazo para impedir que se moviera.

–No te va a pasar nada, Hector es todo un caballero.

–Y se supone que tú estás aquí para protegerme.

¿De verdad había oído bien? ¿La indomable Ravenna necesitaba protección?

–¿Ibas a ver a los animales de tu vecina a menudo?

–Siempre que podía. Había tanta vida en aquella casa... siempre ocurría algo –Jonas observó sus manos moviéndose al unísono y se dijo que pronto se apartaría.

–A mí también me parecía que en esta casa había mucha

actividad. Me acuerdo de que la casa siempre estaba llena de sirvientes y gente que venía a traer provisiones –comentó Ravenna.

Jonas dejó caer la mano para que continuara ella sola.

–Como hijo de la casa, vivía al margen de ese mundo. Mis primeros recuerdos de esta casa están relacionados con la soledad. La casa siempre estaba vacía y una casa como esta necesita gente. Pero siempre era bienvenido en la cocina, y también tenía a Vivien y sus animales.

–Aun así, me parece una infancia muy solitaria.

–No más que otras muchas –él no quería explicarle lo deprimente que había sido su infancia–. Te recuerdo en este mismo establo, llorando porque una tal Pamela convertía tu vida en un infierno en el colegio. Porque te sentías excluida.

–¿Te acuerdas de eso?

–Me acuerdo de que sentía compasión por una persona que se sentía siempre fuera de lugar.

Ravenna se tensó al recordar aquel antiguo dolor. Jonas la conocía demasiado bien. Pero después comprendió que Jonas lo había hecho sonar como si tuvieran eso en común.

Dio media vuelta. Jonas estaba tan cerca que se le aceleró el pulso. Bastaría un mínimo movimiento para que sus cuerpos se tocaran. Una mínima inclinación de cabeza para que se besaran.

Soltó un suspiro entrecortado y de pronto, descubrió que habían vuelto a recuperar las distancias.

Ravenna parpadeó. ¿Se habría imaginado aquel momento de intensa expectación?

–Pero tú perteneces a este lugar. Tu familia ha vivido aquí durante siglos. Y yo no.

Tenía que apartarse de allí. La cercanía de Jonas resultaba demasiado tentadora. Demasiado peligrosa. Pero su cuerpo se negaba a moverse.

–Tú también pertenecías a algún lugar, Ravenna. Tenías a tu madre, ¿recuerdas? Estabais muy unidas. Incluso ahora, no puedo evitar tener la sensación de que ella tiene mucho que ver con el hecho de que estés aquí.

Ravenna abrió la boca para protestar, pero Jonas alzó la mano para interrumpirla.

–No te estoy pidiendo que me cuentes tus secretos, Ravenna. Solo estoy diciendo que siempre has tenido a tu madre a tu lado. Que tu madre te quiere. Y que por eso fuiste una niña afortunada. Mucho más afortunada que otros muchos niños.

–¿A quién tenías tú, Jonas?

–Yo me tenía a mí mismo –contestó Jonas sin que cambiara nada en su expresión.

Parecía fuerte, orgulloso y seguro de sí mismo. Pero Ravenna sabía que había mucho más en él. Con un fervor que a ella misma le sorprendió, Ravenna deseó recuperar la intimidad que habían compartido.

–¿Y eso era suficiente?

Jonas arqueó una ceja.

–Todos los niños quieren crecer en una familia grande y feliz. Pero creo que tuve mucha más suerte que otros niños. Tenía una casa, no me faltaba comida y recibí una excelente educación. Y sabía que este lugar sería algún día mío y haría las cosas bien. Pasaba los días explorando la casa, absorbiendo su historia y sus tradiciones y planificando cómo sería cuando fuera mía.

–Por eso te has involucrado tanto en el proceso de renovación.

–Me gusta hacer las cosas bien.

–¿Y querías amueblarla con un estilo tradicional para que se pareciera a la casa que habías conocido de niño?

Jonas se encogió de hombros.

–A lo mejor. Aunque mis gustos han cambiado. Prefiero un estilo tradicional, pero con un toque de modernidad. Y, cuando todo esto haya terminado, organizaré un baile, una tradición de los Deveson que se abandonó durante años. Pero este año la retomaremos –se volvió hacia ella–. Y quiero que estés aquí.

A Ravenna le dio un vuelco el corazón, pero se recordó inmediatamente que un ama de llaves tenía una función vital en una casa como aquella.

–Por supuesto, yo supervisaré el catering.

–Nos llevará mucho trabajo, pero lo conseguiremos. Y no quiero que estés en un segundo plano –la miró a los ojos–. Después de tanto trabajo, quiero que estés presente en la fiesta. Tú también te mereces disfrutar de la celebración.

Aquella era la única vez que Jonas se había acercado a insinuar que la deuda estaba saldada. ¿Representaría aquel baile el final de su servidumbre? Ravenna sintió aligerarse el peso con el que durante tanto tiempo había cargado. Trabajar como ama de llaves había reavivado todas las inseguridades de su adolescencia.

–¿Ravenna? –Jonas la miraba expectante–. ¿Vendrás?

De modo que no era una orden, sino una invitación. Ravenna sonrió.

–Por supuesto, ¿cómo no voy a celebrar que has conseguido

hacer realidad tus sueños?

–No todos. Este solo ha sido el primer paso. Mi objetivo es convertir esta casa en un verdadero hogar. En algo más que los apartamentos de Londres y Nueva York. Quiero que sea un lugar con alma –hundió las manos en los bolsillos y se meció ligeramente–. Un lugar para formar una familia. Quiero tener una esposa que quiera a esta casa tanto como yo. Y llenarla de hijos y de animales. Quiero convertirla en un verdadero hogar.

Ravenna se aferró entonces a las crines de Hector. Había escuchado los proyectos de Jonas con una sonrisa de aprobación. Y a pesar de que estaba decidida a guardar las distancias, casi se había visto formando parte de aquel proyecto. Hasta que Jonas había mencionado los hijos.

Posó la mano en su vientre tenso, sobre aquel vientre que ya sabía estéril.

Meses atrás, cuando le habían diagnosticado el cáncer y la necesidad de actuar rápidamente, se había dicho que la infertilidad era un pequeño precio a pagar a cambio de un tratamiento que podía darle la oportunidad de vivir. Pero en aquel momento, fue presa de un inmenso dolor.

Era una locura considerar siquiera la posibilidad de tener una relación con Jonas. Lo tenía todo en contra. Su historia. El robo. La diferencia social. Ella no encajaba en su mundo. Y no podría darle hijos.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y parpadeó para apartarlas. No había llorado durante los meses de tratamiento. No iba a comenzar a hacerlo entonces.

Capítulo 11

JONAS conducía a través de las calles de la ciudad con el piloto automático. Tenía toda su atención pendiente de Ravenna, que permanecía pálida y callada a su lado. Durante las últimas semanas, Ravenna había cambiado. Continuaban trabajando bien juntos, pero la camaradería había desaparecido entre ellos. Y quizá la culpa fuera suya, por no haber aclarado la pregunta de durante cuánto tiempo pretendía que Ravenna trabajara para él.

Había evitado responder porque no podía imaginarse aquella casa sin ella.

Frunció el ceño. Había pasado los últimos dos años analizando a esposas potenciales, saliendo con diferentes candidatas, hasta que varios meses atrás, se había decidido por Helena Worthington, una mujer atractiva, elegante y de buen corazón. Su familia tenía una enorme propiedad en el campo y ella trabajaba en una galería de arte.

Una de las razones del baile era que quería verla en su casa, comprobar si encajaba en aquel lugar antes de hacer planes definitivos. Habían salido varias veces y era obvio que ella tenía interés en él, pero Jonas había preferido no profundizar en la relación.

Ravenna se movió a su lado. Tendría que hablar con ella en el futuro.

Podía pedirle que se quedara como ama de llaves. Pero no le parecía bien conservar entre sus empleados a una mujer con la que se había acostado. Sobre todo cuando no pasaba un solo día sin que recordara el placer incandescente del sexo con Ravenna.

–¿Adónde vamos exactamente? –le preguntó Jonas mientras la veía alisarse la falda con dedos nerviosos.

–Solo unas calles más allá. Puedes dejarme donde quieras. En realidad, podría haber venido en tren. No tendrías por qué haberte desviado de tu camino.

Jonas se obligó a concentrarse en el tráfico. Pero sabía que algo estaba pasando y no podía ignorarlo. Durante los primeros meses de estancia en su casa, el color de Ravenna había mejorado. No estaba tan pálida ni tan frágil como cuando la había visto en Francia. Pero su salud parecía haber vuelto a empeorar.

–¿Dónde te recojo después?
–No hace falta que vengas a buscarme. Puedo volver en tren.
–Lo que tengo que hacer no me llevará mucho tiempo. Dame la dirección.
–De verdad, yo...
–¿O prefieres que me quede esperándote ahora?
–¡Aquí mismo! –Ravenna señaló un café–. Si vienes y no estoy, puedes irte y yo ya me las arreglaré para volver.
Jonas sospechaba que no tenía ninguna intención de encontrarse con él. La miró preocupado.
–Muy bien –detuvo el coche–. Nos veremos dentro de una hora.
Ravenna asintió, salió del coche y se alejó sin mirar atrás.
Jonas dejó que se fuera, diciéndose a sí mismo que Ravenna tenía derecho a mantener secretos y a disfrutar de una vida personal. Pero la tensión que había percibido en ella era palpable. De modo que esperó a que doblara la esquina y la siguió.

Ravenna abrió la puerta de la clínica y salió a la calle. Se aferró a la barandilla de la escalera e intentó tranquilizarse. Sentía la adrenalina corriendo por sus venas por los nervios que había pasado mientras esperaba los resultados de las últimas pruebas.
–¿Ravenna?
Alzó la mirada y descubrió a Jonas al pie de los escalones de la entrada.
–¿Qué estás haciendo aquí?
–Esperarte –su voz era dura y su expresión sombría–. Vamos –la agarró del brazo–. Alejémonos de aquí.
La condujo hasta un exclusivo restaurante en el que Ravenna siempre había soñado con trabajar algún día. Pero ella vaciló en la puerta.
–No hace falta, yo estoy lista para irme ya.
–Pues yo no.
Entró en el elegante restaurante y consiguió una mesa antes de que Ravenna hubiera podido hacer nada.
–¿Quieres beber algo? –le preguntó cuando Ravenna se sentó.
–No, gracias.
–Yo tomaré un coñac –le pidió Jonas al camarero antes de volverse de nuevo hacia ella–. No me digas que no quieres nada después de haber salido de ese lugar.
Tenía razón. Había pasado todo el día al límite de los nervios. Se volvió hacia el camarero con un suspiro.

–Un sauvignon blanco, por favor –Ravenna le sonrió al camarero, que asintió y les tendió las cartas.

–¿Estás bien? –Jonas se inclinó hacia ella y la miró fijamente.

–Sí, gracias. Solo un poco cansada.

Pero continuaba notando la presión en el estómago. Jonas había visto de dónde había salido y eso significaba que no iba a conformarse con respuestas vagas. Tendría que revelar todo lo que había mantenido oculto durante aquellos meses. Y, en cierto modo, sería un alivio, decidió. Abrió la boca para empezar a hablar, pero se interrumpió bruscamente cuando Jonas tomó su mano. Era la primera vez que la tocaba desde...

–¿Por qué no me has dicho que estabas enferma?

–Porque no lo estoy –negó con la cabeza. Al salir de la clínica, todavía no había asimilado la noticia, pero en aquel momento, resurgió la felicidad–. Estoy completamente sana.

–¡Gracias a Dios! –Jonas le apretó la mano–. Cuando te he visto entrar ahí... –sacudió la cabeza.

–¿Me has seguido?

–Estaba nervioso. Sabía que te pasaba algo. ¿Ha sido una falsa alarma? ¿Creías que tenías cáncer?

–No, no ha sido una falsa alarma. Tuve cáncer, pero ahora estoy bien. La enfermedad lleva tiempo remitiendo. Este solo era un chequeo para asegurarme de que nada había cambiado. No era el primero, pero esta vez, pensaba que los resultados podrían ser... –se encogió de hombros. No quería reconocer que, últimamente, estaba tan apagada que temía haber vuelto a recaer.

Llegó el camarero con las bebidas y, a una señal de Jonas, se retiró sin haber tomado nota de lo que iban a comer. Jonas alargó la mano hacia su copa sin apartar sus ojos de los de Ravenna.

–Siento no haberte dicho nada, Jonas.

–No tienes por qué. Es una excelente noticia. Es solo que... me sorprende que hayas estado enferma –se interrumpió y entrelazó los dedos con los suyos–. ¿Cuánto tiempo duró la enfermedad?

Ravenna vaciló un instante. Pero ya estaba harta de mentir. Seguramente, cuando la oyera, Jonas renunciaría a vengarse de su madre.

–¿Ravenna?

–El año pasado me diagnosticaron una leucemia. Me aconsejaron ponerme inmediatamente en tratamiento. El cáncer era agresivo, pero curable. Y no se equivocaron. Ahora estoy bien –la alegría la hizo sonreír–. Cuando coincidimos en París, yo acababa de salir de un sanatorio suizo en el que había estado

recuperándome.

–¿Y por qué no me dijiste nada?

Ravenna tiró de la mano, pero Jonas no la soltó.

–No es la clase de información que una comparte con un desconocido.

–Yo no era un desconocido exactamente. ¿No sería porque no querías admitir que habías necesitado mi dinero para ingresar en un sanatorio?

Ravenna suspiró.

–Eres muy perspicaz, ¿verdad?

–Lo suficiente como para ser consciente de que, si estabas recuperándote en Suiza, no podías estar falsificando la firma de mi padre.

Jonas sintió un duro golpe en las entrañas. Recordaba a Ravenna en París, orgullosa y desafiante. Y recordaba también lo frágil que le había parecido su cuerpo comparado con su actitud beligerante.

Porque en aquel entonces estaba enferma. Demasiado enferma como para oponer resistencia.

Le asaltó el sentimiento de culpabilidad al comprender que la había presionado en un momento en el que ella estaba particularmente vulnerable. ¿En qué le convertía eso?

Se pasó la mano libre por el pelo. No era extraño que la ropa le quedara grande. Debía de haber perdido peso durante el tratamiento. Sintió la bilis en la garganta al recordar aquel día.

–Por eso tenías el pelo corto.... –musitó.

Ravenna se llevó la mano a los rizos que enmarcaban su rostro.

–Pero ya me está creciendo.

–¿Quieren beber algo más? ¿Les gustaría comer algo? –Jonas no se había dado cuenta de que se acercaba el camarero.

–Otro coñac –no era un hombre que bebiera mucho, pero aquel día lo necesitaba. Había sido muy desagradable enfrentarse a la verdad–. Ravenna, ¿quieres comer algo?

Ravenna alzó la mirada y tras un momento de vacilación, comenzó una conversación con el camarero sobre los platos del día.

–No fuiste tú la que robó el dinero –dijo Jonas cuando se retiró el camarero–. Fue Silvia, ¿verdad? Lo utilizó para cubrir los gastos de tu enfermedad.

–Por favor, no le hagas daño, Jonas –Ravenna le apretó la

mano–. Sé que está muy mal lo que hizo, que no tenía ningún derecho a ese dinero. Y tampoco yo.

–¿Tú sabías de dónde había salido ese dinero?

–No lo supe hasta que coincidimos en París.

Eso significaba que había sido inocente desde el primer momento. Había asumido la responsabilidad para proteger a su madre y había trabajado como una esclava para pagar una deuda de la que ella no era responsable.

Jonas se debatía entre la admiración por ella y la profunda repugnancia por lo que él había hecho. La había utilizado, había descargado su ira sobre una mujer inocente.

–Mi madre estaba desesperada. Había tenido que vender todo tipo de objetos para poder llevar el nivel de vida que Piers esperaba. No tenía dinero –Ravenna sacudió la cabeza–. Piers tenía unos gustos muy caros y en algunas ocasiones, le había comprado a mi madre regalos muy valiosos, pero jamás se había gastado nada en mí. Debería haberme dado cuenta de que tanta generosidad no era propia de él.

–Estabas enferma.

–Pero aun así, debería habérmelo imaginado. A lo mejor no quería pensar demasiado en ello. A lo mejor...

Jonas se llevó la mano de Ravenna a los labios, haciéndola interrumpirse bruscamente.

–Deja de culparte –le soltó la mano y vio a Ravenna esconder las manos en el regazo, alejándose de él. Y no podía culparla después de lo que le había hecho–. Tú no eres culpable de nada.

Ravenna se inclinó hacia delante. La sutileza de su perfume era toda una tentación.

–Tienes que comprender que mi madre estaba desesperada. No debería haberte robado ese dinero, pero estaba convencida de que yo necesitaba tiempo y cuidados para recuperarme del todo. La aterraba que pudiera recaer.

Jonas asintió, compadeciendo a Silvia Ruggiero por primera vez en su vida.

–Por favor, Jonas, sé indulgente con ella.

–Tu madre debería haberse quedado. No debería haber dejado que cargaras con la culpa.

Ravenna cerró entonces los dedos alrededor de la mano de Jonas, sobresaltándole.

–Y no lo hizo. Ella no sabe que descubriste el robo. Supongo que esperaba que no echaras de menos ese dinero, o que pensaras que lo había gastado tu padre.

–¡Qué ingenuidad!

Cuando había empezado a trabajar, Jonas invertía todo el dinero que ganaba. Siempre había sido muy cuidadoso con el dinero, muy consciente de lo mucho que le había costado ganarlo.

–Jonas, ¿qué le vas a hacer a mi madre? –el miedo que reflejaba la voz de Ravenna le hizo volver al presente.

–Nada –la vio exhalar un suspiro de alivio–. Toma, bebe –le acercó la copa a los labios y esperó a que Ravenna la agarrara.

–¿Nada? ¿De verdad? –parecía asombrada. Como si realmente fuera un ogro–. ¿No piensas denunciarla?

–No. No habrá cárcel ni denuncia. Ya he tenido suficiente venganza –esbozó una mueca–. ¿Cómo voy a denunciar a una madre por haber intentado salvar a su hija?

–Pero yo me habría curado sin necesidad de utilizar ese dinero.

Era como si todavía no le creyera, como si le estuviera poniendo a prueba.

Jonas arqueó las cejas.

–¿Piers se habría hecho cargo de tus gastos?

–No. En aquel momento ya no estaba bien –Ravenna clavó la mirada en el mantel–. Yo había vuelto a Londres para trabajar –alzó la cabeza–. Soy chef. Tenía un buen trabajo antes de... –hizo un gesto con la mano y Jonas sintió que crecía su enfado.

¿Habría perdido el trabajo al ponerse enferma?

–Así que pensabas volver al trabajo después del tratamiento y trabajar durante largas horas en un restaurante.

Jonas sabía lo agotador que podía llegar a ser aquel trabajo. Él había trabajado como camarero cuando estaba en la universidad.

Le golpeó entonces la enormidad de lo que Ravenna había tenido que soportar. La enfermedad, una lenta convalecencia. Enfrentarse a la difícil situación financiera de su madre cuando ya debía de estar suficientemente preocupada por su propia situación económica y por su futuro profesional... Y después a un idiota furioso y sediento de venganza. ¿Cómo habría sido capaz de aguantar tanto?

Recordó aquel primer día en la mansión. La había encontrado dormida y había dado por sentado que era una mujer perezosa cuando, seguramente, estaba exhausta.

–Lo siento, Ravenna –sabía que sus disculpas valían muy poco, y que llegaban demasiado tarde–. Siento lo que te he hecho, por todo por lo que has pasado. No tenía ningún derecho a amenazarte o a desahogar mi rabia contigo. No debería haberte forzado.

–Y no lo hiciste –Ravenna sonrió con cansancio.

–Debería haber intentado averiguar lo que había pasado –en vez de sacar conclusiones de manera tan precipitada.

¿Cómo podía habérselo tomado todo Ravenna con tanta calma? Se encogió al recordar la dureza de sus palabras y de su actitud.

–Dije cosas que no tenía ningún derecho a decirte. Lo siento, Ravenna.

–No pasa nada –ella miró por encima del hombro–. Aquí está la comida.

El camarero les sirvió rápidamente y le llevó otra copa de coñac a Jonas. Este alargó la mano hacia ella, deseando sentir el fuego del coñac en la garganta, y después se detuvo. Su padre siempre había evitado asumir las consecuencias de sus actos. Su madre había escapado a la realidad hundiéndose en su propio mundo de alcohol y decepciones.

Jonas apartó la copa.

–Claro que pasa algo, Ravenna. Lo que hice no estuvo bien en muchos sentidos.

–Pero, si no vas a vengarte de Silvia, no pasa nada, de verdad –se interrumpió como si estuviera esperando a que se lo confirmara.

–Olvídate del dinero. Ya no hay ninguna deuda –Jonas respiraba con fuerza, luchando todavía con el nudo que tenía en la garganta–. Fue un dinero muy bien utilizado.

Los ojos de Ravenna resplandecieron como el oro.

–Gracias, Jonas.

–¡Deja de ser tan amable!

Ravenna arqueó las cejas.

–¿Preferirías que te montara una escena?

–¿Te parece que estoy siendo demasiado melodramático?

Ravenna sonrió y Jonas sintió fuego en las venas.

–Creo que los dos somos culpables. Los dos nos precipitamos a la hora de sacar conclusiones y dijimos cosas de las que nos arrepentimos. ¿No podemos olvidarlo todo y empezar de cero? –le sonó el estómago–. Sobre todo ahora que estoy deseando probar la comida.

–Entonces, come.

–¿Y ya está todo arreglado? –escrutó su rostro.

–Desde luego.

¿Qué más podía decir? Ravenna no quería sus disculpas. Se sentía… frustrado.

–Gracias, Jonas, eres muy generoso. Mi madre se alegrará mucho cuando se entere.

Lo que pensara o dejara de pensar Silvia le importaba muy

poco. Era Ravenna la que le preocupaba.

–Supongo que querrás dejar la casa.

Ravenna se tomó su tiempo en masticar.

–¿Quieres que me vaya?

–¡No! –contestó él con más vehemencia de la necesaria–. Me gustaría que te quedaras. No para trabajar –añadió rápidamente–, sino para el baile. Has trabajado mucho para arreglar la casa, sería una vergüenza que te lo perdieras.

Ravenna mantenía la mirada clavada en el plato. ¿En qué estaría pensando? A Jonas le devoraba la tensión.

–Gracias –contestó Ravenna, pero continuaba sin alzar la mirada–. Nunca he estado en un baile y me encantará ver la casa completamente renovada. Me quedaré hasta entonces.

Capítulo 12

NO DEBERÍA haber aceptado quedarse. Debería haberse marchado ese mismo día. Pero el impacto de aquella libertad repentina no había sido tan bienvenido como esperaba.

A pesar de que Jonas insistía en que no tenía por qué hacerlo, había dedicado largas horas a preparar la casa. Pero el duro trabajo no había servido para apagar lo que sentía por él. De hecho, sus sentimientos eran más fuertes después de que se hubiera disculpado.

Cruzó el pasillo, asegurándose de que todo estuviera en orden. Era más fácil concentrarse en el trabajo que pensar en el futuro. Al día siguiente, se celebraría el baile y ella tendría que irse. No tenía ningún motivo para quedarse. Salvo que no quería separarse de Jonas.

Pero era muy consciente de que no había futuro para ellos. Había pasado de ser considerada una enemiga a convertirse en el recuerdo de un episodio que Jonas preferiría olvidar. Veía la sombra de la culpabilidad en su rostro cada vez que la miraba.

Ravenna empujó la puerta del dormitorio y se detuvo al ver una caja sobre la cama. Solo había una persona que podía haberla dejado allí.

El corazón comenzó a martillearle el pecho cuando distinguió el nombre grabado en la caja. No había una sola mujer que no conociera aquel nombre. Pertenecía a una de las más importantes casas de alta costura de París.

Levantó la tapa con manos temblorosas, retiró capa tras capa de papel de seda y se le hizo un nudo en la garganta. El vestido era una delicada filigrana de color bronce salpicada por amatistas azules. Jamás había visto nada tan hermoso. Alzó el vestido, era largo, de falda ancha y con unos tirantes diminutos. Con aquel vestido, cualquier mujer se sentiría especial.

Giró, sostuvo el vestido contra ella y se miró en el espejo. La imagen que le devolvió el espejo no fue la de Ravenna Ruggiero, sino la de una princesa preparada para el baile.

Pero tenía que recordar que era Ravenna Ruggiero, que jamás sería la protagonista del baile. Y menos de un baile organizado por Jonas Deveson. Cerró los dedos alrededor de la delicada tela del

vestido, presa de un inmenso dolor.

Aquel era un regalo nacido de la culpabilidad y la vergüenza. Jonas pensaba que con un vestido caro todo quedaría olvidado. Había sido demasiado amable como para insistir en que se fuera inmediatamente, pero cada vez que la viera con aquel vestido, se acordaría de cómo la había tratado. Y ella recordaría que Jonas creía haber comprado su perdón.

Pero así eran los hombres ricos, ¿no? Compraban todo lo que querían. Era lo que Piers había hecho con su madre. Aunque al final se habían enamorado, había comenzado comprándole regalos ridículamente caros, cegándola con su generosidad.

Los hombres ricos se casaban con mujeres ricas. A las mujeres pobres les ofrecían regalos caros a cambio de... ¡No! Eso no era lo que Jonas estaba haciendo. ¡Él no la quería en su cama!

Pero quería su silencio, su perdón, cerrar definitivamente lo que había ocurrido entre ellos.

Ella no necesitaba aquel regalo de Jonas. Por maravilloso que fuera, se sentiría mucho peor aceptándolo que rechazándolo.

–Es preciosa, Jonas. Has hecho un gran trabajo –Helena le miró con sus ojos azules brillando de aprobación y los labios curvados en una encantadora sonrisa.

Jonas la abrazaba, aunque sin mucho entusiasmo, mientras bailaban. Por el rabillo del ojo, vio a Vivien bailando con un ministro. Todo el mundo parecía estar disfrutando, menos él.

–Gracias, Helena, me alegro de que te guste –sonrió y la estrechó ligeramente contra él.

Aquella era la mujer con la que pretendía casarse. ¿Por qué no podía sentir más entusiasmo?

–¿Y qué planes tienes ahora que has terminado el trabajo?

Era una mujer atractiva, inteligente y generosa, pero ¿dónde estaban las chispas de la atracción que en otro tiempo había sentido por ella?

–¿Planes?

–Ahora que has terminado de arreglar la casa, ¿vendrás a vivir aquí? ¿La abrirás para visitas públicas?

Su sonrisa pretendía quitar hierro a la pregunta, pero Jonas reconoció su ligera ansiedad. Aquella era la oportunidad perfecta para hablar de futuro. El problema era que, cuando la miraba, no sentía la misma satisfacción que en el pasado.

–Todavía no estoy seguro. Pero... sí, estoy pensando en abrir el

jardín. Ya hay muchas personas interesadas en verlo. Al parecer, el diseñador ha hecho un trabajo muy especial.

La música terminó en aquel momento y se separaron.

–Déjame ir a buscarte una copa –Jonas la agarró del brazo y la condujo hasta el otro extremo del salón, donde estaban sirviendo las bebidas.

Junto a las enormes puertas de madera, se agrupaban numerosos invitados, casi todos hombres, vestidos de negro en contraste con la delicada forma de una mujer con un vestido de color dorado.

Jonas se tensó y todos sus sentidos se pusieron alerta cuando Ravenna le saludó con un gesto y se volvió. No era extraño que hubiera tantos hombres allí. La sonrisa de Ravenna era suficiente como para que cualquier hombre se detuviera al verla.

La excitación que Jonas no había sentido con Helena surgió con una fuerza alarmante, traicionando aquel deseo que no había sido capaz de apaciguar.

Ravenna se volvió de nuevo y la falda del vestido giró con ella. A diferencia de otros muchos vestidos de Ravenna, aquel terminaba justo a la altura de la rodilla, mostrando la forma perfecta de sus gemelos. No llevaba joyas, salvo unos pendientes, pero no las necesitaba. Estaba maravillosa con aquellos rizos negros y su piel dorada.

Jonas frunció el ceño. ¡El vestido! ¿Qué había pasado con el vestido que le había comprado? Comenzó a avanzar hacia ella.

–Jonas, ¿estás bien?

La voz de Helena le hizo recuperar la razón. Se volvió hacia ella con una sonrisa.

–Claro que estoy bien. Solo quería comentarle algo al ama de llaves, pero puedo esperar.

–¿Esa es el ama de llaves? El brocado de ese vestido es maravilloso. Jamás había visto nada parecido.

Ajena a sus miradas, Ravenna se alejó con el grupo. Estaba enfrascada en una conversación con uno de los socios de Jonas.

–Sí, creo que es único.

¡Maldita fuera! Claro que lo era. Había sido tejido especialmente para su abuela. Y hasta un par de semanas atrás, colgaba en una de las habitaciones. Ravenna había rechazado su regalo y se había hecho ella misma un vestido con unas viejas cortinas. Jonas apretó los puños indignado. ¿Pretendía provocarle al rechazar su regalo de reconciliación?

–Debería ir a felicitarla, ha hecho un gran trabajo –dijo Helena.

–Más adelante, Helena, ahora vamos a por esa copa.

Ravenna se detuvo en una habitación contigua al salón de baile para tomar aire. Hacía mucho tiempo que no estaba con tanta gente al mismo tiempo. Estaba disfrutando mucho aquella noche. Eran muchas las personas que la habían felicitado y habían hecho preguntas sobre el proceso de restauración. Y un par de hombres habían estado particularmente atentos con ella, lo que había hecho maravillas en su maltrecho ego.

Había recibido también miradas malintencionadas por su vestido y su espectacular altura. Pero Ravenna había respondido con fría educación, negándose a permitir que los prejuicios arruinaran el único baile al que había asistido. En cualquier caso, aquella experiencia había reforzado lo que ya sabía. Que Jonas y ella se movían en mundos completamente distintos.

Ella era una intrusa en aquel mundo y siempre lo sería.

Jonas Deveson y Helena Worthington formaban una pareja perfecta. Helena era una mujer encantadora y amable. Podía imaginársela perfectamente como la madre de los hijos de Jonas.

Alzó la copa de champán, intentando borrar el sabor amargo que aquel pensamiento la había dejado. Pero ¿qué esperaba? ¿Que la prefiriera a una mujer que era perfecta para él?

En el otro extremo de la habitación, Jonas se volvió de pronto y sus miradas se encontraron. Jonas bajó la mirada en un gesto de evidente desaprobación.

Pero él no podía saber lo que sentía. ¡Era imposible! ¿Por qué estaba enfadado entonces? La respuesta era sencilla. Le incomodaba su presencia. Cuanto antes se fuera de allí, mejor.

Ravenna se volvió bruscamente y chocó contra un fuerte pecho.

–Ravenna, te estaba buscando –era Adam Renshaw, el hombre que había diseñado el huerto–, ¿quieres bailar?

–Gracias, Adam. Me encantará.

Ravenna apagó las luces del salón y permaneció en la habitación vacía, deleitándose en su silencio. El baile había sido un éxito y lo había disfrutado, se aseguró, ignorando el dolor que se aferraba a su pecho.

Había bailado durante horas y había disfrutado a capricho del champán y el caviar, se recordó, intentando concentrarse en los

placeres de la noche, más que en la sensación de decepción que la invadía.

–Has estado evitándome toda la noche.

Ravenna se volvió hacia la puerta con la mano en el cuello.

–Me has asustado.

–¿De verdad pensabas que ibas a poder evitarme durante todo el día?

Ravenna no podía ver la expresión de Jonas en la oscuridad, pero su voz era cortante.

–¿Por qué no? Estabas muy ocupado con tus invitados. Y yo no necesitaba que me cuidaras.

–Ya lo he notado –se acercó a ella–. Has dejado que Renshaw te monopolizara.

–Adam y yo tenemos muchas cosas en común.

–¿Estáis juntos?

–Pensaba que habíamos quedado en que lo que yo haga a partir de ahora no es asunto tuyo.

–Ya entiendo. Y supongo que por eso no te has puesto el vestido que te regalé. Si Renshaw y tú estáis juntos, no le gustará que te pongas ropa que te regala otro hombre.

–Adam no tiene nada que ver con mi decisión de no ponerme el vestido. Y Adam y yo no estamos juntos.

–Pues cualquiera lo diría, teniendo en cuenta cómo te tocaba.

–¡Estábamos bailando! Y la gente se toca cuando baila –y él no era el más indicado para hablar. Ella había visto cómo abrazaba a Helena–. Me voy a la cama.

–¿Sola? –se plantó frente a ella cuando intentó avanzar.

–En vez de someterme al tercer grado, ¿por qué no vas a acostarte? Seguro que Helena se está preguntando qué es lo que te retiene aquí –le espetó.

–Helena se ha ido.

–¿Se ha ido? Pero si estaba contigo, despidiendo a los invitados.

–Pero al final se ha marchado.

–Y yo también debería retirarme.

El aire estaba cargado de tensión. Jonas estaba tan cerca de ella que Ravenna podía ver el resplandor de sus ojos. Y le habría bastado con inclinarse ligeramente para tocarle. Aquella proximidad le produjo un cosquilleo en los labios.

Jonas la agarró del brazo.

–Suéltame –le ordenó Ravenna.

–No pienso soltarte hasta que no me digas lo que está pasando.

¿Por qué no te has puesto el vestido?

Ravenna intentó liberarse, pero no lo consiguió. Estaba cada vez más desesperada. Necesitaba alejarse de allí.

–Porque me habría marcado como tuya, como si me hubieras comprado. Sé que ese regalo no me lo has hecho porque me quieras, sino porque quieres deshacerte de mí –le miró a los ojos–. Yo no estoy en venta. No necesitas comprarme. Te dije que estábamos en paz. No necesito para nada tu culpabilidad.

Jonas continuaba agarrándola del brazo.

–Te equivocas –dijo con una voz que la hizo estremecerse.

Ravenna apretó los ojos con fuerza. ¡Le bastaba con oír la voz de Jonas para perder toda la fuerza de voluntad!

–Suéltame, Jonas.

Pero Jonas alzó la mirada hacia su rostro, obligándola a mirarle.

–Te equivocas –volvió a decir con voz trémula–. Te deseo, Ravenna. Nunca he dejado de desearte. Y el verte esta noche me lo ha confirmado.

Jonas la miraba fijamente, dejando que su mente le proporcionara todos los detalles de aquel rostro que le impedía ver la oscuridad. Conocía las facciones de Ravenna tan bien como las suyas.

–Eso es imposible –respondió Ravenna.

Jonas contestó con una carcajada corta y carente de humor. La estrechó contra él y posó las manos en su trasero en un acto de flagrante carnalidad. Llevaba mucho tiempo deseando tocarla.

–¿Imposible? Seguro que esto –se inclinó hacia delante, fundiendo sus cuerpos– te demuestra que no miento.

Ravenna posó las manos en sus hombros. Jonas no sabía si para apartarle o para estrecharle contra ella. De los labios de Ravenna escapó un suspiro que fue música para los oídos de Jonas.

–Ravenna –inclinó la cabeza para besarle el cuello y Ravenna se arqueó contra él–, tú también me deseas. Lo sé.

–No, esto no está bien –respondió ella, pero su voz carecía de fuerza y terminó estremeciéndose voluptuosamente cuando Jonas le besó la base del cuello–. ¿Y Helena?

–Le he pedido que se fuera –¿cómo podía imaginarse siquiera casándose con ella cuando no era capaz de dejar de pensar en Ravenna?–. Es a ti a quien deseo, Ravenna. Durante toda la noche he estado deseando poder quedarme a solas contigo para poder

hacer esto.

Se inclinó hacia delante y le bajó el escote del vestido, buscando sus senos. Ravenna gimió de placer cuando le succionó el pezón a través de la tela.

Con un rápido movimiento, Jonas la colocó contra la pared.

–Y tú también me deseas, ¿verdad? –el cuerpo de Ravenna respondía arqueándose a su contacto, pero él necesitaba conocer la respuesta–. Dímelo, Ravenna, dime que me deseas.

–No puedo –contestó Ravenna con un hilo de voz.

Jonas parpadeó y alzó la cabeza para mirar a aquella mujer que tanto necesitaba.

–¿No puedes o no quieres?

Se moría de deseo por ella. Solo por ella. Avanzó ligeramente, presionándola contra la pared y deleitándose al sentir que abría los muslos para él. ¡Sí! Ravenna le deseaba tanto como él la deseaba a ella.

Jonas deslizó la mano bajo el vestido para poder acariciar su piel desnuda, arrancándole otro suspiro.

–Dilo, Ravenna –¡aquella mujer le enloquecía!

Llevó la mano hasta el final de los muslos para acariciar su sexo húmedo y sedoso y la sintió estremecerse. Sintió el latido de la sangre en los oídos y su nariz se llenó del aroma de la excitación. Era tal el esfuerzo que estaba haciendo para contenerse que tenía el cuerpo rígido.

El miedo le contenía. No se atrevía a tocarla otra vez. Estaba a punto de perder el control.

El roce de la mano de Ravenna contra la camisa le hizo sobresaltarse. Ravenna continuó bajando la mano y él se quedó paralizado.

–No debería, pero te deseo, Jonas –confesó Ravenna con la voz desgarrada.

Tras un momento de parálisis provocada por el impacto inicial, Jonas unió los dedos con los de Ravenna mientras intentaban ambos desabrocharle los pantalones. Al sentir las manos de Ravenna bajándole la cremallera estuvo a punto de llegar al límite. Y cuando sintió el roce de sus dedos sobre su piel…

Con un gruñido de deseo, posó las manos en sus caderas y la levantó contra la pared. Ravenna le rodeó la cintura con las piernas con la respiración convertida en una serie de jadeos torturados parejos a los de Jonas.

Se miraron a los ojos. Jonas no quería apartar nunca la mirada. Cuando Ravenna le miraba de aquella manera, se sentía capaz de

todo, capaz de hacer cualquier cosa por ella.

Nervioso, le apartó las bragas y la oyó jadear.

Vio arder algo en sus ojos. Algo que le indicó que estaba excitada, que no tenía ningún miedo. La sintió tensar las piernas a su alrededor y de pronto, ya no fue capaz de aguantar ni un segundo más. Se hundió en ella con fuerza y rapidez, enterrándose en su calor. Ravenna lo era todo a su alrededor, fuego y seda contra su erección, con las piernas alrededor de su cintura y las manos alrededor de su cuello.

–Eres mía –dijo entre dientes–, mía –repitió mientras la sentía estremecerse por dentro y sabía, con inmenso júbilo, que era él el que le provocaba aquella reacción.

Vio el placer en su rostro radiante, lo oyó en su voz ronca, lo sintió en un palpitante orgasmo que la sacudió con tanta fuerza y tanta rapidez que Jonas no tuvo tiempo de pensar antes de que le arrastrara también a él a un éxtasis tan violento que llegó a pensar que no iba a ser capaz de sobrevivir a él. Ravenna era suya. Y jamás en su vida se había sentido tan bien.

Capítulo 13

TRAS otro apasionado encuentro, en aquella ocasión en el sofá, Ravenna permanecía abrazada a Jonas, que apoyaba la cabeza sobre su pecho desnudo. El corazón le latía con fuerza de asombro y placer. Le costaba creer lo que había pasado, a pesar de la evidencia de su cuerpo saciado. Si por ella fuera, podría estar allí toda la vida.

Pero a través de las ventanas del salón, comenzaba a filtrarse la luz del amanecer. ¿Cuánto tiempo llevaban allí, perdidos el uno en el otro?

Demasiado. Recordó sobresaltada que aquel día dejaría la casa de Jonas para siempre. Dejaría a Jonas.

El dolor inundó su pecho, impidiéndole respirar.

Jonas se movió y lamió lánguidamente el seno de Ravenna. Después, se apoderó del pezón y succionó suavemente, inundándola de un intenso calor que volvió a excitarla.

Ravenna contuvo la respiración al verle lamiendo su pecho y el placer dio paso a una vibrante tensión. Pero era una conexión emocional, más que la física, la que los unía.

¿Cómo iba a poder separarse de él? Pero no tenía otra opción.

El sabor metálico de la desesperación llenó su boca. Parpadeó y desvió la mirada al tiempo que se obligaba a dejar de abrazarle.

–Tenemos que levantarnos –dijo precipitadamente.

–¿Ravenna? –Jonas alzó la cabeza–. ¿Te arrepientes de lo que ha pasado?

–Se suponía que esto no tenía que volver a pasar.

–Sí, pero ha sido inevitable.

–Nada es inevitable –salvo, quizá, su debilidad por Jonas–. Vas a casarte con ella.

Vio la sorpresa en sus ojos y comprendió entonces que los rumores eran ciertos. Intentó apartarle nuevamente, pero Jonas no se movió.

–Tenemos que hablar.

Ravenna clavó los dedos en su piel desnuda, intentando que se moviera.

–Por favor, Jonas, déjame marcharme.

Jonas permaneció allí durante un instante, pero después se

levantó.

Ravenna comprendió entonces que jamás volvería a acariciarle. Lentamente, evitando su mirada, se sentó en el sofá. Estaba desnuda, salvo por las medias de seda. Miró frenética a su alrededor, pero no localizó la ropa. Ni siquiera se acordaba de dónde la había dejado.

–Toma –Jonas le puso algo por los hombros.

Era la chaqueta que había llevado durante el baile. Jonas se puso los pantalones y se volvió hacia ella descalzo y medio desnudo. Una mirada furtiva le confirmó a Ravenna que estaba más sexy que nunca.

–En primer lugar, te equivocas. No voy a casarme con Helena.

–¿Ah, no? –Ravenna le miró a los ojos confundida.

–No, había pensado en ello, pero me he dado cuenta de que no puedo hacerlo –clavó la mirada en ella–, por ti.

–No lo comprendo.

Ravenna quería ceder a la esperanza, pero algo se lo impedía, seguramente, la propia inseguridad de Jonas.

Jonas extendió los brazos en un gesto de impotencia.

–Yo pretendía casarme con Helena. Sé que sería una madre y una esposa excelente. Hemos crecido en ambientes parecidos. Es guapa, generosa, tiene buen corazón y…

Ravenna le interrumpió antes de que pudiera continuar.

–Sí, me lo imagino. Quieres la esposa perfecta para disfrutar de una vida perfecta en esta casa.

–No es tan sencillo –Jonas tomó aire.

–¿Ah, no? –preguntó Ravenna mientras se levantaba, incapaz de seguir oyendo sus planes de matrimonio.

–No. ¿Cómo voy a casarme con ella cuando estoy obsesionado por ti? Durante toda la noche, he estado pendiente de tus coqueteos con Adam Renshaw y he estado a punto de enloquecer.

–Pero tú y yo no… nosotros no somos…

–¿Amantes? –musitó Jonas con aquella voz grave que le derretía los sentidos–. Te deseo desde la primera vez que te vi. He intentado guardar las distancias, sobre todo desde que descubrí lo mal que me había portado contigo. Pero conocer la verdad me ha hecho desearte más. Por eso no puedo casarme con Helena. Porque quiero que sigas aquí, conmigo. ¿Te quedarás, Ravenna?

Por un breve instante, Ravenna se imaginó a sí misma con Jonas, compartiendo no solo su cuerpo, sino también su vida. La imagen era tan tentadora que casi la cegaba a la hora de ver la realidad.

Pero recordó entonces el proyecto de vida de Jonas. Y eso era algo que ella no podía darle. Jamás sería la mujer que necesitaba. Además, Jonas no había dicho en ningún momento que quisiera casarse con ella. Poniendo en juego toda su fuerza de voluntad, se irguió, le miró a los ojos y le preguntó:

–¿Qué quieres exactamente de mí, Jonas?

–Quiero que te quedes aquí, conmigo.

Se sintió bien al decirlo, al admitir la verdad que había evitado durante tanto tiempo. Aliviado, esbozó una sonrisa. Vio la emoción brillar en los ojos de Ravenna y comprendió que todo saldría bien. También ella quería quedarse a su lado.

Dio un paso adelante y alzó la mano para acariciarle la mejilla, pero Ravenna apartó la cara.

–¿Ravenna? –¿a qué estaba jugando?–. Tú sientes lo mismo que yo. Después de esta noche, no puedes negarlo.

Ravenna se volvió hacia él y le preguntó con expresión recelosa:

–¿En calidad de qué quieres que me quede contigo?

–¿De amiga? ¿De novia? ¿Qué importancia tienen las palabras?

–¿Y como ama de llaves?

Jonas vaciló un instante. Había pensado en pedirle que se quedara y continuara haciendo aquella labor que tan admirablemente había llevado a cabo, pero no le había parecido bien.

–¿O prefieres que sea tu querida?

–Esa es una palabra que preferiría no utilizar –porque implicaba una remuneración económica.

–¿O a lo mejor prefieres que me quede como ama de llaves y querida? Sería una manera de mantener la tradición familiar.

Jonas sacudió la cabeza. Aquellas palabras fueron como un puñetazo en el pecho. Lo que habían compartido había sido maravilloso. ¿Por qué tenía que retorcer las cosas de esa manera?

–Me niego a hacerle a tu prometida lo que mi madre y Piers le hicieron a tu madre –le advirtió Ravenna con mirada acusadora.

–¡Pero yo no soy Piers! Y ya te he dicho que no estoy comprometido con nadie. Helena y yo ni siquiera hemos hablado de matrimonio.

Pero aun así, Ravenna no parecía impresionada. Jonas no entendía qué más tenía que hacer para que admitiera lo que había entre ellos.

–Pero en algún momento, tendrás una prometida, ¿no? –Ravenna avanzó hacia él y le clavó un dedo en el pecho.

–Te deseo, Ravenna, y tú me deseas, es así de sencillo –posó la mano en la barbilla de Ravenna y la bajó lentamente por su cuello hasta alcanzar sus senos–. ¿No te acuerdas de lo bien que hemos estado juntos?

No entendía la mirada desafiante de Ravenna, ni que se mantuviera tan distante.

–No te estoy pidiendo que traiciones a nadie, Ravenna. No quiero tener una sórdida aventura contigo a espaldas de otra mujer –vio el alivio en el rostro de Ravenna y frunció el ceño–. ¿Cómo puedes creerme capaz de hacer algo así después de lo que he visto sufrir a mi madre?

Ravenna parpadeó y a Jonas le pareció ver arrepentimiento en su expresión.

–Cada uno tiene sus puntos débiles. El temor a ser tratada como una querida, como «la otra», es el mío.

–Jamás te pediría algo así.

Ravenna sacudió la cabeza e intentó retroceder, pero él se lo impidió.

–Pero algún día querrás lo que siempre has querido, ¿verdad? Encontrar a la esposa perfecta para disfrutar de una vida perfecta.

–Yo... –Jonas se interrumpió bruscamente. No había pensado en ello–. Yo solo sé que no puedo casarme con Helena cuando te deseo a ti de esta manera.

–Pero yo no soy la mujer adecuada para ti –añadió ella con voz fría y carente de emoción.

Jonas se quedó paralizado. La miró desconcertado, sintiéndose de pronto como si el suelo se estuviera moviendo bajo sus pies. Al mirar a Ravenna, vio en ella algo sorprendente y completamente nuevo. ¿Por qué no se le habría ocurrido antes?

–¿Por qué no? –le estrechó las manos.

–No, Jonas, no.

–Lo digo en serio –había estado tan obsesionado con la lista de cualidades que buscaba en su futura esposa que casi había olvidado lo esencial: desear a su esposa–. ¿Por qué no, Ravenna? Estamos muy bien juntos. Podríamos construir un futuro maravilloso.

Ravenna se separó bruscamente de él y se acercó a la ventana. Se abrazó a sí misma en un gesto protector. Jonas frunció el ceño, incapaz de comprender lo que pasaba.

–No funcionaría. No soy la clase de mujer que buscas. No pertenezco a una buena familia, no me muevo en tus círculos. La única razón por la que soy capaz de comportarme correctamente

en una cena formal es que mi madre me enseñó a limpiar la cubertería.

–Pero a mí no me importa.

Y era cierto. Nada le importaba con tal de poder estar al lado de aquella mujer que, por alguna misteriosa razón, se empeñaba en apartarle de su lado.

Ravenna sacudió la cabeza y Jonas vio desesperación en su rostro cuando se acercó a la luz del amanecer. Quería abrazarla, ayudarla a olvidar sus dudas, pero la respetaba demasiado como para pasar por alto sus preocupaciones.

–Ravenna, ahora que te he conocido, ya nada de eso importa.

–Pero algún día importará. Te despertarás y te preguntarás por qué te has quedado conmigo. ¿No te das cuenta? Jamás utilizo joyas, y no me he puesto un vestido de alta costura en toda mi vida. Ni siquiera sabría cómo empezar a hacerlo. Escucha –añadió cuando Jonas se acercó a ella–, crecí siendo pobre, eso es lo que conozco y a lo que estoy acostumbrada. Todo esto no es para mí. De pequeña, mi vestido favorito era uno que me había hecho mi madre con una colcha que pensaba tirar una de las mujeres para las que trabajaba.

–Y eso te convierte en alguien muy habilidosa –¿por qué pensaba que era algo en su contra–. Esas cortinas de seda jamás me habían parecido tan bonitas –sonrió al recordar cómo se moldeaba la tela contra aquel cuerpo extremadamente sexy.

–¡No me estás escuchando! –Ravenna dio una patada en el suelo, haciéndole sonreír.

Jonas adoraba su pasión.

–Claro que te estoy escuchando, pero nada de lo que has dicho me parece importante –se acercó un paso más–. Nada de lo que digas impedirá que te siga queriendo. Sé que podemos construir un futuro entre los dos, que seremos felices. Que te encantará vivir en esta casa, y también a nuestros hijos.

La emoción burbujeó por sus venas al imaginárselo. Pero sintió un frío glacial cuando miró a Ravenna a los ojos. Parecía... hundida. Jamás la había visto tan deprimida.

–Tú quieres tener un hogar, con hijos que lleven tu sangre y a los que puedas transmitir las tradiciones de la familia –Ravenna dejó caer la mano–. Si te casaras conmigo, tendrías que renunciar a todo eso. No puedo ser la esposa que tú quieres. Nunca podré llegar a serlo –tomó aire y Jonas sintió el frío taladrándole el alma–. No podría darte esos hijos que deseas, Jonas. El tratamiento contra el cáncer me dejó estéril.

Curvó los labios en una dolorosa sonrisa mientras contemplaba el silencio con el que Jonas recibía la noticia. Después, abandonó el salón, dejando a Jonas completamente destrozado.

Capítulo 14

RAVENNA caminaba lentamente por las intrincadas calles de la ciudad, agradeciendo la sombra que proyectaban los edificios. Con la cesta llena con la compra, debería estar planeando la comida que pensaba hacer. Su madre lo necesitaba, pues había comenzado a trabajar antes del amanecer, y a Ravenna también le sentaría bien una buena comida antes de comenzar el turno en el café en el que trabajaba.

Prepararía algo especial, algo lo suficientemente complicado como para dejar de pensar en Inglaterra y en Jonas.

Naturalmente, no funcionó. No había funcionado en toda la semana, desde que había llegado a visitar a su madre, que estaba viviendo en un diminuto apartamento de una ciudad italiana.

Se colocó la cesta mejor en el brazo e inhaló la fragancia de la albahaca. Inmediatamente, se imaginó a Jonas saboreando el pesto. Se imaginó las arrugas de placer que rodeaban las comisuras de sus ojos y aquellas raras sonrisas que a ella le provocaban un revoloteo en el estómago.

Parpadeó, odiando las lágrimas que le nublaban la visión. Había hecho bien en marcharse aquella mañana. ¿Qué otra cosa podía haber hecho? ¿Convertirse en la amante de Jonas hasta que él decidiera buscar a una mujer que pudiera darle hijos? Ya había sufrido bastante teniendo una aventura con un hombre que no era para ella.

Llevaría para siempre con ella el horror que había reflejado el rostro de Jonas cuando le había confesado que no podía tener hijos. Pero ¿de verdad esperaba que a Jonas no le importara? Jonas, un hombre que se había planteado como objetivo llenar el vacío de su vida con algo con lo que siempre había soñado: formar su propia familia.

Intentó consolarse diciéndose que por lo menos había llegado a quererla lo suficiente como para pedirle matrimonio.

Pero quizá habría sido preferible que no hubieran llegado a acercarse tanto. Que jamás hubieran compartido... Pero ni siquiera después de todo lo ocurrido podía arrepentirse de haberle querido.

Le pesaban las piernas mientras subía al viejo apartamento. Cruzó el descansillo, tomó aire e intentó esbozar algo parecido a

una sonrisa.

–Ya estoy en casa –empujó la puerta y entró–. He parado en tu pastelería favorita. No es barata, pero...

–Ravenna...

Ravenna se quedó helada al oír aquella voz. Jonas estaba allí, llenando el diminuto vestíbulo del piso de su madre.

Le bastó con mirarle a los ojos para perder toda la compostura.

–¡Jonas! –¿era su voz la que reflejaba aquel anhelo?

–¡Hola! Dame eso –él se agachó para quitarle la cesta de mimbre de sus dedos entumecidos.

El roce de la mano de Jonas ayudó a que corriera de nuevo la sangre y su cerebro volviera a la vida. Ravenna abrió la boca, y volvió a cerrarla, intentando asimilar la presencia de Jonas.

–¿Dónde está mi madre?

–Ha salido un momento. No te preocupes, está bien. Pero ha preferido dejarnos solos.

¿Por qué? ¿Qué le habría dicho para convencerla de que se fuera? Las preguntas corrían por el cerebro de Ravenna, pero no era capaz de hablar. Todo le suponía un gran esfuerzo.

–¿Qué estás haciendo aquí, Jonas?

–¿Puedo? –él señaló el diminuto cuarto de estar.

Ravenna sacudió instintivamente la cabeza.

–No puedo hacer esto. No puedo seguir hablando contigo.

Algo brilló en los ojos de Jonas.

–Yo también preferiría estar haciendo otra cosa, pero tenemos que hacerlo. Por favor, Ravenna.

¿Cómo iba a alejarse de él? Ya lo había hecho una vez. No tenía fuerzas para volver a hacerlo. Pero ¿sería capaz de controlarse?

–Vamos a la cocina –propuso.

Pensó que, si se mantenía ocupada, a lo mejor era capaz de escuchar lo que Jonas tenía que decirle sin revelar sus verdaderos sentimientos.

Le temblaban las piernas mientras se dirigían a la cocina, que pareció minúscula en el momento en el que los anchos hombros de Jonas llenaron la puerta de la habitación. A aquella distancia, el olor a cítricos y a su masculina esencia bastó para que la atravesara una punzada de anhelo.

–¿Ravenna?

Ravenna le quitó la cesta evitando mirarle a los ojos y se concentró en sacar la comida.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le preguntó a Jonas.

–¿Por qué ni siquiera me miras?

–Di lo que tengas que decir, Jonas.

–Lo siento.

A Ravenna le tembló la mano con la que estaba empezando a cortar el ajo.

–No tienes nada de lo que disculparte –contestó–. Fuiste sincero. Es lo único que te podía pedir.

Movía las manos con la facilidad dada por la práctica mientras cortaba el resto de los ingredientes y agradecía el estar haciendo algo. Podía fingir estar concentrada en el trabajo y no en el hombre que se hallaba a solo unos metros de ella, cuando en realidad quería enmarcarle el rostro con las manos, hundir la cabeza en su cuello y sentir el calor de su abrazo.

–No puedo soportar esto –dijo con voz temblorosa–. ¿No puedes marcharte?

No podía alzar la mirada y tuvo que agarrarse al banco de la cocina para no caer al suelo.

–No, no me pienso ir –estaba tan cerca de ella que Ravenna sintió su aliento en el cuello.

–¿Por qué? –volvió la cabeza.

Jonas estaba tan cerca que podía distinguir las pequeñas arrugas de sus ojos.

–Te quiero, Ravenna, y no voy a marcharme.

Ravenna posó la mano en su pecho mientras intentaba tomar aire.

–¿Que tú...?

–Estoy enamorado de ti. Te amo, Ravenna.

–Pero no es posible, tú no...

Jonas le colocó un mechón de pelo tras la oreja y a Ravenna se le encogió el corazón ante la ternura de aquel gesto.

–No te lo dije entonces porque ni siquiera yo lo sabía.

Ravenna sacudió la cabeza, incapaz de pronunciar las palabras con las que contradecirle. Pero sabía que no era amor lo que él sentía.

–Sé que puedo parecer un estúpido por haber sido tan lento – esbozó una sonrisa que hizo revolotear el corazón de Ravenna–. Pero ya ves, cariño, nunca había estado enamorado. No tenía ninguna experiencia.

Ravenna sacudió la cabeza, intentando no fijarse en la emoción que tensaba la voz de Jonas.

–Eso no es amor, es deseo.

–¿Eso es lo único que era para ti?

–No, yo… –trago saliva–. Lo que sientes es arrepentimiento, eso es todo. Lo único que sientes por mí es compasión.

–¿Compasión? Me gustaría retorcerte el cuello por haberte separado de mí de esta manera –pero no había furia en su voz, solo dolor–. ¿Sabes lo preocupado que he estado? ¡Podía haberte pasado cualquier cosa!

–Sé cuidar perfectamente de mí misma.

Jonas clavó la mirada en la suya y el mundo pareció inclinarse sobre su eje.

–Lo sé, y eso es lo que más temo. Que no me necesites tanto como yo a ti.

–¿Jonas?

Ravenna por fin se permitió asimilar lo que había estado intentando evitar, el dolor que reflejaban sus tensas facciones. Sin pensar siquiera en lo que hacía, posó la mano en su mandíbula. Jonas apretó la mano contra su piel y Ravenna se estremeció de placer ante aquel contacto.

–¿Sabes hasta qué punto me he torturado pensando que nunca podría convencerte para que volvieras? Estoy destrozado. Y te amo. Te deseo, Ravenna, eso es un hecho, pero también te amo. Estoy enamorado de ti desde hace semanas, desde hace meses, creo, pero no me di cuenta hasta el día del baile.

Ravenna sentía los latidos del corazón contra las costillas y se meció ligeramente, fascinada por lo que veía en los ojos de Jonas. ¿Podría ser cierto?

–Y creo que tú también me quieres –tenía la voz quebrada por la tensión.

–Claro que te quiero –y eso era lo peor de todo. Jonas la abrazó y Ravenna deseó llorar de alegría–. Pero eso no cambia nada.

Jonas hundió la cabeza en su cuello y Ravenna comenzó a verlo todo borroso.

–Jonas, tienes que escucharme.

–Te estoy escuchando –le susurró Jonas al oído. Le mordió el lóbulo de la oreja, haciéndola estremecerse de placer–. Y eso lo cambia todo. Después de todas las excusas que inventaste en Inglaterra, no estaba seguro de que me quisieras.

–Claro que te quiero –acunó su cabeza mientras él le cubría el cuello de besos–. He intentado no quererte, pero no he podido evitarlo.

La alegría de tenerle allí y de haberle oído decir que la amaba la superó. Los sentimientos la desbordaban. Comenzaron a rodar las lágrimas por las mejillas. Durante los meses de tratamiento, no

había llorado ni una sola vez, pero en aquel momento...

–No llores, amor mío –Jonas le secó las lágrimas con una mano temblorosa–. Yo conseguiré que todo se arregle, de verdad.

–No puedes –intentó desasirse de su abrazo, pero Jonas no se lo permitió–. Suéltame, por favor, cuando me abrazas no soy capaz de pensar.

Jonas le acarició el labio inferior con el pulgar.

–Lo recordaré la próxima vez que quiera ganar una discusión.

–No habrá más discusiones. Nosotros...

–Claro que habrá más discusiones. Eres una mujer apasionada y cabezota –su tono convertía sus palabras en un cumplido–. Y yo estoy acostumbrado a hacer las cosas a mi manera. Así que ahora mismo olvídate de decirme que no podemos estar juntos. He pasado un infierno al no saber dónde estabas –hundió la mano en su pelo y le sostuvo la cabeza de manera que no pudiera dejar de mirarle a los ojos–. Me ha costado mucho localizarte, así que no pienso dejarte marchar.

–Te estás olvidando de algo –aquello era lo más duro a lo que se había enfrentado en su vida, ver la tierna expresión de Jonas y saber que tenía que rechazarle.

–Si te refieres a los hijos, déjalo. Si tengo que elegir entre tener hijos y tenerte a ti, no hay competición posible. Es a ti a quien quiero.

Durante un momento perfecto, Ravenna le miró fijamente y supo que Jonas creía realmente lo que estaba diciendo. La alegría que sintió transformó aquella oscura y diminuta cocina en una habitación grande y luminosa. Ravenna se aferró a aquel momento incandescente y tragó saliva con fuerza.

–Sé que crees lo que estás diciendo, y te amo por eso.

Jonas tensó su abrazo. Ravenna nunca se había sentido más segura, más querida.

–Pero no puedo hacerte una cosa así. Sé lo importante que es para ti tener una familia. Terminarías arrepintiéndote, y yo no podría perdonármelo.

–Tú eres mi familia, Ravenna. Tú eres todo lo que necesito. ¿Cómo voy a renunciar a ti?

–No quiero que renuncies a tus sueños, Jonas.

Jonas fundió la mirada con la suya y Ravenna tuvo la sensación de estar viéndole el corazón.

–Eran sueños, Ravenna, sueños nacidos de la necesidad de un niño. Ahora soy un hombre y sé lo que quiero y lo que necesito. Te necesito a ti y para siempre –tragó saliva con fuerza–. En cuanto a

los niños, siempre podemos adoptarlos, o vivir tú y yo juntos –sacudió la cabeza–. ¿Cuánta gente tiene la oportunidad de vivir con la persona a la que ama, Ravenna? No tires por la borda esto que tenemos. Y no me pidas que lo haga yo.

Por primera vez, Ravenna se atrevió a concebir una pequeña esperanza.

–No puedo, Jonas. No puedo hacerte una cosa así.

–¿Quieres verme convertido en un ermitaño?

–No estarías solo mucho tiempo –al pensar en Helena consolando a Jonas, se sintió como si le estuvieran clavando un puñal en el corazón.

–Supongo que tienes razón –Jonas suspiró–. Sobre todo ahora que voy a tener a Silvia viviendo en la casa de campo de la mansión.

–¡Pero eso es imposible! ¡Si tú la odias!

–Pero si le ofrezco una casa a tu madre, tú irás a verla, ¿verdad? Ya lo ves, Ravenna, así de desesperado estoy. Además, si tu madre te ayudó a convertirte en la mujer que eres, presumiblemente es mucho mejor de lo que yo pensaba –tomó aire–. Es posible que me lleve algún tiempo, pero he pensado que debería intentar empezar de cero con ella.

Ravenna sacudió la cabeza, inmensamente orgullosa de Jonas. Era un hombre realmente especial. ¿De verdad estaba dispuesto a hacer algo así por ella?

–Me cuesta creer que mi madre haya estado de acuerdo.

–Tu madre haría cualquier cosa por verte feliz, y eso nos ha convertido en inesperados aliados.

Ravenna estaba estupefacta.

–¿Ha pensado que de esa forma podríamos arreglar las cosas entre nosotros?

–Sería una manera de empezar, ¿no crees? –la miró a los ojos con expresión seria–. Nadie puede adivinar el futuro, Ravenna, pero sí sé que no me sentiría completo sin ti. Quiero que seas mi esposa. Y puedes trabajar como chef o dejar patidifuso a todo el condado haciéndote vestidos con cortinas. Puedes hacer todo lo que quieras, siempre y cuando me prometas que estarás conmigo. Te amo, Ravenna Ruggiero, y mi vida no estaría completa sin ti.

Con el corazón a punto de estallarle, Ravenna se secó una lágrima.

–Eso no es justo –tragó el nudo de emoción que tenía en la garganta– ¿Cómo puedo decir que no a una cosa así?

–Entonces di que sí, di que te casarás conmigo.

–Me iré a vivir contigo –a pesar de la felicidad que la embargaba, se imponía la prudencia. Sabía que Jonas podría arrepentirse algún día de haber renunciado a tener hijos por ella.

–De acuerdo. Vendrás a vivir conmigo y dentro de un mes nos casaremos.

A pesar de sus baqueteados sentimientos, Ravenna esbozó una sonrisa.

–Eres imposible. Dejémoslo en cinco años –¿de verdad había dicho eso?

–Dos meses –replicó Jonas con la mirada resplandeciente.

–Cuatro años –seguramente, para entonces él ya sería consciente de su error y ella tendría suficientes recuerdos para toda una vida.

–Tres meses –Jonas bajó la mano, rozando suavemente su seno, y la posó después en su cadera.

Ravenna comenzaba a tener problemas para respirar.

–Tres años.

–Desde luego, no es fácil negociar contigo –se inclinó y la besó en los labios.

Ravenna no era capaz de resistirse a Jonas. Cuando le había dicho que la amaba, no había tenido suficiente fuerza de voluntad como para rechazarle. La alegría burbujeaba dentro de ella y la llenaba en aquel momento de una felicidad que terminó imponiéndose a las dudas.

Tomó el rostro de Jonas con manos temblorosas y le devolvió el beso con toda la urgencia y la profundidad de su pasión, de un amor que no podía seguir negando.

–No estés tan preocupada, amor –dijo Jonas más tarde, con Ravenna acurrucada en su regazo–. Nos tenemos el uno al otro y eso es lo único que importa. En cuanto a lo demás... –se encogió de hombros–, ya hablaremos cuando llegue el momento de hacerlo. Y respecto a esos tres años, creo que puedo hacerte una contraoferta.

Epílogo

RAVENNA permanecía sentada a la sombra de un castaño, observando a Jonas que rodaba por el suelo con los ojos vendados, empujado por las manitas de los niños. Chiara y Josh se rieron encantados cuando su padre gruñó y alargó las manos hacia ellos para hacerles cosquillas.

Los alegres gritos con los que sus hijos reclamaban su ayuda la hicieron levantarse.

–No, no te muevas –su madre ya estaba de pie–. Quédate ahí, que estás muy cómoda.

Ravenna obedeció, observando feliz a su familia. Había intentado resistirse a Jonas todo lo que había podido y al final, había aceptado casarse con él un año después del día que había ido a Italia a buscarla. Jonas había utilizado todo tipo de artimañas para seducirla y ella había disfrutado cada minuto de aquella adorable persuasión.

Incluso le había ofrecido una casa a su madre. Y había que concederles a Silvia y a Jonas el mérito de estar haciendo todo lo posible para olvidar el pasado. Poco tiempo atrás, su madre se había instalado definitivamente en aquella casa, en vez de utilizarla solamente cuando iba a visitarlos.

Jonas también se había ablandado. Era como si el amor le hubiera dado fuerzas para aceptar las complejidades de la fracasada relación de sus padres y para asumir que, pese a todos sus fallos, Piers y Silvia se habían querido de verdad.

Cada día junto a Jonas era una bendición, y la bendición había continuado cuando habían adoptado a los mellizos tres años atrás. Jonas había insistido en que no necesitaban adoptar, en que ella era lo único que necesitaba. Pero su amor era tan fuerte y profundo que les había parecido natural compartirlo con alguien más. Todos los días aprendían juntos y la paternidad se había convertido para ellos en un desafío y una recompensa.

–¡Toby, no! –Jonas cayó de nuevo cuando Toby, un sabueso que habían acogido recientemente, se abalanzó sobre ellos.

Los niños gritaron encantados y despertaron al cachorro que dormía a los pies de Ravenna. El perrito aulló y se unió a la melé.

–Podrías haber venido a rescatarme –protestó Jonas.

Jonas se levantó y le sonrió. Como siempre le ocurría, a Ravenna le dio un vuelco el corazón al mirarle a los ojos. Había sido una estúpida al dudar de su amor.

–¿Quieres sentarte conmigo? –palmeó la manta.

–Pensaba que nunca me lo ibas a pedir –Jonas miró por encima del hombro–. ¿Crees que Silvia se las arreglará con ellos?

–Por supuesto. Además, le encanta.

Jonas se sentó a su lado y le pasó el brazo por los hombros.

–¿Eres feliz, amor?

–Siempre –Ravenna se acurrucó contra él, resplandeciente de emoción.

Había sido muy prudente, temiendo albergar falsas esperanzas, pero los médicos le habían asegurado que todo iba bien. El milagro que nunca había buscado, se había hecho realidad.

–Jonas, tengo algo que decirte.

–¿Algo bueno?

–Desde luego –se perdió en su sonrisa–. Hay una fecha que deberíamos marcar en el calendario –se llevó la mano al vientre en un gesto protector y Jonas siguió aquel movimiento con la mirada.

Un grito amortiguado llamó la atención de los mellizos, pero, cuando miraron, vieron a sus padres abrazados. Era algo que hacían habitualmente, de modo que Josh y Chiara se volvieron tranquilos hacia el cachorro.

Fue Silvia la que vio a Jonas levantarse y tomar a su esposa entre sus brazos como si fuera la cosa más valiosa del mundo. Se abrazó a Ravenna y la risa esperanzada de esta flotó en el aire.

Silvia sonrió. Jonas Deveson era lo mejor que le había pasado a su queridísima Ravenna.

La vida era maravillosa.